

The image shows a close-up of a light-colored, textured wall, possibly made of stucco or plaster. On the left side, there is a dense growth of green ivy with heart-shaped leaves. Some leaves are a vibrant green, while others are a lighter, yellowish-green, suggesting they might be new or in a different stage of growth. The ivy covers the wall from the top left down towards the bottom left. The rest of the wall is a plain, light beige or off-white color with a subtle, grainy texture. The lighting is even, highlighting the texture of the wall and the individual leaves of the ivy.

# El poder de la crueldad

Carmen Artaloytia Lázaro

*A mi raza, a mi descendencia,  
a los hijos de mis hijos y a sus hijos,  
en una infinita cadena que nos lleve hasta los cielos*

**CRUELDAD**

Te siento dentro de mí,  
sé que estás al acecho,  
dispuesta a saltar sobre tu presa,  
esperando su más leve movimiento,  
su más simple descuido.

Yo no puedo consentirlo,  
no, porque si lo hiciera,  
inseminaría al monstruo y  
este se apoderaría de nuevos cuerpos.

No, yo te mataré,  
lo haré con el arma más efectiva:  
mi corazón.

Él terminará contigo,  
mi hechicera crueldad.

Carmen ARTALOYTIA

Sentada en una pequeña hamaca, contemplaba cómo el sol se iba deslizando por el cielo, absorbido por un horizonte que parecía lejano. Dejaba tras de sí una estela de fuego perfilada por nubes grises y azuladas. Luchaba por no dejarse absorber, pero el tiempo ganaría. Tenía que huir para dar paso al atardecer y, a su vez, a una noche cuajada de estrellas custodiadas por la luna.

Eran las batallas de los tiempos, que no nos regalaban ni una décima de segundo; transcurrían en silencio y dejaban la huella de su paso.

Nosotros también éramos marcados por ellos; como muestra, los surcos que se iban bordando en nuestra piel. Pero la huella más profunda era la que se quedaba en nuestros corazones y la que forjaba nuestro pasado. Un pasado que, si bien a veces queríamos matar, no se dejaba, y volvía a la vida para recordarnos lo que fuimos y lo que nos hicieron ser.

Mi pasado estaba forjado por la trágica muerte de mi hermana, mi violación por el hijo de un terrateniente, las muertes de mis padres, las de un gran amigo y los odios de varias familias de mi pueblo, que carecían de corazón.

Ahora el destino cruzaba en mi camino a una parte de estas miserables personas, cuyo futuro dependería de la construcción de un enorme edificio que albergaría uno de los hoteles más lujosos de los construidos en las costas mediterráneas. Era un proyecto, el Atalaya, del que mi empresa iba a ser la responsable, y yo podía tener la llave para que este tomara vida propia, beneficiando así, o no, a mis amados conciudadanos y al terrateniente.

Por eso me encontraba frente al mar. El mar siempre me relajaba, sacaba lo mejor que había en mí. Me calmaba y podía ver todo desde una objetividad sosegada.

¿Cómo tendría que actuar? ¿Devolviéndoles el daño que todos me hicieron? ¿O me dejaría llevar por mi conciencia y permitir al destino que se encargara de ellos? ¿Estaba mi conciencia educada y formada dentro de la equidad?

Ha llegado el momento de presentarme.

Me llamo Leonor, tengo treinta y cuatro años, pelo no muy largo de color castaño, ojos del mismo color y, por lo que percibía en los demás, un bonito cuerpo.

Trabajo como gerente de una empresa dedicada a la construcción de hoteles a lo largo del Mediterráneo español; alimentada por fortunas extranjeras caprichosas de invertir su dinero en España, dado nuestro agradable y suave clima, y que poco a poco se iban apoderando de buena parte de nuestras costas.

Mi empresa era la promotora, la encargada de buscar a las constructoras que consideraba apropiadas para dichas construcciones y llevar el control de que el proyecto se realizara sin ningún contratiempo.

Empecé trabajando como auxiliar administrativa gracias a Carlos, que era uno de los accionistas y su presidente. Era íntimo amigo de mi tía Rosario. Mi querida tía, que me ayudó a salir de los infiernos de mi maldito pueblo. Me trajo a vivir con ella a Madrid y llevó a cabo todas las acciones necesarias para que estudiara un módulo de administración, lo que hizo posible que adquiriera una formación para poder trabajar.

Desconocía –y sigo desconociendo–, aunque ya intuía algo, a los negocios que ella se dedicaba; jamás me hablaba de ello y yo respetaba su silencio. Lo que si me comentó es que había conocido a Carlos en el mundo de la noche. Era homosexual y se había refugiado en ella por las presiones de sus padres, que se negaban a ver los sentimientos de su hijo. En su familia solo se aceptaban las relaciones de amor y sexuales entre un hombre y una mujer.

El encontró en mi tía el pañuelo donde secar sus lágrimas. Le concertó un matrimonio con Andrea, una mujer de mi edad aproximadamente, rubia, con unos hermosos ojos azules, y lesbiana. Mi tía no me dijo nunca dónde la había conocido.

Al enfrentarse a sus padres, Andrea encontró en su madre a una enemiga, que la amenazó diciendo que si su padre, personaje muy importante en el mundo de la política y de la Iglesia, se viera afectado por sus instintos viciosos, jamás se lo perdonaría. Ante aquella disyuntiva, sintiendo remordimientos por cómo ella sentía y temiendo que pudiera causar problema a sus padres, decidió vivir una doble vida.

Andrea y Carlos acordaron respetarse dentro de unos parámetros. En su intimidad se relacionarían con las personas que ellos considerasen y mantendrían no solo relaciones de amor, también sexuales. El matrimonio fue así una descarga para ambas familias. Como regalo de boda, y posiblemente con el fin de mantenerlos controlados, les obsequiaron con las acciones de la empresa, constituida por dos socios más y formada por un arquitecto, un economista, un auxiliar administrativo y una secretaria.

Pero esto es solo un anticipo de lo que voy a contar. Para entender la situación en la que me encuentro, comenzaré mi historia desde mi adolescencia.

Me encontraba en las puertas del instituto con mis amigas, Julia y Paloma. Éramos unas adolescentes de dieciséis años. Diferentes en el físico y en el carácter. Julia era la más

gordita de las tres. Tenía una cara muy linda y unos ojos alegres, pero se acomplejaba por su físico, como decía ella, tan entradito en carnes, complejo que sabían utilizar como arma arrojadiza algunas de nuestras compañeras de clase.

Paloma era la más alta de las tres. Tenía un atractivo especial que, unido a su altanería, atraía a las personas de carácter débil o acomplejado. Utilizaba una estrategia que me repugnaba: empezaba adulándolas y favoreciéndolas en todo hasta que las captaba, para más tarde humillarlas y utilizarlas para su capricho. No entendía cómo personas tan jóvenes podían llegar a ser tan crueles y que sus víctimas no lo percibieran; al contrario: cuanto más se ensañaba con ellas más ciegas se volvían.

De nosotras, su blanco perfecto era Julia. A mí me mantenía al margen desde que, al empezar el instituto, haciéndose la graciosa y en presencia de la mayoría de la clase, tiró todos mis libros al suelo. Le di entonces tal bofetada que se le saltaron las lágrimas. Se quedó bloqueada. Aunque tuvo que dolerle no dijo ni una sola palabra.

—Paloma, no te equivoques conmigo. Sé cómo eres, y a mí no me vas a engañar. No me importan ni tus palabras aduladoras, ni las insultantes ni tus persecuciones por el WhatsApp. No voy a responderte de la misma manera, pero no vas a avasallarme. Cada vez que me sienta atacada por ti, simplemente te partiré la cara

Se hizo un tenso silencio. Todos nos miraban. Ella entonces sonrió forzosamente y me respondió.

—¡Qué carácter! No aguantas una broma.

Era una cínica, pero desde entonces mantenía conmigo una distancia respetuosa y yo procuraba no enfrentarme a ella.

Era domingo y desayunaba en la cocina con mis padres, hecho inusual porque mi padre se encontraba en el barco pescando la mayoría de las veces. Desayunaba mientras leía el periódico. Mi madre nos preparaba las tostadas.

A ella le molestaba tener que hacernos el desayuno, sobre todo a mi padre. Había observado que se consideraba superior a él. Mi madre había comenzado estudios de magisterio, aunque no pudo terminar la carrera dado que su padre se había marchado con una de sus secretarias y las había dejado, a mi abuela y a ella, en una situación económica muy precaria. Tuvieron que venirse a vivir al pueblo, y fue gracias a que un conocido de mi padre le encontró trabajo en el mercado como pescadera.

Mi abuela nunca llegó a superar que mi abuelo las abandonara sin darles ninguna explicación, sin dejar ningún rastro. Tampoco soportó el cambio que todo aquello les había supuesto en sus vidas, y cayó en una profunda depresión que la llevó a la muerte.

Mi padre provenía de una familia de pescadores muy humilde. Al morir mi abuelo de un cáncer agresivo, no pudo terminar los estudios más básicos y tuvo que ponerse a trabajar en el mismo barco donde faenaba su padre.

Tenía una hermana unos años menor que él, mi tía Rosario, quien tampoco estuvo mucho tiempo en la escuela. Mi abuela se la llevó con ella a trabajar para limpiar las residencias de algunas de las personas más pudientes del pueblo. Según los comentarios que había oído en mi casa cuando discutían mis padres, al cumplir la mayoría de edad mi tía se había marchado de casa con un hombre que nadie sabía de dónde había venido. Un hombre mujeriego, jugador de cartas y vividor que terminó llevándosela con él a Madrid. Ni mi abuela ni mi padre pudieron hacer nada, puesto que era ya mayor de edad.

Digamos que, en todo este transcurso, mis padres se conocieron. Tuvieron que casarse más pronto de lo previsto, al quedarse mi madre embarazada. No me explico cómo pudo ocurrir; mi madre es una mujer muy seria y orgullosa. A mi abuela aquello le cayó como un jarro de agua fría, y se propició una especie de rechazo y odio entre las dos.

Cuando mi madre discutía con mi padre, ella le echaba en cara el hecho de que su madre nunca asumiese que se hubieran casado no por cariño, sino porque se le iba la gallina de los huevos de oro, al quedarse sin el sueldo de su hijo. Mi padre terminaba callándose y marchándose de casa, se refugiaba en el bar para tomarse unas cervezas. Ella encontraba su refugio en sus libros. Se embebía en ellos, y daba la sensación de que se adentraba en aquellos personajes y en sus mundos.

Me sacó de mis pensamientos la voz de mi padre.

—Teresa, hay personas en el pueblo que están criticando a Clara.

Clara era mi única hermana. Seis años mayor. Quizás por esa diferencia de edad no solíamos discutir y nos apoyábamos la una a la otra cuando queríamos conseguir algo de nuestra madre. Pero sobre su vida privada nunca me hablaba; quizás me consideraba demasiado infantil. Ella había estudiado un módulo de hostelería y uno de sus profesores le había encontrado trabajo en un hotel de la ciudad.

Mi madre dejó su taza en el fregadero y lo miró fríamente.

—¿Qué estás insinuando, Juan?

A pesar de que mi padre era diez años mayor que mi madre, sabía que las batallas de las palabras las ganaría ella.

—No insinúo nada, te lo digo claramente: a nuestra hija están criticándola. Dicen que esta liada con ese profesor que le encontró el trabajo, que parece ser que está casado y tiene dos hijos.

Me quedé pasmada. No creía a mi hermana capaz de hacer eso. Sabía, por los comentarios que hacía mi madre, lo crueles que eran ciertas personas del pueblo. Envidiosas y ruines hasta llegar a enfermar. No les importaba atacar tanto por lo bueno como por lo malo. De hecho, a mi madre la odiaban porque no la consideraban de allí. Decían que era una orgullosa. Según aquellas mujeres, mi madre había cazado a mi padre, un buenazo, que podía haberse casado con una de las *hijas* del lugar.

Mi pobre hermana empezaba a ser una víctima de los rencores de esas familias, máxime porque era una muchacha muy guapa que trabajaba en la ciudad y en lo que a ella le gustaba. Recuerdo que los ojos de mi madre despedían chispas.

—¿Y tú, como siempre, demostrando esa valentía que tienes, te has callado y has dejado que insulten a nuestra hija? Bueno, claro, seguro que habrá sido tu pobrecita madre — estas últimas palabras las dijo con cierto retintín—, que más le valdría estar callada después de lo que hizo tu hermana, algo que no ha podido superar, como tampoco que nos casáramos.

—No te voy a consentir que siempre estés hablando de esa forma de mi familia —su voz sonaba serena—, sobre todo porque tú también tienes por donde callar.

No pudo seguir hablando: mi madre le dio una bofetada. La taza cayó de mis manos estrellándose contra el suelo. Creí que no podría contener mi llanto. Mi padre se levantó de la silla y, sin decir ni una palabra, salió de la casa. Mi madre se apoyó en la pared, tapándose la cara. La rodeé con mis brazos.

—No te preocupes, mamá. A papá se le pasará. Anda, siéntate. Te voy a preparar un café. No hagas caso de las murmuraciones de esa gentuza, ya sabes cómo levantan bulos y lo malvados que son cuando quieren.

Se bebió el café en un angustioso silencio. Después se levantó y, dirigiéndose a las habitaciones, empezó a hacer las tareas del hogar.

Siempre pensé que, a la hora de afrontar un de problema de semejante naturaleza, ella se abriría a mí. No quise pensar más en ello, me consolaba pensando que actuaría de esa manera porque me consideraba todavía una niña.

Salí de mi casa a buscar a mis amigos. Había quedado con ellos a la salida de misa. Vi entonces a Julia sentada en uno de los bancos y me dirigí hacia ella. Después de saludarnos, me senté a su lado.

—Lo que tardan en salir —dije.

—Creo que ha venido un cura nuevo para ayudar a don Miguel —me respondió.

Don Miguel era el párroco. No sé por qué no me caía bien. Era muy mayor, pero se resistía a dejar la parroquia. Mi padre solía decir que, con el chollo que tenía, las altas jerarquías lo iban a tener complicado para jubilarlo.

Esperábamos a Paloma, que asistía a misa todos los domingos y festivos. Sus padres eran muy religiosos. Regentaban una panadería justo al lado de la parroquia y, claro está, sus mejores clientes era don Miguel y los feligreses.

Paloma era su única hija. Ella solía negarnos que sus padres la obligaran a ir a la iglesia, pero yo captaba, por sus comentarios, que aquello que aseveraba no era cierto.

Mis padres y los de Julia no eran muy amigos de ir a la parroquia y, aunque hicimos la comunión, solo nos obligaban a ir a la iglesia en los grandes acontecimientos, como bodas, bautizos, comuniones...

Estaba ya cansada de esperar a que salieran de la misa. Aquella mañana, por motivos que desconocíamos, tardaban más que nunca. Vi venir entonces hacia nosotros a nuestros amigos. Venían muy peinaditos y con aquellos trajes, a los que yo llamaba —burlándome de ellos— *domingueros*.

—Hola, chicas —dijeron al unísono.

—¿Esperáis a Paloma? —preguntó Fernando no sin cierta ansiedad.

Observaba que empezábamos a entrar en esa etapa de la adolescencia donde se deseaba formalizar las relaciones. A Fernando se le veía pillado por Paloma; ella se había dado cuenta y también de lo que Julia sentía por él, por lo que le encantaba jugar con ellos. Yo también había observado lo pillada que Julia estaba por Pablo; sin embargo, él siempre estaba detrás de mí, metiéndose conmigo y diciéndome frasecitas comprometedoras.

Yo, por mi parte, no quería tener esa clase de relación. Mi meta era ir a la universidad y estudiar periodismo para defender, a través de mis artículos, los derechos de las mujeres. Mi hermana me animaba y me prometía que me ayudaría económicamente.

Y Manuel tenía toda su atención puesta en el equipo de fútbol al que pertenecía: solo pensaba en llegar a ser titular de un famoso club.

Iba a responder a Fernando cuando empezaron a salir lo fieles. Uno de los primeros en salir fue Aurelio, el hermano de Julia, cuatro años mayor que ella. Julia nos había contado que su hermano se había comportado como un bobo por quedarse a trabajar en la carpintería de su padre y no marcharse a la universidad.

Aurelio no era guapo, pero tenía un físico de atleta. Nos saludó amigablemente con la mano. Julia ni siquiera se dio cuenta; estaba pendiente de que saliera Paloma. Por fin, esta salió hacia nosotros, balanceándose al viento, como esas modelos que anuncian los perfumes en la televisión.

La cara de Julia era todo un poema, que expresaba una subliminal admiración. Yo no acababa de comprender cómo podía sentir tal atracción hacia una persona que la maltrataba y, además, de la que estaba enamorado el chico que a ella le gustaba.

—Estas guapísima, Paloma —dijo Julia con una expresión de auténtica pasión—. El vestido te queda fantástico.

—Irradias belleza —apoyó Fernando. Que cursilada, pensé.

Ella los miró desde esa atalaya que da el ego más elevado y contestó.

—Es que este vestido no se lo puede poner cualquier persona. Hay que tener un físico delgado y perfecto como el mío.

Nada más decir estas últimas palabras, su mirada se dirigió directamente a Julia. Julia, sonriendo estúpidamente y sin haber captado tan cruel indirecta, le dio la razón.

—Claro que sí, Paloma. Solo un cuerpo como el tuyo puede lucirlo.

Sentí la mirada burlona de Pablo. Me conocía y sabía que iba a explotar, y exploté.

—Por supuesto que solo un físico como el de ella, con un pecho tan pequeño, puede exhibir semejante vestido. A ti, Julia, con ese pecho tan erguido y con ese tamaño tan adecuado, no te quedaría igual.

Las miradas de ellos se dirigieron de unos pechos a otros, pero no se atrevieron hacer ningún tipo de comentario. Paloma estaba tan roja que parecía que le iba a brotar sangre de la cara. Y para terminar de fastidiarla, empujé cariñosamente a Pablo mientras me dirigía a todos en voz alta.

—Anda, dejémonos de tantas bobadas y vayámonos a dar un paseo por la laguna.

Él me agarró del brazo y me habló en un tono muy bajo.

—Eres una auténtica malvada. Cualquiera día te partirán esa cara tan bonita que tienes.

Quitó su mano de mi brazo y le respondí desafiante.

—Aún no ha nacido la persona que me parta a mí la cara.

La laguna era un enorme parque donde había abundantes plantas con bonitas flores y enormes árboles. Tenía también cierto peligro, porque, a pesar de tener una valla, lindaba con un pequeño acantilado. Durante el día era un lugar ideal para pasear, si bien por la noche apenas tenía iluminación y era el refugio de parejas de distintas clases.

Dentro ya del parque, y ocultos de las miradas indiscretas, Pablo sacó de su bolsillo cuatro cigarrillos.

—¿Quién quiere? —Nos preguntó burlonamente.

A excepción de Manuel, todos le pedimos uno. Se los fue entregando, pero al llegar donde yo me encontraba, me habló en tono picaresco.

—Si quieres uno, tienes que pagarme.

Abrí mi pequeño bolso. Se echó a reír.

—Yo no quiero dinero.

Lo miré extrañada. Todos nos miraban expectantes. La expresión de Paloma reflejaba una sorpresa mezclada con ira.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

—Un beso.

Lo miré sarcásticamente.

—Mis besos no tienen precio. Y mucho menos a cambio de un cigarrillo.

Le tuvo que excitar mi negativa, puesto que intentó cogerme por la cintura.

Lo empujé.

—No te parto la cara porque eres bobo. Me voy a mi casa.

Manuel se interpuso en mi camino sujetándome suavemente por el brazo y se encaró con él.

—¿Eres idiota o que te pasa?

—La idiota es ella —saltó Paloma furiosa—. Yo te daré ese beso.

Pablo entonces la miró. Estaba rojo, no sé si por vergüenza o por la furia.

—Si quisiera tus besos, te los habría pedido.

Se quedó cortada. Se hizo un tenso silencio, que nadie se atrevía a romper. Quizás tenía que haberlo tomado de otra manera, sobre todo por la tensión que se estaba generando, pero, como siempre, mi visceralidad me pudo.

—Bueno, creo que nos hemos pasado —dije intentando romper el hielo—. Olvidémoslo. Se está haciendo tarde, regresemos a nuestras casas.

Paloma, mostrando una indiferencia que no sentía, vino a apoyar mis palabras.

—Leo tiene razón, se está haciendo tarde. Se nos ha acabado el tiempo y ya no podremos, gracias a Dios, fumarnos estos cigarrillos, porque son de una pésima calidad.

Y diciendo estas palabras, tiró su cigarro al suelo y lo pisoteó. Todos nos miramos: nos dimos cuenta de que quería terminar de humillar a Pablo. Me acerqué a él y lo besé en la cara.

—Lo siento, Pablo, pero no me gusta que me impongan las cosas. Ahora ya tienes que darme ese cigarrillo. Lo guardaré para el próximo día.

Al salir del instituto no sé por qué decidí no esperar a mis amigos y me marché directamente a mi casa. Tenía esa extraña sensación de que algo estaba ocurriendo.

Durante el trayecto pensaba en todo lo que había venido aconteciendo desde el suceso de los cigarrillos. Paloma me trataba con una falsa cordialidad; aplaudía todas mis decisiones y me daba la razón en mis comentarios. Sabía que cuanto más me adulaba más me odiaba, y que al final terminaría clavándome el puñal hasta la empuñadura. Por otra parte, a pesar de que todos veíamos lo coladita que estaba por Pablo, tonteaba continuamente con Fernando a sabiendas de que ello dañaba a Julia. Pablo seguía persiguiéndome, y más de una vez tuve deseos de tontear con él para fastidiar a Paloma, pero era consciente de que podría herirle si le generaba unas esperanzas que no se harían realidad.

Ya en mi casa, vi el coche de mi hermana aparcado a la puerta. Sentí como mi corazón daba un vuelco de alegría. Entré y me fui directamente al salón. Allí estaban sentados en diferentes sillones, alejados uno de los otros, mis padres y mi hermana. Abracé con todas mis fuerzas a Clara.

—¡Qué alegría más grande!

Me apretó contra ella y me besó.

—Hola, hermanita. Estás preciosa.

—Y tú muy guapa. Quizás un poquito más gordita —dije sonriendo.

—Claro, es normal. Vas a ser tía, cariño.

Iba a darle la enhorabuena, pero entonces me quedé paralizada al recordar la conversación de mis padres. Ellos mantenían un frío silencio. Clara, consciente de mi confusión, rompió el silencio con duras palabras.

—Ya te contaré, Leo. Voy a recoger algunas de mis cosas. Me quedaré definitivamente a vivir en la ciudad.

Mis padres seguían en silencio. Yo sentía un gran desasosiego dentro de mí. Mi hermana apareció con dos bolsos de viaje.

—Te ayudo, Clara —dije cogiendo uno de aquellos bolsos.

Se acercó a mis padres y los besó.

—Ya sabéis mi dirección. Cuando deseéis podéis venir a visitarme. Por favor, llevad a Leo.

Ni siquiera le respondieron.

Después de haber introducido su equipaje en el coche, nos abrazamos. Me miró: sus ojos estaban brillantes.

—Lo siento, Leo, dile a nuestra madre que te lo cuente. No dudes en llamarme para lo que necesites y tenme al día sobre tus estudios. Cuando llegue tu momento de ir a la universidad, puedes quedarte a vivir en mi casa. Recuerda que te prometí que te ayudaría.

Una gran congoja se apoderó de mí y no pude evitar que brotaran mis lágrimas. Ella intentó secarlas con sus dedos y me volvió abrazar.

—Vamos, Leo, tú eres muy valiente. Dame un beso. Y nunca te olvides de tu hermana.

Mientras veía alejarse el coche, sentía como si algo muy profundo de dentro de mí se fuera con él. Sequé mis lágrimas y entré en mi casa. Mi madre estaba terminando de fregar la loza y mi padre leía el periódico. Me daban a entender así que ya no había nada más de que hablar. Pero yo no estaba dispuesta a respetar ese silencio.

—Creo que debéis decirme qué es lo que pensáis hacer.

Mi madre ignoró mis palabras. Me respondió mi padre.

—Yo no te tengo nada que decir, Leonor. Pregúntale a tu madre, ella que es tan lista y que no quiso escuchar.

Era la primera vez que mi padre utilizaba las palabras para actuar con tanta crueldad. A mi madre se le resbaló de las manos una de las tazas.

—Mamá, ¿te encuentras bien?

Ella se giró.

—Por supuesto, no hiere quien quiere, sino quien puede. Tu padre, como suele hacer, prefiere eludir su responsabilidad y dejarme a mí que la afronte como pueda.

Mi padre se levantó furioso de la silla. Yo intermedíé entre los dos.

—Por favor. Yo solo os pido que no abandonéis a mi hermana. ¡Por Dios, mamá!

Me puse a llorar convulsivamente. Mi padre no dijo nada y se marchó de casa. Mi madre comenzó de nuevo a fregar los platos y me hablaba de espaldas.

—Nadie va a abandonar a nadie. Como habrás visto, tu hermana espera un hijo. El padre fue uno de sus profesores, y quien le encontró trabajo. Está casado y tiene dos hijos. Y ahora, por favor, Leo, no me preguntes nada más.

Era como si supiera todo aquello por primera vez. Obviaba que mi padre ya se lo había advertido.

Me senté en silencio en una de las sillas. Conociendo a mi hermana, me resistía a creer que las cosas fueran tal y como me lo estaba contando. Tampoco entendía aquel rechazo por parte de mis padres. Ellos no eran tan creyentes como para rechazar a Clara por ese motivo. ¿Se debería su actitud a los posibles comentarios que pudieran suscitarse sobre mi hermana en el pueblo? ¿Por qué mi madre fue tan cruel al criticar a mi tía Rosario? ¿Por qué les podía su orgullo? Quizás consideraban que mi hermana se merecía un hombre libre y de su edad.

Yo no sentía ninguna vergüenza, sobre todo ahora que empezaba a tomar conciencia de la raza y los sentimientos de los que estábamos hechos los seres humanos. Tenía el convencimiento de que la mejor persona para nosotros sería aquella de la que nos enamorásemos. Por encima y sobre todo debía prevalecer el amor de unos padres y de unos hermanos, máxime cuando Clara había demostrado que nos quería y se preocupaba por nosotros.

Después de marcharse Clara, en mi casa se produjo un cambio profundo. Solo nos dirigíamos monosílabos y no se volvió hacer ningún comentario sobre ella: era como si no existiese. No sé si ellos eran conscientes de sus conductas. Mi padre, además, había empezado a beber más de lo normal.

Seguía contactando con Clara. Le mandaba mensajitos por el móvil sobre mis estudios, pero sobre la situación que se había generado en casa desde que ella se fue no le decía nada. Sin profundizar mucho, le preguntaba cómo se encontraba. Ella me respondía siempre que muy bien y que estaba cada vez más gordita. En ningún momento puse en duda que no me dijera la verdad. ¿Podría ser porque lo más cómodo para nosotros es creer lo que más nos conviene?

Ahora bien, poco a poco, bajo su voz alegre, el tono de sus palabras iba siendo cada vez más apagado.

Estaba con mis amigos en la plazoleta de la iglesia, una plazoleta abarrotada por las personas del pueblo. Subidos a una especie de tablado, para diferenciarse del resto de las personas sin importancia, se encontraban don Damián, el cura; don Jacinto, el alcalde, y don Eladio, el terrateniente, este último siempre muy generoso en sus cuantiosas aportaciones tanto al párroco como al alcalde para las necesidades de los allí presentes. Otra cosa era si ciertamente esas cantidades llegaban exactas a las manos de los damnificados.

Por estas fechas, como todos los años, a don Eladio el señor cura le regalaba una estatuilla de algún célebre santo y el alcalde le imponía una medalla como premio a su generosidad. Había que reconocer lo listillos que eran el cura y el alcalde: de esa forma tenían contento a don Eladio, a quien, por otro lado, le encantaban aquellos agasajos, y sobre todo en presencia femenina.

Don Eladio estaba viudo, pero la edad no le había hecho perder su atractivo. Se rumoreaba que tenía algunos líos de faldas, aunque no solo ahora, también en vida de su mujer.

Tenía dos hijos: Adrián, tres años mayor que nosotros, y Lucía, de nuestra misma edad. Ellos no iban al colegio del pueblo, sino a uno privado en la ciudad. Por su parte, Adrián conocía a Pablo y, cuando venía al pueblo, solía juntarse con nosotros. No me caía muy bien, la verdad. La que más tonteaba con él era Paloma.

El cura y el alcalde hacían discursos de agradecimiento muy parecidos. Aunque don Damián se mantenía un poquitín en su sitio, al alcalde solo le faltaba tirarse al suelo y besar los pies del terrateniente y de sus hijos. Todo ello se regaba siempre con los aplausos y los vítores de los allí presentes, como se le hace a un torero que hubiera tenido una buena tarde de toros.

Me cansé de escuchar tantas mentiras y sandeces.

—¿Nos vamos a la laguna? —pregunté a mis amigos.

—Yo me quedo —respondió rauda Paloma.

Nos disponíamos a marcharnos cuando Fernando se quedó parado.

—Me quedo con Paloma.

Ella lo miró indignada.

—No. Quiero quedarme sola.

Él se quedó sin saber qué hacer, y Manuel lo asió con fuerza del brazo.

—Vamos, Fernando. Hace un día espléndido para pasear.

Me sacaron de quicio la soberbia de Paloma y la simpleza de Fernando. Entonces miré a Julia: su expresión denotaba su tristeza.

—Venga, Julia, vámonos. No sabes disimular: se te nota lo pillada que estás por ese imbécil que solo tiene ojos para esa ridícula prepotente.

—No la llames *ridícula*. Hay que reconocer que es más guapa que yo.

—Desde luego, *ridícula* es una palabra muy suave. ¿Más guapa que tú? Lo que ocurre es que tiene ese atractivo maléfico que atrae a los idiotas.

Iba a contestarme cuando se acercaron los chicos y nos quedamos calladas. Fernando no podía disimular su disgusto. Lo zarandeé cariñosamente.

—Venga, Fernando, pasa de ella y fíjate en otras personas que merecen más la pena.

Manuel entonces echó a correr.

—El último que llegue al Ancla, paga los helados.

—Venga ya, Manuel, ya no somos unos niños —dijo Pablo.

—Venga ya —dije yo remedándole—, tampoco unos aburridos adultos.

Entonces salimos todos corriendo detrás de Manuel. Llegamos todos al mismo tiempo y cada uno de nosotros pagó su helado. Hablamos vivazmente y jugueteamos.

Volvíamos a casa por la laguna cuando Manuel, que era un cotilla, nos hizo señas para que nos mantuviéramos en silencio y lo siguiéramos a un lugar muy tupido de arbustos y árboles cuajados de hojas que rodeaban un pequeño espacio vacío. Aquel era un lugar frecuentado por ciertas parejas. Abrió cuidadosamente aquellos arbustos para ver si había alguien. La sangre se me heló en las venas. Apoyada en uno de aquellos árboles estaban Paloma y Adrián. Con una de sus manos, él sujetaba el cuerpo de ella contra el árbol; la otra la tenía introducida en su vestido, a la altura de su sexo. Ella movía su mano dentro del pantalón de él rítmicamente. Se escuchaban unos apagados gemidos.

Julia no pudo evitar que saliera un grito de su garganta. Fernando se tambaleó. Desde la distancia, Paloma nos miró cínicamente. Adrián se volvió y se encaró con nosotros.

—Sois unos asquerosos mirones.

Estábamos paralizados. Fernando fue hacia ellos y le dio un puñetazo a Adrián.

—Tú sí que eres un asqueroso perverso.

Adrián cayó al suelo. Le fluía un hilo de sangre por la comisura de sus labios. De inmediato, Paloma se arrodilló para limpiársela y acariciarlo. Furiosa, se giró para mirar a Fernando con un aire de rabia y dolor.

—Eres un imbécil —le espetó—. Lárgate de mi vista.

—Esto significa que eres una golfa —respondió él.

Ella se incorporó y le dio una bofetada.

—Yo seré una golfa, pero tú eres un patético *marica*.

Manuel cogió por el brazo a Fernando y nos fuimos de aquel lugar. Resultaba curioso que lo que en principio empezó siendo una broma se hubiera convertido en un desagradable episodio. Nadie se atrevía a decir nada, ni siquiera Pablo. Pero al llegar al cruce donde cada uno de nosotros se dirigía hacia su casa, Fernando rompió a llorar. Julia se le acercó e intentó abrazarle, aunque él la rechazó bruscamente.

—Déjame en paz. Todas las mujeres sois unas zorras — y diciendo estas palabras echó a correr en dirección a su casa.

Julia no pudo evitar echarse a llorar.

—No llores —dijo Manuel abrazándola—. Ese imbécil no se merece ni una sola de tus lágrimas.

—Déjala que llore —respondió Pablo—, con eso se desahoga. El llanto no solo nos calma, también nos hace ver la realidad. A ver si se da cuenta de que Fernando está colgado por esa golfa.

Lo miré extrañada. Julia se secó las lágrimas y se encaró con él.

—No la llames golfa. Es ese cerdo de Adrián, que la ha engañado y pervertido.

El soltó una carcajada.

—¿Paloma engañada? Pero ¿no la conocéis?

Yo no daba crédito a cómo Julia defendía a Paloma y Pablo la atacaba. ¿Reaccionaba él de esa forma por sentirse menospreciado? Tuvo que intuir lo que pensaba.

—No os creáis que digo estas palabras por sentirme despechado. Ella me ha hecho muchas veces lo que le estaba haciendo Adrián.

Nos quedamos mirándole con cara de asombro.

—¿En qué mundo vivís? Esto es algo que ya se hace a nuestras edades, incluso a edades más tempranas, y no solo eso.

Manuel lo miró con desprecio.

—Hay cosas que para hacerlas no dependen de los tiempos, sino del valor que cada uno de nosotros queramos darles.

Quedé perpleja: esa respuesta a semejante hecho debería de haber provenido de una chica y no de un chico.

Julia había dejado de llorar y dirigía su mirada según quien hablara.

—Tiene razón Manuel —dije yo—. Todo va dependiendo del valor que vayamos dando a nuestros sentimientos y a nuestros deseos. Y creo que de lo que estamos hablando, por la parte que me toca como mujer, tendría que tener más importancia para nosotras las mujeres que para los hombres.

—¡Qué barbaridad! —dijo burlonamente Pablo—. Eso pasaría en la época de vuestras abuelas. Ahora ya el sexo se considera desde el mismo punto de vista de los chicos y de las chicas.

—Mira tú qué experto —respondí—. Pues yo sigo considerando que nosotras somos las que más seguimos perdiendo, porque tenemos que asumir más responsabilidades, somos las que nos quedamos embarazadas, y, además, vosotros siempre os disculpáis en vuestras conductas sexuales y a nosotras nos tacháis de *zorras*.

Manuel se dio cuenta de que empezábamos a perdernos en el mundo de las reflexiones y, como siempre, salió para suavizar la situación.

—Bueno, dejémoslo ya. Que cada uno haga lo que crea conveniente y que luego asuma las consecuencias.

Al día siguiente, cuando llegué al instituto, no había nadie en la puerta. Dentro, mis amigos estaban repartidos por diferentes corros. Decidí quedarme sola en uno de los rincones, a la espera de que nos dejaran entrar en las clases.

Nos esperamos a la salida y, tras saludarnos muy fríamente, nos dirigimos hacia un pequeño parque al que solíamos ir y que estaba cerca de allí. Sentados en uno de los bancos, nadie se atrevía a comenzar a hablar.

—Vaya, vaya —dijo Pablo sarcásticamente—, qué cobardes somos: nadie quiere empezar a decir las verdades.

—¿Cobardes? Y ¿qué verdades? —respondió Paloma de forma desafiante.

—Por ejemplo —siguió diciendo él—, la de que tú eres una golfa.

Ella soltó una carcajada.

—¿Estás celoso o es que te recuerdo a tu madre?

Pablo intentó abalanzarse sobre ella, pero Manuel se lo impidió.

—Por favor, estamos actuando peor que las hienas —dijo él.

A Julia se la notaba asustada. Pablo intentó hablar de nuevo, pero Manuel le tapó la boca con la mano.

—No le tapes la boca, déjale que diga lo que quiera. Y vosotros —dijo Paloma dirigiendo su mirada hacia todos—, decid también lo que queráis. Lo único que demostráis es vuestra envidia y bajos sentimientos, porque, aunque lo estáis deseando, no tenéis el valor de hacer lo que hago yo.

Yo si pude llegar hasta ella y soltarle una bofetada que la hizo tambalearse.

—Ya te lo tengo advertido: a mí no intentes avasallar. ¿Quién te has creído que eres para decirnos semejantes palabras? Ten mucho cuidado, Paloma. A mí me importa un comino lo que tú hagas o dejes de hacer, y a ti procura que te ocurra lo mismo conmigo.

Sus ojos despedían chispas. Tenía su mano puesta en la mejilla para que no se le viera el rosetón que le había producido mi bofetada. Intentó marcharse, pero Manuel se lo impidió.

—Por Dios, tranquilicémonos. Nos conocemos desde que éramos pequeños. ¿No debemos ahora, que ya somos adolescentes, intentar comprendernos y aceptarnos con nuestros defectos o virtudes? ¿Tiramos todos estos años a la basura? Tenemos a las puertas nuestros exámenes y debemos terminar nuestro tiempo en el instituto. Centrémonos en nuestros estudios. Démonos un tiempo hasta el verano.

Era sábado, y desayunaba con mi padre en la cocina cuando mi madre apareció frente a nosotros llevando puesto uno de sus mejores vestidos.

—Terminad el desayuno. Nos vamos a ver a Clara.

Mi padre puso cara de que aquella idea no terminaba de agradaarle.

—¿No crees que antes de haber tomado semejante decisión deberías haberlo consultado conmigo?

Mi madre le miró de forma desafiante.

—¿Consultar que vayamos a ver a nuestra hija? ¿Qué es lo que te ocurre?, ¿no te atreves a desafiar a tu madre? Porque yo no soy tonta, y tu madre me ha tirado más de un pullita sobre Clara. Puede ser también que tengas miedo a los comentarios de esos amigos tuyos tan finos y de ciertas personas del pueblo.

Mi padre se levantó de golpe de la silla.

—Teresa, no empecemos...

Pero mi madre cortó sus palabras.

—Antes de hablar piensa lo que vas a decir, no vaya a ser que más tarde te arrepientas de tus palabras. Te advierto de que, como no me acompañes a ver a Clara, no vuelvo a dirigirte la palabra. Y no es porque yo necesite que vengas conmigo, pero no quiero darle más sufrimientos a nuestra hija.

Comenzaba a darme cuenta del abismo que estaba abriéndose entre ellos y cómo empezaba a afectarme a mí. Mi padre me miró, pero yo esquivé su mirada. Tenía que sentirse humillado.

—Leo—me dijo—, termina el desayuno, que nos vamos a ver a tu hermana.

Montados en el coche en dirección a la ciudad, ninguno de nosotros hablaba. Ya cerca de nuestro destino, mi madre rompió el silencio.

—Leonor, llama a Clara y dile que vamos a verla. Pregúntale dónde podemos encontrarnos.

Me sentí sorprendida al escuchar la voz de mi hermana por el teléfono. Parecía no tener fuerzas para hablar y el tono era de tristeza. Quedamos en un restaurante situado a las afueras.

Cuando nos encontramos con Clara, nos quedamos perplejos, sin saber bien qué decir. Era tan extrema su delgadez que casi no se apreciaba que estuviera embarazada. Aquellos hermosos ojos que tanto brillaban, ahora surcados por profundas ojeras, parecían estar muertos. Mi madre fue la primera en abrazarla y besarla.

—Hija mía, ¿cómo te encuentras? Estás muy delgada.

Mi padre le dio dos besos sin pronunciar ni una palabra. Yo la abracé y la zarandé cariñosamente.

—Debes cuidarte, hermanita, y comer más. Ahora ya tienes que hacerlo por dos personas.

—No os preocupéis —nos respondió tímidamente—. Lo que me ocurre es que no me para nada en el estómago. Si os parece bien, podemos ir a comer a mi casa. Ramón está de viaje.

Al entrar en aquel piso me dio la impresión de que transmitía una dolorosa soledad. Estaba amueblado con un gusto sencillo, pero se veía desorden y dejadez. Ninguno nos mirábamos.

—Clara, dime dónde están los utensilios y los alimentos. Voy a preparar la comida.

—Verás, mamá, es que no tengo muchas cosas para poder cocinar. Yo...

—Mamá —dije yo—, he visto que debajo de este edificio hay un asador de pollos.

Daba pena ver lo poco que comía Clara. Ella intentaba desviar la atención preguntándole a mi padre por el trabajo y a mí por mis estudios. Como suele suceder, el tiempo parece volar cuando queremos que se eternice. Era ya tarde y mis padres no querían volver de noche.

—Bueno, hija, tenemos que marcharnos ya. No quiero que tu padre conduzca de noche.

De pronto mis palabras brotaron sin pensarlo.

—Mamá, déjame quedarme con Clara. Mañana me iré al pueblo en autobús.

La mirada de mi madre, melancólica y severa a la vez, llevaba no obstante un sí por respuesta. Cuando se marcharon mis padres y nos quedamos solas, la cara de Clara reflejaba una tristeza infinita

—Creo, hermanita, que te vas a aburrir.

—De eso nada. Ahora mismo nos vamos a poner a ordenar todo esto.

Mientras nos enseñaba su piso, había observado que tenía la cama sin hacer y que había ropa repartida por toda la casa. Todo aquello parecía ser fruto de una dejadez por vivir que me preocupaba. Cuando llegó la hora de la cena, aunque mi hermana se agotaba constantemente, lo teníamos todo ordenado.

—No sé qué darte de cenar, Leo.

—No te preocupes. A mí me encanta cenar leche con galletas.

Mi hermana dejaba que la galleta se empapara hasta derrumbarse en el interior de la taza, tal y como se ella se derrumbó sobre la mesa de la cocina, convulsionada por los sollozos. Me levanté y la rodeé con mis brazos.

—¡Por Dios, Clara! Dime, ¿qué te ocurre?

Sus palabras salían a borbotones. Parecía como si las hubiera tenido encerradas en su corazón y ahora este se abriera para dar paso a una confesión dolorosa: Ramón la había abandonado al enterarse de que estaba embarazada.

—Pero ¿por qué no nos lo dijiste cuando fuiste a vernos al pueblo?

—Porque se lo dije al día siguiente de irnos a ver. Yo había disimulado mi embarazo y quería que vosotros lo supierais antes que él.

La abracé tiernamente y besé aquella frente que parecía arder.

—Por favor, Leonor, no me culpes ni me taches de ligera. Él siempre me prometió que se divorciaría, que su mujer estaba de acuerdo y que entre ellos ya no existía ningún tipo de sentimientos.

Sentía una pena infinita por mi hermana. ¿Qué era realmente eso del amor, que lo disculpa todo y que le hacía ver lo que quería que se viera y no lo que era en realidad? A pesar de ser más joven que ella yo sí sabía lo que aquel miserable había ido buscando: la juventud de mi hermana. Había oído ciertos comentarios, sobre que algunos hombres no se acostumbraban a ir haciéndose mayores y cometían verdaderas locuras para seguir encontrándose jóvenes. Y entre ellas estaba la de querer ligar con mujeres que estaban en su plena juventud.

Cogí mis manos entre las suyas y dejé de hablar para que ella siguiera contando su historia; ella se mantenía en silencio, seguramente para evitar que se despertara en mí un sentimiento de odio hacia él.

—¿Tienes dinero para vivir, Clara?

—Sigo trabajando en el hotel. Ahora estoy dada de baja. No os lo quería decir, pero estoy en riesgo de aborto.

La miré con estupor.

—Tú no puedes quedarte sola. Además, tendrás que guardar reposo. Clara, debes de venirte al pueblo hasta que tengas el bebé.

—No te preocupes, el hospital está muy cerca de aquí. Lo último que haría ahora sería irme al pueblo. No podría soportar los comentarios. Volverían a cebarse con todos nosotros. Además, podría ser...

Se quedó en silencio, pero no hacía falta que terminase la frase, yo la sabía... Que regresara Ramón. Me producía una lástima infinita y tenía muy claro que aquel miserable jamás iba a regresar.

Aquella noche nos acostamos las dos juntas. Podía sentir el calor de su cuerpo; se había pegado a mí como si quisiera succionar mi cariño y la seguridad que le faltaba.

En la mesilla de noche me fijé en una fotografía de ella con un hombre al que se veía mayor, pero muy atractivo, quien la tenía rodeada con uno de sus brazos por la cintura. Daban la impresión de ser inmensamente felices.

A la mañana siguiente, ya en en la parada del autobús para regresar al pueblo miles de sensaciones me embargaban. No podía consentir que mi hermana se quedara sola, pero ¿qué podía hacer después de las palabras que me había dicho?

Me miró a los ojos.

—No te aflijas, hermanita —me había dicho con una media sonrisa—. Júrame que no les dirás nada de todo esto a nuestros padres.

—No puedes hacerme esto Clara. Yo tengo que decírselo...

—Te lo suplico. Hazlo por mi bebé, Leonor. Júramelo, no quiero que se enteren porque me obligarían a irme al pueblo y...

No pudo contener su llanto. La abracé estrechándola contra mí.

—Te lo juro, Clara. Te lo juro, no diré nada.,

Durante el viaje, mi cabeza no paraba de pensar. Por un lado, me sentía en la obligación de contarle. Por otro, podría causarle un daño terrible a mi hermana. Mis padres me esperaban en la estación de autobuses.

—Hola, Leonor. Qué cara más pálida y desencajada tienes —dijo mi madre.

Según me hablaba, su mirada se clavaba fijamente en la mía.

—¿No nos estarás ocultando alguna cosa que deberíamos saber?

Qué intuitiva era. Estuve a punto de decírselo todo, pero recordé mi juramento y las palabras de mi hermana, y me contuve.

—Mamá... —dije con cierto enfado. Sentía sudar hasta mis manos. No me gustaba ni mentir ni ocultar la verdad.

—Vámonos, por favor. Estoy agotada.

Mi padre me besó fugazmente mientras me preguntaba.

— ¿Cómo está tu hermana?

—No sé qué decirte, papá. Yo creo que ella, aunque lo niega, no se encuentra muy bien. Su estado físico y anímico está tan debilitado que podría ser que llegara abortar.

Intentaba hacerles llegar la verdad aunque fuera de forma enmascarada. Mi madre me miró sorprendida.

—¡Qué sabrás tú de esas cosas, pequeña!

Era cierto de que no tenía ni idea, pero también que decía la verdad.

—Mamá, considero que ya soy lo suficientemente madura para cosas tan graves como estas y creo que el próximo sábado deberíamos ir a por Clara y traérmola a casa.

—Está bien, hija, quizás tengas razón. El próximo sábado iremos a por ella.

Pero todo el sigilo de mis palabras se vino abajo muy pronto. A los dos días de haber tenido aquella conversación, nos llamaron de uno de los hospitales de la ciudad: mi hermana había muerto como consecuencia de un aborto con muchas complicaciones y de tal rapidez que no les había dado tiempo de avisar antes a los familiares.

Creía estar viviendo una pesadilla. Un sentimiento de dolor y culpabilidad me desgarraba por dentro. Mis padres se quedaron como atontados, como si no quisieran asumir la realidad. Daba la sensación de que habían envejecido de golpe.

Puesto que mi hermana no estaba casada y se había quedado embarazada de un hombre casado, don Miguel nos puso excusas peregrinas para no celebrar el funeral de Clara. No obstante, tuvimos la suerte de que el capellán del hospital, un sacerdote joven, no nos pusiera ningún impedimento y mi hermana tuvo un entrañable funeral.

Mi abuela nos acompañó en todo momento, pero sin hacer ningún tipo de comentarios. Bastaba solo con verle la mirada de desprecio que nos dirigía, quizás porque nos consideraba culpables de lo que le había ocurrido a mi pobre hermana.

Ramón nunca apareció. Jamás llegamos a saber si fue porque jamás lo supo o porque no quiso asistir.

El tiempo pasaba, pero éramos incapaces de afrontar la muerte de Clara, y ello nos impedía hallar consuelo entre nosotros. Había noches en que creí enloquecer: me sentía culpable por no haberles dicho a mis padres lo que ella me había contado. Por otro lado, sabía que Clara no me lo habría perdonado y que habría preferido morir antes que abandonar aquella casa donde pensaba que aquel sinvergüenza regresaría.

Pensaba en que algún día el destino me le pondría en mi camino y sentí un escalofrío por las sensaciones que me invadían. El dolor, en lugar de debilitarme, me endureció y todos mis esfuerzos se dirigieron hacia mis estudios, sobre todo en memoria de mi hermana, por la ilusión que siempre tuvo en vida de que yo estudiara una carrera.

Con mis amigos salía en contadas ocasiones. Ellos, demostrando cierta generosidad, nunca hicieron ningún comentario sobre la muerte de Clara. Mi madre mantenía un doloroso silencio; era como si temiera que al hablar afloraran sus sentimientos. Adoptó hacia mí una postura de rechazo. ¿Intuía, quizás, que Clara tuvo que decirme algo el día que me quedé con ella? Llegué a pensar que ella hubiera preferido que quien tenía que haber muerto debería haber sido yo. Tuvo que ponerse en tratamiento, y comenzó a tomar antidepresivos. Mi padre optó por el camino más fácil: se dio a la bebida.

Un mediodía vino más borracho que nunca. El alcohol le confería el valor suficiente para enfrentarse a mi madre.

—¿Sabes, Teresa? A Clara la siguen criticando en el pueblo. Dicen que tu hija provocó el aborto y por eso fue castigada por el señor.

La expresión de dolor en los ojos de mi madre era inmensa.

—¿Cómo pueden decir semejante barbaridad y considerar que nuestro Dios pueda ser tan cruel, tan creyentes como son? Y tú... tan cobarde de no partirlas la cara. Mi pobre hija, no tenía que haberla dejado sola ni un solo momento, pero mis miedos y mi orgullo pensaban primero en lo que me diría tu madre y en las críticas del pueblo. Y, fíjate, al final las hienas vienen a por sus carnazas. ¿Cómo han podido enterarse de que Clara abortó? —sonrió amargamente—. ¡Cómo no se me había ocurrido! Ha sido tu madre, tu madre que...

Mi padre dio un puñetazo en la mesa y cortó sus palabras.

—Ten mucho cuidado con lo que vas a decir de mi madre. Asume tu irresponsabilidad con tu hija. Yo te lo advertí. Si me hubieras hecho caso, quizás Clara estaría ahora viva.

En aquellos momentos sonó el teléfono. Era el médico del pueblo: se llevaban a mi abuela al hospital, parecía ser que estaba en estado crítico.

—Vas a tener suerte, igual la pobre se muere y a ti se te quita un peso de encima —dijo furiosamente mi padre.

Después de haber dicho aquellas terribles palabras salió de la casa dando un portazo. Había actuado muy cruelmente. Él sabía que mi hermana no hubiera abandonado jamás a aquel sinvergüenza y mi madre no era tan mala como para considerar que odiara a mi abuela de aquella forma.

Por unos instantes mi madre se tambaleó. Se dirigió hacia una de las sillas y, sentándose, se cubrió su rostro con las manos. Me acerqué a ella y la abracé.

—No le hagas caso mamá. Está bebido y no sabe lo que dice.

Me apartó de su lado y, sin decir nada, se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta tras sí. Sentí un dolor profundo en mi corazón. Ahora ya no me quedaba ninguna duda de que mi madre me rechazaba y que quizás llegara hasta odiarme.

A los pocos días de haber sido ingresada en el hospital mi abuela murió víctima de una neumonía. Me encontré mal por no sentir dentro de mí esa pena que debía producirse al perder a una abuela, pero ella tampoco supo asumir muy bien su papel.

Tras su muerte, en mi casa no se volvió hablar más de ella. Lo cierto es que las conversaciones entre nosotros no eran muy fluidas. Mi padre era ya un ser inútil, porque la bebida empezaba hacer sus estragos. De hecho, ya no iba a pescar y su jefe, probablemente por pena y por no tener que despedirlo, lo relegó a los trabajos de menor importancia. Mi madre parecía no estar en este mundo, sino donde la llevaban aquellas pastillas.

No comprendía cómo yo seguía avanzando. Había dejado de reunirme con mis amigos, para enorme satisfacción de Paloma. Lo cierto es que prefería quedarme en mi casa estudiando. Además, el recuerdo de mi hermana seguía martilleando mi corazón.

Terminamos nuestra etapa en el instituto y, en breve, empezábamos nuestras cruzadas en la universidad. Aquella tarde, Julia y Manuel vinieron a buscarme a mi casa.

—Vamos, ánimo —me decía cariñosamente Julia—. Vente a tomar unos helados con nosotros. Además, tenemos que darte una sorpresa: Manuel y yo nos hemos hecho novios.

Les di un abrazo. No quería preguntar por Fernando ni por los demás, pero decidí marcharme con ellos a tomar ese helado. Al llegar a El Ancla, sentados en una mesa estaba el resto de los amigos. Pablo no pudo evitar sonreír y mostrar con ello una gran alegría.

—Pero ¡qué bueno! ¡Mira quién ha venido! Gracias, gracias por tu presencia. Como nos ignoras... Estás cada vez más hermosa y...

Paloma cortó sus palabras de forma fría y tajante. No podía disimular su envidia.

—Fernando, ¿por qué no le dices a la camarera que llevamos más de una hora esperando a que nos traigan los helados?

Como siempre, Manuel derivó la conversación hacia temas anecdóticos, lo que hizo que todos nos relajáramos y pudiéramos reírnos. No sé cómo surgió el tema de los posibles gastos que iba a suponer nuestra etapa en la universidad. Nos dábamos cuenta de que la becas no nos cubrirían todo el desembolso que se generaría, y por supuesto mucho menos los caprichos de salir a tomar un café o algún refresco. Ellos no iban a tener tantos problemas; sus familias tenían un nivel económico mucho mejor que el mío. Manuel tuvo que intuir mis pensamientos.

—Leo, podrías buscarte un trabajillo para este verano. Seguro que te vendría muy bien para esos posibles gastos.

—Es verdad, Manuel. Gracias. No se me había ocurrido.

La camarera lo había oído y, mirándome, se dirigió a mí con cierto interés.

—Perdonad que me meta en vuestra conversación. Leo, ves a ver al cura. Según comentan, parece ser que suele encontrar trabajo a quienes se lo piden.

Apareció repentinamente un gesto de disgusto en mi cara. Recordaba su comportamiento con el funeral de mi hermana. La camarera sonrió al ver mi expresión.

—Ya no está don Miguel como párroco. Hay un nuevo sacerdote. Se llama Rafael, y es joven y muy majo.

No dejaba de dar vueltas a lo que me había dicho la camarera de El Ancla, así que decidí ir a la iglesia. Delante de la puerta de la Casa del Párroco me quedé parada sin decidirme a llamar. De pronto, se abrió y apareció don Miguel.

—Hola, Leonor. Estás hecha una mujercita. ¿Cómo tú por aquí?

Cuando lo miraba no podía evitar un rechazo hacia él, y no solo por su comportamiento hacia el funeral. Iba a contestarle que era una casualidad, pero no quise mentir.

—Venía a ver a don Rafael.

—No se encuentra ahora aquí, pero no tardará en volver. Pasa a mi despacho y hablaremos un ratito mientras llega.

Hizo que me sentara en uno de aquellos sillones y él se sentó en otro, muy cerca de mí.

—Y, bien, ¿qué es lo que deseas?

Tuve deseos de responderle qué le importaba, pero me contuve.

—Este año empezaré a estudiar en la universidad y me vendría muy bien trabajar durante el verano.

—No hace falta que le digas nada a don Rafael. Yo podría darte una carta de recomendación para don Eladio. Parece ser que una de sus sirvientas se ha dado de baja porque se ha roto un tobillo y necesitan una sustituta. Pero tú tendrías que darme algo a cambio.

Mientras me hablaba, el sacerdote había puesto una de sus manos en mi muslo. Me levanté como un resorte. Sentía un asco que me recorría todo el pecho.

—No le entiendo —dije con brusquedad—. ¿Qué es lo que tendría que darle a cambio?

Se levantó de un golpe. Estaba pálido.

—Verás, hija —dijo con todo su aplomo—, del primer sueldo que recibas deberás entregar una limosna para los pobres.

Camino de mi casa, no quería pensar ni hacer suposiciones de lo que había vivido. Aquella carta de recomendación quemaba mis manos. Me entraban deseos de hacerla mil pedazos, aunque, por otro lado, pensaba en lo que me supondría tener trabajo aquel verano.

Cuando les dije a mis padres que iba a trabajar como asistente en la finca de don Eladio, mi madre me miró sin ningún tipo de expresión y mi padre no dijo nada. Preferí no comentarles lo que había vivido con el cura, porque posiblemente no me habrían creído.

En mi dormitorio, en el silencio de la noche, me di cuenta de lo sola que estaba. Abría las ventanas y, mirando hacia aquel cielo lleno de estrellas, le pregunté de qué forma estábamos hechos los seres humanos.

Al ser la más joven y estar ocupando el lugar de otra trabajadora, no solo tenía que trabajar a las órdenes del capataz, sino también a las del resto de los trabajadores. Se consideraban con el derecho de tener que atenderles en todas sus peticiones y estar de un lado para otro, según requirieran mis servicios.

Lo mismo hacía de pinche que limpiaba dormitorios y baños. También recogía, para las necesidades de la casa, las verduras del huerto y los huevos del gallinero.

Empecé a observar el comportamiento de muchas de aquellas personas. Eran envidiosos, se criticaban entre ellos, sobre todo se cebaban con los que más trabajaban. Y no solo eso, algunos tenían la osadía de llevarse los productos de la finca, incluso pollos y gallinas, para las necesidades de sus hogares.

El capataz era un hombre que destacaba por su físico. Era alto y musculoso y estaba viudo. A la mayoría de las mujeres las tenía revueltas. Era el blanco de todo tipo de comentarios, unos a favor («Pobre Raúl..., tan joven y viudo, qué solo tiene que encontrarse...»), otros en contra («Vosotros es que no lo conocéis, menuda pieza... Aprovecha la mínima oportunidad para llevarse a alguna a la cama. Menudos sitios frecuente...») Desde luego, él se pavoneaba como el macho alfa, lo que hacía las delicias de las mujeres y el calvario de los hombres.

Mi madre parecía ir recobrando poco a poco parte de su vitalidad, sus emociones. La psiquiatra que la trataba estaba muy contenta por su evolución, y yo empezaba a vislumbrar un poquito de esa luz al final de un túnel. Le comentaba lo que veía y vivía en el trabajo.

—Leonora, ten mucho cuidado, hija. No te fíes de nadie y solo comenta lo que quieras que sepan todos los demás, incluso hasta las personas del pueblo.

Con el tiempo, en casa comenzó a respirarse un aire más fraternal. Incluso mi padre ya no venía tan bebido. Empezaba a asumir que el dolor de la muerte de Clara se había instalado en nosotros, que formaba parte de nuestras vidas, y nos resignamos ante una herida que poco a poco iría cicatrizando. Logré disculpar el comportamiento que mi madre había tenido conmigo. Comprendía que quizás ella no había sabido asumir la vida que le había tocado vivir, y sobre todo la muerte de una hija.

Por las murmuraciones me había enterado de que Adrián se había quedado en la finca para ir conociendo los entresijos de aquellas tierras, de las que en un futuro se haría cargo. Y que Lucía se había marchado a Londres a perfeccionar el inglés. Pedía encarecidamente a Dios no tener que encontrármelo.

Una de las veces que venía del huerto de coger unas verduras, se cruzó en mi camino Raúl.

—Vaya, vaya... Buenos días, niña.

—Buenos días, señor Raúl.

Él podía tutearnos, pero nosotros a él no.

—Me he fijado en lo mucho que trabajas, y la verdad es que pienso que es una pena que un cuerpo tan hermoso y frágil como el tuyo se estropee. Si tú fueras buena conmigo, yo me portaría bien y te conseguiría un trabajo más relajado.

Lo miré fríamente.

—No le entiendo. Suelo portarme bien con todo el mundo. Gracias por su ofrecimiento, pero me gusta el trabajo que hago. Si me deja pasar, se lo agradecería, me quedan todavía muchas cosas por hacer.

Se quitó de mi camino, mirándome con una expresión entre la ira y el desprecio más visceral.

Como tantas mañanas, me mandaron a coger huevos. El gallinero se encontraba dentro del cobertizo. Me encontraba recogiendo cuando escuché una voz a mis espaldas.

—Mira a quién tenemos aquí... La hembra más buena de la finca.

Un frío helado recorrió mi espina dorsal. Me volví y, tapando la puerta, se encontraba Adrián con el hijo de una de las sirvientas y otro chico. Adrián se fue acercando lentamente. Estaba paralizada por el terror.

—Venga ya, Leonor, no pongas esa cara de miedo. Seguro que te han montado más de una vez.

Los otros dos se echaron a reír con una risa nerviosa. Miré hacia los lados, pero no veía nada que pudiera usar para defenderme. Me rodeó con sus brazos, presionándome contra él. Intentaba someterme, aunque yo no me dejaba. Tenía la fuerza de un toro.

—Imbéciles, venid a ayudarme. Tened cuidado, no podemos dejar ni una sola marca con la que pueda denunciarnos.

Me sujetaron los brazos, me abrieron de piernas. Adrián se puso en medio de ellas, me quito la falda y arrancó mis bragas.

—No te preocupes, zorra. Intentaré hacerte el menor daño posible. Te cubriré como los caballos cubren a sus yeguas.

Cerré mis ojos, e intenté no dejarme llevar por el terror. Sentí algo duro que me penetraba y me desgarraba por dentro. El dolor me llegaba al vientre. Ahogué el grito

que pugnaba por salir de mi garganta y escuchaba sus gemidos y las crueles risas de sus amigos.

De pronto, se oyó una voz.

—¡Salvajes! ¡Animales! Salid de aquí ahora mismo antes de que pierda la cabeza.

Dejé de sentir la presión sobre mi cuerpo. No sabría definir bien lo que en aquellos momentos sentía. Era una especie de dolor, de impotencia, desconcierto y vergüenza.

Raúl intentaba incorporarme, pero mis piernas temblaban.

—Vamos, chiquilla. No te preocupes, ya pasó todo.

Mientras me levantaba, por mis muslos corría un líquido viscoso, una mezcla de semen y de sangre. Aparecieron entonces dos sirvientas.

—¡Dios mío, Raúl! ¿Qué has hecho? —dijo una de ellas.

—No digas tonterías, no he sido yo. Es obra de ese desgraciado de Adrián.

—Esto hay que denunciarlo.

—¿Denunciarlo? ¿Con qué pruebas? No han dejado ni una sola marca. Sería la palabra de ellos, que además ya son mayores de edad, contra la nuestra. Y tú ten cuidado: uno de los que le han ayudado ha sido tu hijo.

Yo escuchaba en una especie de nebulosa que lo cubría todo y con una sensación de dolor que me llegaba al vientre, unida a una impotencia que me impedía hasta llorar.

—Vamos, no os quedéis ahí como dos bobas, ¡ayudadme! La llevaremos a que la vea un médico, y cuidado con lo que vayáis a decir. Diremos que nos la hemos encontrado de esta forma en el cobertizo.

No tomé conciencia de cómo llegué al centro de salud. Estaba tumbada en una de esas camas de reconocimiento y un biombo me separaba de Raúl y de la madre del que había ayudado a mi violación. El médico levantó mis piernas flexionándolas y las abrió para poder acceder a mi interior. Intentaba ver qué daño tenía y, al mismo tiempo, limpiaba el desgarró. Era la primera vez que un médico me hacía un reconocimiento vaginal. Tenía una sensación mezcla de vergüenza y de furia.

Después de haberme reconocido y limpiado, abrió una parte del biombo y se dirigió a Raúl y a la asistenta.

—Esto hay que denunciarlo: esta chica ha sido forzada.

—¿Forzada? —dijo Raúl—. No lo creo. Desde que entró a trabajar parecía muy ligerita. A mí se me ha insinuado más de una vez. Usted sabrá, doctor, pero tenga mucho cuidado con su diagnóstico. No creo que a don Eladio le haga mucha gracia que se vaya diciendo que han violado a una menor de edad en su finca. Usted sabe que él tiene muy buenos contactos, tanto aquí en el pueblo como en la ciudad.

Me parecía estar viviendo una irrealidad. El sudor empapaba mi cuerpo. El médico me reconoció de nuevo.

—Es cierto, me he equivocado. Lo siento. Ya he desinfectado toda la zona que ha sido afectada. La derivaré al ginecólogo para que haga un seguimiento, por si hubiera consecuencias...

Ni siquiera lo había pensado: esas consecuencias podían ser un posible embarazo. El médico se acercó a mí.

—Bueno, chiquilla, todo parece estar ya bien. Hijita, tienes que tener más cuidado y no hacer estas cosas, eres todavía muy joven.

Llamó a la enfermera.

—Esther, ayúdala a vestirse. Es una pena que, estando todavía en la adolescencia, haga *ya estas cosas* sin ni siquiera tomar precauciones y tener más cuidado.

Ella me miró con una expresión de absoluto desprecio.

—Pues, esto es lo que hay hoy, doctor. Como ellas luego no pagan las consecuencias, las pagamos los padres.

Me moría por dentro. Me entraron en otra habitación y me dejaron sola a la espera de que mis padres vinieran a recogerme.

El tiempo se me volvía eterno. Anhelaba la presencia de mi madre, poder abrazarla, sentirme protegida entre sus brazos, desahogarme con ella, aunque intentaría obviar los detalles más escabrosos para evitar que pudieran enfrentarse a don Eladio.

La puerta se abrió y aparecieron acompañados por la enfermera. Mi padre intentó abofetearme, pero mi madre se lo impidió. Ella me agarró bruscamente del brazo y me hizo salir de allí. Comprendí que ellos, sin haberme preguntado si quiera, habían creído la versión que aquellas personas le habían dicho. Sentí por dentro una sensación de frialdad casi inhumana y me di cuenta de que entraba de golpe en mi etapa de la madurez.

Cuando llegamos a casa, mi padre me zarandeó bruscamente y mi madre no hizo nada por defenderme, simplemente se quedó mirando la escena.

—¿Y ahora qué? Imagínate que te quedas embarazada. El pueblo se volverá a cebar con nosotros y yo me tendré que avergonzar de mi segunda hija. Toda la culpa de esto la tiene tu madre, que no ha sabido daros una educación adecuada.

Mi madre permanecía callada. No pude evitar recordar cómo tiempo atrás salió en defensa de Clara.

—No dices nada —dijo mi padre mirando a mi madre—. Con tu reacción estás demostrando que no te importa ya nada de lo que ocurre en esta casa.

Estaba terriblemente dolida, y no por las palabras de mi padre, sino por el silencio cómplice de mi madre, que no lograba entender. Me retiré entonces a mi dormitorio. Tenía la certeza de que, por mucho que les hubiera explicado, no hubieran creído en mí.

A partir de aquel día la situación en mi casa se volvió más fría, ya apenas nos hablábamos. Mis padres nunca llegaron a preguntarme ni volvieron hablar de lo que me había ocurrido. Ahora, eso sí, mi madre me acompañó dos veces a las citas con el ginecólogo, quien nos informó que ya se podía confirmar que no sufriría consecuencias ni me quedarían señales. Seguro que el médico daba ya por hecho que la culpable había sido yo.

Mi padre empezó a volver de nuevo a casa borracho y mi madre recayó en una depresión más profunda. Llegó al punto de desentenderse de las tareas del hogar. No hablábamos ni de lo necesario y más de una vez estuve tentada de contarles realmente lo que había ocurrido, pero empezaba a comprender que las personas reaccionan dando credibilidad a lo que demuestran las apariencias, cuando muchas veces estas son engañosas. Intuía que mi madre no solo se había dejado llevar por esto; en el fondo no se fiaba de mí y me consideraba, en parte, culpable de la muerte de mi hermana. Incluso había momentos en los que yo llegué a pensar lo mismo, sin embargo en otros reconocía que me había visto obligada a ello a petición de mi difunta hermana. Lo que nunca pensé es que todo hubiera ocurrido como desgraciada y terriblemente sucedió.

Tomé conciencia entonces de que, a pesar de mis esfuerzos por sacar buenas notas, ya no iría a la universidad. No podría dejar a mis padres en aquella situación, de la que en cierto modo me considerada culpable. Sin duda todo esto sirvió de auténtica carnaza para la mayoría de las personas del pueblo, que no se conformaron con atacarme a mí. Resurgieron los comentarios sobre Clara, y a las dos nos tachaban de *golfas*, *pervertidas* y *oportunistas*. Por supuesto para el pueblo obedecíamos a la fuerza de la sangre: teníamos a quien parecemos, a la *zorra* de mi tía Rosario. No se privaban de murmurar,

incluso delante de mí, en el comercio, en el mercado, cuando pasaba al lado de las hienas.

A pesar de todo, me juré a mí misma que no me derrumbaría, que me haría más fuerte, pese a todo y a todos.

El frío de la brisa y mis uñas clavadas en las palmas de mis manos me hicieron volver a la realidad. A pesar del resurgir de los días, hubo momentos en el que recordaba la muerte de mi hermana, podía sentir los embistes de aquel miserable y la vergüenza unida al dolor por el comportamiento de mis padres. Nunca comprendí ni he logrado entender por qué me trataron con tanta crueldad. Tampoco entendía por qué había tenido que pasarme todo aquello. ¿Qué culpa o qué pecado fue el que había cometido?

Entré dentro de la casa y me preparé un café muy cargado. Mientras aquel líquido calentaba mi cuerpo y le daba vigor, seguí recordando.

Había transcurrido más de un mes desde la última vez que vi a mis amigos. La verdad es que sentía miedo y vergüenza de encontrarme con ellos. Sabía que me preguntarían y que seguramente Paloma pondría en duda que había sido violada. También me extrañaba que ni Julia ni Manuel hubieran venido a mi casa a verme y preguntarme qué era lo que realmente me había ocurrido.

A pesar de todo lo que sentía, decidí ir a buscarlos a la laguna aquella tarde. Llevaba solo unos minutos por el parque cuando los vi aparecer, Paloma de la mano de Pablo y Julia de la de Manuel. Se quedaron paralizados nada más verme. Paloma se adelantó unos pasos hacia mí. Sus ojos expresaban ese placer que tiene que sentir el cazador cuando tiene a la presa a su merced.

—Anda, pero mira a quién nos encontramos... ¿Cómo tienes la poca vergüenza de aparecer por aquí?

Me quedé aturdida. Esperaba que ella reaccionara intentando hacerme daño, pero no que los demás estuvieran a su favor. Lo demostraban con su silencio.

—Sí, hija mía, nos tenías engañados a todos, dándotelas de tan casta y tan pura, y fíjate lo que le has hecho al pobre Adrián: forzarlo para quedarte embarazada y así pillar al chico más rico del pueblo.

Me estaba machacando de una forma cruel, y el brillo de sus ojos demostraba lo que estaba disfrutando. El odio guardado ahora salía por todos los poros de su piel. Lo que

más me dolía era la pasividad del resto de los demás. Descubrí, aturdida, que se habían arremolinado más personas a nuestro alrededor, lo que la hizo envalentonarse y alzar la voz.

—Y no vayas a creerte que esto solo lo pienso yo. No, ahí tienes a los que fueron tus amigos —se volvió hacia ellos—. Y vosotros, tened el valor de decirle lo que pensáis de ella. Seguro que también muchos de los que están aquí presente opináis lo mismo.

Sin saber cómo, de pronto apareció Aurelio.

—Ya está bien, Paloma. Os debería dar vergüenza, sobre todo a ti, Julia. Sois todos —y su mirada abarcó a la mayoría de los que estaban allí— unos miserables... ¡Largo de aquí antes de que empiece a partir caras!

Se hizo un profundo silencio que nadie se atrevía a romper. Todos, al ver la expresión de los ojos de Aurelio, se marcharon sin atreverse a decir nada más.

Él me agarró por el brazo y me llevó con cariño a uno de los bancos.

—Por Dios, Leonor, no tomes en cuenta unas palabras tan llenas de veneno.

Me senté, luchaba por no llorar, por demostrar mi fuerza, mi orgullo.

—Nadie es quién para juzgar a nadie. Adrián es incluso mayor que tú. No creo que fuera engañado.

Me quedé confundida al oír lo que me decía.

— ¿Tú crees que yo lo consentí?

Me miró con sorpresa.

—Yo..., lo siento... Creí... Perdóname... ¡Qué hijo de mala madre!

—Da lo mismo, Aurelio. He tenido suerte de que no hubiera otras consecuencias que podrían haber marcado más mi vida. Nunca olvidaré tu generoso comportamiento.

Me levanté del banco y él agarró mi mano.

—Leonor, me gustaría ser tu amigo.

Le sonreí.

—Ya eres mi amigo.

El tiempo seguía absorbiendo cada minuto, cada segundo de nuestras vidas. Incapaz de salir de la espiral en la que estaba envuelta, le pedí a Dios que apareciera esa luz al final del túnel. Intentaba seguir hacia adelante y aceptar lo que el destino me estaba deparando.

Mi vida se reducía a estar pendiente de todo lo necesario para que la casa fuera un hogar, de las necesidades del día a día y del cuidado de mis padres. Con la ayuda de la asistente social conseguí que mi padre acudiera a unas charlas para alcohólicos anónimos. Aunque el alcohol había hecho ya serios estragos en su salud, por lo menos lo ayudaba a alejarse de la bebida.

Mi madre parecía haberse estacionado. La psiquiatra me alentó para que le leyera sus novelas e intentara dialogar sobre ellas. Conseguí que poco a poco empezara a hacer algún comentario o a decirme alguna palabra. Parecía como si el vínculo que se había perdido entre nosotras empezara a resurgir.

El encuentro con mis amigos me había endurecido y me había hecho tomar conciencia de que ya los había perdido. Mis salidas se limitaban a comprar alimentos, los productos necesarios para la casa y algo de ropa. Por desgracia, en un par de ocasiones vi al sinvergüenza de Adrián por las calles del pueblo, y aquello me hizo sentir una mezcla de repugnancia, miedo, vergüenza y dolor. Tuve que soportar su mirada lasciva y su sonrisa burlona, el movimiento de su lengua por sus labios de extremo a extremo.

Por fortuna, las murmuraciones sobre nosotros empezaron a acallarse. En el territorio de las hienas entraba nueva carnaza donde estas iban a hincar sus dientes, y no era otra que la enorme casa que estaba siendo reformada y que empezaba a llenarse de muebles, de enseres y de personas del pueblo que empezaban a trabajar en ella.

Cuando iba al mercado me enteraba de que mis amigos estaban terminando sus carreras en la universidad, lo que me producía una profunda tristeza. Con cierta sorpresa para mí, Aurelio empezó aparecer por los pocos sitios que yo frecuentaba. Lo notaba con intenciones de acercarse, pero no se atrevía a dar el paso, hasta que una de aquellas tardes en que le leía una de sus novelas a mi madre sonó el timbre de la puerta. Nada más abrirla, delante de mí, me encontré a Aurelio con expresión de indecisión y cierto nerviosismo.

—Hola, Leo, pasaba por aquí y he pensado que quizás te gustaría venir a tomar unos helados.

Me quedé sorprendida. Tenía que tener mucho valor para venir a pedirme tal cosa y enfrentarse a las mofas y comentarios que ello suscitaría. Sonrió nerviosamente.

—Anda..., no vayas a decirme que no.

—¡Oh! No... Sí, gracias, pero quedemos dentro de una hora. Aún no ha llegado mi padre. No quiero dejar sola a mi madre.

—De acuerdo, dentro de una hora volveré a por ti.

Caminábamos por la laguna y observaba la forma en que las personas que nos íbamos encontrando nos miraban, con cierta expresión de extrañeza y curiosidad. Le saludaban a él y a mí me miraban con desprecio mientras murmuraban. Aquello hacía que me fuera sintiendo cada vez peor. Aurelio tuvo que advertirlo, y cogió mi mano. Hice intención de soltarme, pero me sujetó con más fuerza.

—No seas tonta, les daremos más motivos para criticar.

Sentía la calidez de aquella mano en la mía. Lo miré disimuladamente y noté que era más atractivo que guapo. ¿Por qué se habría fijado en mí? No es que me considerase fea, pues ya era toda una mujer de veinticuatro años, alta, delgada, con unos ojos negros y profundos. Mi cuerpo tenía que ser deseable por la forma en que me observaban los chicos en mis escasas salidas. Cuando llegamos a la heladería, todos clavaban su ojos en nosotros dos.

— ¿Quiere que nos sentemos?

—No, prefiero pasear.

Tuvo que darse cuenta de que mentía, de que lo que realmente me pasaba era que estaba avergonzada. Sin mediar palabra, rodeó con su brazo mis hombros y miró a todos los que allí nos seguían con la vista. Fue una mirada brutalmente amenazadora, que consiguió desviar la de la gente del pueblo que allí estaba.

—Anda, sentémonos y tomemos unos helados.

Mientras nos tomábamos aquellos helados empezó a comentarme cosas sobre su trabajo.

—Leo, tienes que venir a la carpintería para ver los muebles que estoy haciendo para cuando me case.

Sonreí.

—Pero ¿tienes novia?

—Estoy pendiente de que me dé el sí.

—¿Quién es?

—Tú —contestó riéndose.

Lo miré con frialdad. Me había vuelto muy desconfiada y siempre lo veía todo por su peor lado.

—¿Yo? ¿No te estarás burlando?

—Por Dios, Leonor, no pienses eso. Hace tiempo que me siento atraído por ti y no sabía cómo acercarme.

—Nunca te he notado nada —le respondí extrañada, si bien mi tono de voz se había suavizado.

—¡Cómo ibas a notarlo, si solamente hemos hablado dos o tres veces!

A pesar de que podía ver en sus ojos una sinceridad que no había vislumbrado en ninguna otra persona, que por su forma de tratarme me estaba demostrando sus sentimientos, no terminaba de fiarme de él. Estaba aturdida y, al mismo tiempo, debía reconocer que hasta entonces para mí Aurelio era solo un amigo. Entonces, cogió mis manos entre las suyas.

—Leonor, estoy loco por ti y me gustaría que saliéramos como pareja. No quiero presionarte, sé que estás atravesando una dolorosa y difícil situación. Yo sabré esperar.

Besó mis manos. No sabía qué responderle. No quería herirlo, pero tampoco podía mentirle ni hacer que siguiera haciéndose ilusiones. Iba a decírselo, pero al ver aquella mirada de súplica no tuve fuerzas.

—Aurelio, lo siento, pero yo ahora no me encuentro con fuerzas para mantener ningún tipo de relación —solo me atreví a responder.

—Lo sé, lo sé. Pero, por favor, ¿me darás una oportunidad?

No sé cómo ni de dónde salió aquel *sí* de mi garganta. Al despedirnos en la puerta de mi casa, me dio un fugaz beso en los labios. Un beso que transmitía la pasión que sentía por mí.

Mientras convivía con las palabras y las intenciones de Aurelio e intentaba encontrar una respuesta clara a todo aquello, la vida volvía a apretar con su puño nuestra difícil

vida. Una tarde en que esperábamos a mi padre, vi venir desde la ventana de la cocina a uno de los policías del pueblo. La noticia me heló el corazón: mi padre había sufrido un desvanecimiento y se lo habían llevado al hospital de la ciudad.

No sabía qué debía hacer, si decírselo o no a mi madre. Tampoco me atrevía a dejarla sola, metida en aquel mundo al que apenas podía acceder salvo en los ratos de lectura. Aurelio, que se había enterado en la plaza, vino corriendo hacia mi casa para darme ánimos y decirme que él se iría al hospital con mi padre, con el fin de que yo pudiera atender a mi madre, que él me mantendría informada.

A las cinco de la madrugada me llamó para comunicarme que mi padre había muerto de un derrame cerebral. Cuando se lo dije a mi madre fue como si aquellos rayitos de vida que aún transmitían sus ojos se apagarán de golpe.

En el funeral de mi padre, solo nos acompañaron algunos de sus compañeros y su jefe, además de Aurelio. Añoré entonces tener una familia. Los familiares de mis padres habían emigrado a otras ciudades y de mi tía Rosario no sabía absolutamente nada.

A partir de entonces mi madre comenzó a empeorar. Ya no quería ni asearse ni comer. El médico decidió que había que ingresarla en una residencia especializada en enfermedades mentales que estaba situada en la ciudad. Ahora me encontraba sola, helada por el dolor de las ausencias, y mi vida, sin embargo, estaba aún por florecer, por extender sus alas.

Una noche Aurelio me pidió que lo dejara entrar en casa. Por respeto, no había vuelto desde que mi madre se fuera a la residencia. Sabía lo que él quería, como sabía que me expondría a ser criticada. No podía negárselo, y no ya solo por la pasión y el amor que demostraba hacia mí, también por su comportamiento con mis padres.

Lo invité a pasar y nos sentamos ante el televisor para ver una película que, ratos, tenía ciertos tintes de erotismo. Él empezó a besar mi cuello y llegó hasta mis pechos. Yo me dejaba llevar, no quería pensar, no quería recordar la violación. Tenía que enfrentarme a ello, y quién mejor que él para empezar a derrumbar dichas murallas. Sus manos llegaron a mi sexo, pero bruscamente las retiré.

—Por favor, amor mío, déjame hacer. No me dejes así.

Y le dejé. Y me dejé invadir por el deseo más que por el amor. Excitada por sus movimientos y sintiendo su sexo dentro de mí, noté que mis carnes se abrían al orgasmo. El entonces se retiró, dejando que su semen cayera en mis muslos.

Una mañana, al pasar por la casa reformada, me fijé en que había un lujoso coche aparcado en la puerta, del que estaban sacando maletas y bolsos. De pronto salió de la casa una mujer que, a pesar de haber entrado ya en la madurez, resultaba verdaderamente guapa.

Se quedó como impactada nada más verme, y me sorprendió su reacción. Iba a seguir mi camino cuando ella se dirigió a mí.

—Por favor, puedes acercarte.

Me acerqué a ella, tal y como me había pedido. Me miró más fijamente y de arriba abajo.

—Perdona mi osadía al mirarte. Me recuerdas a alguien muy querido. Podrías tener la amabilidad de decirme tu nombre y apellidos.

Se los dije. Sus ojos se llenaron de alegría.

—¿Tu padre se llama Juan?

—Sí, desgraciadamente ya ha fallecido.

Me abrazó entonces estrechándome contra ella.

—Mi querida niña, yo soy tu tía Rosario.

Y así entró en mi vida y en la de todos los habitantes del pueblo mi tía Rosario. Daba grandes donativos para las necesidades de la iglesia y del pueblo. Contrató, además, a dos asistentes y a un hombre para el mantenimiento de la casa y del jardín. Podría decirse que poco a poco fue comprando a las personas que en un tiempo se ensañaron con nosotros y que ahora empezaban a mirarnos de otra manera. Incluso la familia de Aurelio empezó a mirarme de otra forma.

Había tardes en que, mientras esperaba Aurelio para que me llevara a ver a mi madre, me iba a ver a mi tía para tomarme un café con ella. Uno de esos días, mi tía se encontraba acompañada de una señora unos años más joven que ella. Alta, delgada, con unos bonitos ojos castaños, como el color de su pelo. Mi tía se levantó y me dió dos besos.

—Leonor, te voy a presentar a una gran amiga. Esta es Amalia.

Ella se levantó y me abrazó, al tiempo que me besaba muy efusivamente.

—No solamente soy amiga, trabajo a sus férreas ordenes —dijo sonriendo—. Leonor, eres muy guapa, tienes los mismos rasgos que tu tía. Bueno, con su permiso, yo diría que eres mucho más hermosa que ella.

—Por supuesto que sí —dijo mi tía—. Ella ha mejorado la raza.

Delante de nuestras tazas de café, mojando en ellas una magdalenas riquísimas, mi tía y su amiga no paraban de contar las anécdotas graciosas que les habían ocurrido a lo largo de sus vidas. Había entre ellas una complicidad a la que a mí me era difícil acceder. A veces también se veía en sus ojos la huella de que no todo en sus vidas había sido anecdótico. Se hizo un momento de silencio que fue roto por mi tía.

—Leonor, ¿por qué no te vienes a vivir conmigo? Te estoy cogiendo mucho cariño y cuando no estás te añoro —sonrió—. Además, egoístamente, me vendrías muy bien para cuando me tenga que desplazar a Madrid. Tú te quedarías al cargo de todo.

—Yo también te estoy cogiendo mucho cariño. Pero ¿y si mi madre se recupera y me la puedo traer a casa?

—Mi querida niña, tu madre no saldrá ya de ese hospital. El otro día fui a verla y estuvo todo el tiempo con sus ojos cerrados. A pesar de que la hablábamos, parecía no escuchar. Pero si lograra mejorar, a mí no me importaría que se viniera contigo a vivir a esta casa.

Mi tía me estaba demostrando su bondad y generosidad.

—Muchas gracias, tía. Lo pensaré. A mí me encantaría venirme a vivir contigo.

—Bueno —dijo Amalia—, también conmigo, ¿no?

Me levanté y la abracé.

—Por supuesto que sí, también contigo Amalia.

Antes de salir por la puerta, sonó mi móvil. Me llamaban de la residencia: mi madre acababa de fallecer.

Al morir mi madre, mi tía no quiso que me quedara sola en mi casa y me llevó a vivir con ella. A pesar de la huella de la muerte en mi familia, sobre todo la de mi hermana, y mi violación, a pesar del dolor, mi vida dio un giro radical al sentir el cariño de mi tía y el amor de Aurelio. Ello me hizo ver la luz en aquel túnel que era mi vida y me confirió la esperanza de que en este mundo también existían personas de gran nobleza.

Amalia regresó a Madrid, imagino que para seguir al cargo de aquellos negocios de los que hablaban entre ellas. Mi tía comenzó a desplazarse más a la capital, y yo quedaba

como responsable de la casa y de sus obras de caridad. Me había dado incluso la llave de una pequeña caja de caudales que estaba llena de fajos de billetes, con la libertad de que dispusiera del dinero que yo deseara no solo para los gastos de la casa, también para los que yo creyese conveniente. Yo, sin embargo, era muy austera, acostumbrada como estaba desde que mi madre cayera enferma a llevar las riendas y la economía de mi hogar. Mi tía, a cambio, me traía zapatos y vestidos preciosos cuando volvía de Madrid. Tenían que ser carísimos, y a mí me daba vergüenza ponérmelos, pero a Aurelio le encantaban.

Aurelio me presionaba cada vez más para que nos casáramos, pero mis sentimientos hacia él eran solamente de amistad. A ello se unía el hecho de que yo no quería terminar mis días en un pueblo donde tanto daño me habían causado y en el que, si ahora me miraban, su aparente benevolencia era porque mi tía Rosario los tenía comprados.

Cierta tarde estaba nerviosa. No dejaba de pensar en que tenía que decirle la verdad a Aurelio, que no podía seguir engañándolo, a la espera de que el tiempo lo solucionara todo.

No podía evitar comparar el cariño que recibía de mi tía con el que me habían dado mis padres, y llegué a la conclusión de que ellos habían sido muy crueles conmigo sin que yo les hubiera dado motivos para ello. Todo esto, unido a lo que me había sucedido sin merecérmelo, conseguía que en mi interior fuera germinando la semilla de la frialdad, de la desconfianza, y que sintiera, además, un rechazo total a que pudiera encauzar mi futuro por medio de una boda con Aurelio y que aquello supusiera tener que quedarme a vivir en aquel maldito lugar.

Mi tía tuvo que notar que algo no muy bueno pasaba por mi mente.

—Mi querida niña, ¿qué está pasando por esa cabecita? Te noto preocupada.

—Yo... No... No.

—Vamos, Leonor, no te veo todo lo feliz que deberías de estar y, si embargo, veo pletórico a Aurelio.

—Tía Rosario, yo no quiero casarme y tampoco quiero terminar el resto de mi vida en este pueblo en el que si hoy me miran es gracias a ti. Esta gentuza, y diría que hasta mis propios padres, me están volviendo una mujer sin corazón.

Cogió mi cara con sus manos y me miró con dulzura.

—No digas eso, cariño, y ni se te ocurra pensarlo. Tú eres de corazón ardiente como yo y jamás conseguirán que llegues a ser cruel. En cuanto a estas gentes, a mí hasta me dan palmaditas al pasar, pero yo de sobra sé que es por mi generosidad. Disfruto, porque son unos mentirosos. Hasta tal punto son falsos que se dejan comprar por las personas que más odian. En el fondo, solo los mueve la crueldad y la focalizan justificando su comportamiento en cualquier absurdo motivo y ensañándose con los más débiles.

Se hizo un silencio. La expresión de sus ojos se volvió triste y dolorosa, seguramente porque tuvo que recordar su pasado.

—Dejémoslo ya, tía, no quiero que sufras...

—Ya no sufro Leonor, ya no... Pero tú, cariño, no debes dejarte llevar por la lástima. Tienes derecho a cambiar el rumbo de tu vida. Debes decirle a Aurelio la verdad, antes de que sea demasiado tarde, porque la verdad termina siempre por aflorar, por mucho que intentemos evitarlo. Y podría ser que, cuando aflore, entonces ya no haya remedio.

Caminaba por la laguna de la mano de Aurelio. Estaba decidida a contárselo todo. Embargada en estos pensamientos, no escuchaba lo que me decía. Me dio dos sonoros besos.

—Leo, no me estás escuchando. Eso significa que no me quieres como yo a ti, porque cuando tú hablas yo me quedo embobado escuchándote.

Lo miré sonriendo.

—Anda —le dije—, sentémonos en un banco.

—¡Uy, qué seria te has puesto.

Nada más sentarnos, aparecieron ante nosotros Adrián con dos chicos. Este soltó una forzada carcajada.

—Mira qué chulo, presumiendo de hembra. El tonto no sabe que ella lo está utilizando, que es una zorra que a quien desea es a mí.

Sucedió todo en décimas de segundo. Aurelio y Adrián se enzarzaron en una pelea. Los dos chicos que acompañaban a mi violador, en lugar de intentar separarlos, los azuzaban más, y yo me veía sin fuerzas para poder hacerlo.

Llegamos cerca de las vallas que nos protegían de aquel acantilado. Adrián le dio un puñetazo a Aurelio que lo hizo caer encima de aquella valla, rompiéndola, y su cuerpo se precipitó al vacío. Perdí el conocimiento. Cuando lo recobré, mi tía me ponía paños húmedos en la cara. Estábamos rodeados de personas que ni siquiera conocía.

—Dios mío, tía Rosario. ¿Y Aurelio? ¿Cómo está? Quiero verlo.

Mis palabras fueron interrumpidas por un policía.

—Ha recobrado el conocimiento, tenemos que interrogarla.

—Por favor, agente —suplicó mi tía—. No está en condiciones para declarar. Si le parece bien, la llevaré a casa y cuando se recupere la acerco a la comisaria.

El cura y el alcalde apoyaron a mi tía. Ellos se responsabilizaban de que más tarde fuese a declarar. Tomé entonces conciencia de que Aurelio había muerto, y una mezcla de sentimientos encontrados me invadieron, un profundo dolor embargaba mi corazón. ¿Cómo podía ser la vida tan cruel conmigo?

Ya en casa, mi tía me dio a beber dos sorbos de coñac.

—Bébetelo, Leonor. Estás más blanca que la nieve. ¡Qué trágico accidente!

—¿Accidente? No, tía, no ha sido un accidente, ha sido un homicidio.

Le relaté todo lo que había sucedido. Mi tía cogió un cigarrillo y, dejando salir el humo por su nariz, dejó brotar sus palabras.

—Escúchame, Leonor, tienes que decirle a la Policía, a la Guardia Civil o a quién te interrogue que ha sido un desgraciado accidente. Que estabais jugando, corriendo, lo que se te ocurra, cuando el pobre Aurelio ha impactado sobre la valla, esta se ha roto y ha caído al vacío.

—No, no estoy dispuesta a mentir, otra vez no. Esta vez no van a callarme.

—Mi querida niña, no tienes testigos que corroboren lo que ha ocurrido y te enfrentas a unas personas muy poderosas, que además tienen muy buenos agarres en este pueblo. Y aún más, habrá personas que declaren falsamente contra ti. Les darán la razón y, al final, te involucrarán a ti y terminarán por culpabilizarte.

Tenía que reconocer que mi tía tenía razón. Todos creyeron que había sido un accidente y, aunque no se atrevían a murmurar delante de mí, me culpabilizaban de ello.

Cuando coincidía con algún familiar del pobre Aurelio me miraba con un odio que me daba miedo y mis amigos parecían escupirme con sus ojos. Aquellos comportamientos

y el dolor por la pérdida de Aurelio me hacían sentir culpable. Sin darme cuenta, empezaba a meterme en un profundo pozo que me hacía recordar la enfermedad de mi madre. Ya no podía aguantar más, así que rogué a mi tía que me sacara de aquel maldito pueblo.

Y mi tía me sacó. Puso en venta aquella casa y me hizo la promesa de que jamás regresaríamos al lugar que tanto dolor me había causado. Me llevó a vivir con ella y con Amalia a un piso que tenía en una de las barriadas más emblemáticas de Madrid.

Mi vida comenzaba de nuevo. Me sentía serena y fuerte, así que retomé los estudios y me apunté a un módulo de administración en uno de los institutos de la capital. Ahí conocí a los que ahora eran mis amigos, Sandra, Mariana, Sebastián y Abel. Salvo Abel y yo, mis amigos terminaron formalizando su relación y viviendo juntos en pareja. Yo me hallaba en ese punto donde una no acaba de adentrarse en el mundo de las parejas formales, a pesar de haber llegado a mantener relaciones sexuales y de la insistencia de Abel para que diéramos un paso en nuestra situación. Era curioso cómo habían cambiado mis criterios desde la época de mi adolescencia y cómo se había apoderado de mí una frialdad que me asustaba.

Lo que en un tiempo fue para mí motivo de respeto, de un especial valor, ahora lo valoraba como un mero interés para satisfacer a mi capricho.

Di el último sorbo al café, que ya se había enfriado. Debía reconocer que, a pesar de haber tenido una terrible, cruel y dura adolescencia, mi entrada a la madurez estaba siendo plena de satisfacciones. Gozaba de un buen trabajo, dinero, una pareja, y sobre todo del amor de mi tía Rosario y, quizás, también, del de Amalia, sin olvidar a mis amigos, a Carlos.

Por otra parte, tampoco ignoraba que las secuelas de mi pasado me impedían disfrutar plenamente de lo que la vida me entregaba ahora. ¿Me ponía a prueba el destino? ¿O era mi Dios? Yo creía firmemente en Él, aunque no era practicante. La Iglesia no llegaba a mí, no encontraba en ella la palabra bondadosa de Dios. No obstante, sí sabía que tenía que llegar hasta el final, tener en mis manos toda la baraja de cartas y, luego, decidir qué cartas utilizar y cuáles no.

Desde la ventana de mi dormitorio miraba aquel cielo cuyas estrellas estaban ocultas tras unas nubes muy negras, quizás augurio de que se estaba fraguando una tormenta. Me deslicé entonces entre aquellas sábanas y cerré mis ojos con el deseo de que el sueño me llevara a esos lugares que jamás alcanzaremos.

Cerré la puerta de aquella casa y, recostada en el porche, dirigí mi mirada hacia el mar. Comenzaba a amanecer. El sol, que aparecía tímidamente sobre un cielo azul limpio de nubes, empezaba a dar calor a la Tierra.

Quería dejar al mar como testigo de mi pasado. El mar, donde se fraguaron gloriosas batallas, donde yacían enterrados cuantiosos tesoros y por donde andarían errantes los espíritus de muchos vikingos.

Desbloqueé mi móvil. Había varias llamadas de mi tía y de Abel. Mi querida tía Rosario... Nunca podría pagarle todo lo que había hecho y seguía haciendo por mí. No solo logro que estudiara, también consiguió que encontrara trabajo y me compró el piso donde ahora yo vivía. Me decía que ella no estaría a mi lado eternamente y que, cuando me encontrara sola, tenía que saber pisar firme por la vida.

La llamé primero para contarle mi viaje, sin decirle las causas. Estaba muy enfadada. Consideraba que por lo menos debía haberle dicho que me iba fuera de la ciudad. Me disculpé con dos o tres frases cariñosas y la promesa de que iría a verla cuanto antes. A Abel preferí llamarlo más adelante.

Cuando entré en mi apartamento, estaba molida. Había sufrido una caravana de más de tres horas. Dejé entonces que el agua de la ducha refrescara mi cuerpo. Caí rendida en la cama. Mañana sería otro día.

Cuando entré en la oficina Marga me sonrió.

—Buenos días, Leonor. ¿Qué tal el fin de semana?

—Tranquilo y en calma. ¿Y el tuyo?

Sonrió.

—No tan tranquilo y en calma, lo pasamos en familia. Don Carlos quiere que vayas a su despacho en cuanto puedas.

Me imaginaba para qué me quería Carlos. Yo sabía que mi tía le había comentado parte de mi vida y, al encontrarse con aquel proyecto, tuvo que darse cuenta de quiénes eran los dueños de la finca y el pueblo donde estaba situada. Pero antes de ir a hablar con él, quería conocer nuevamente el contenido de aquel expediente.

Comencé a leer más detalladamente aquellos informes. Era un proyecto para la construcción de una edificación de tres bloques de catorce plantas cada uno de ellos, repartidos entre apartamentos y habitaciones. Entre sus diversas instalaciones contaba, además, con pista de tenis, de pádel, dos piscinas, dos restaurantes... Sería uno de los proyectos más importantes de los que hasta ahora había realizado la empresa. Y se había conseguido gracias a los contactos de Luis Alberto, uno de los socios, con el inversor extranjero y con los dueños de la finca.

Como muy bien había interpretado, los dueños de la finca estaban en una situación muy precaria. Ahogado por múltiples deudas, el banco estaba a punto de embargar todo su patrimonio, por lo que la venta de la finca suponía para ellos una especie de salvación. Aquel hotel le inyectaría una savia nueva al pueblo que lo haría revivir.

Cerré aquel expediente. Tenía que analizarlo todo desde la frialdad y quería dejarme llevar por mi visceralidad. Decidí no pensar más y me dirigí al despacho de Carlos. Llamé suavemente y entré sin esperar respuesta. Carlos alzó la mirada de los papeles de su mesa y me miró sonriendo.

— ¿Qué tal estás, Leonor? El viernes te evaporaste sin dejar ni rastro.

Sonreí y me senté en uno de los sillones.

—Tenía prisa.

—¿Para ir a...?

—Me fui a pasar el fin de semana a la playa.

—Muy buena opción. El mar relaja y sosiega.

Su cara adquirió un tono de seriedad.

—Leonor, hablemos del nuevo expediente que tienes encima de tu mesa.

—Por favor, dame uno de esos cigarrillos tan caros que fumas.

Al inhalar y el exhalar aquel humo, me sentí mejor.

—Tú dirás.

—Leonor, no te había hablado de dicho expediente porque sabía que te traería tristes recuerdos. He esperado a que tú le echaras un vistazo y que consideraras si te crees con valor suficiente para llevar todos los trámites del mismo. Todo ha sido negociado por medio de Luis Alberto, quien parece ser que conocía al dueño de la finca y, por lo visto

también el terreno y el pueblo, y encajan en el perfil que quieren los inversores alemanes. Esto, unido a la particularidad de que el precio no deja de ser muy ventajoso...

Le interrumpí.

—Gracias, Carlos, pero no me ha hecho recordar con tristeza, sino con dolor y sufrimiento.

—Leonor, si tú quieres, yo me hago cargo de todo.

—Te lo agradezco de corazón, pero ahora más que nunca quiero estar al frente de todo lo concerniente a la empresa.

—Cómo tú desees, Leonor. En los próximos días tendremos una reunión con los socios y con el representante de los inversores alemanes, un abogado catalán. Te comunicaré el día. Te pido, por favor, que me tengas informado de todo. Mi interés no es solo empresarial. Sabes que te he cogido un gran cariño, y no precisamente por tu tía Rosario: te lo has ganado tú, por la forma tan responsable en que desarrollas tu trabajo y por tu comportamiento conmigo y con Andrea. Cuando hemos coincidido en las cenas y comidas empresariales, siempre la has tratado con mucho cariño. También sé que has cortado más de un comentario desagradable sobre nuestro matrimonio.

—El cariño es mutuo. Te has portado magníficamente conmigo y tu mujer me cae muy bien. Por supuesto no consentiré nada que pueda manchar vuestra imagen. En relación con el proyecto, contrataré a un profesional para que obtenga una información más fidedigna sobre los dueños de la finca y para que nos informe asimismo de la situación en la que se encuentra el pueblo.

Entré en mi despacho, cogí aquella carpeta y la abrí. Pulsé el interruptor del teléfono y di instrucciones a Marga para que contratara a un detective privado. Me dirigí entonces hacia los enormes ventanales de mi despacho y miré la calle. Las personas transitaban por aquellas calles con pasos acelerados, parecían huir de algo (¿quizás de la propia vida?). Realmente, a mí que me importaba.

Me senté a mi mesa y comencé a leer concienzudamente aquel expediente, tomando notas sobre el mismo, pero lo cierto era que no podía concentrarme. Incluso, al llegar a la puerta de la cochera de mi apartamento, estuve a punto de rozar una de las esquinas del coche. Escuché el sonido de un claxon; el conductor con cara de pocos amigos era Abel.

Aparqué y salí del parking. Abel me esperaba a la salida.

— ¿Qué te ocurría? Por poco chocas contra la pared.

—Los años no perdonan —contesté sonriendo.

Intentó besarme en los labios, pero yo lo esquivé y nos besamos en la cara. No me encontraba en aquellos momentos con ánimo para recibir ese beso.

—¿Qué te pasa? Estás muy tensa. Anda, sé buena, invítame a una copa en tu apartamento.

Sabía lo que ello supondría.

—No, vamos a comer a un restaurante y pagas tú.

Sentados ante unos platos llenos de deliciosos manjares y unas copas con un selecto rioja, Abel, con una expresión de radiante alegría, comenzó a hablar.

—Tengo que darte una magnífica sorpresa.

Fruncí mis cejas y se echó a reír.

—No te asustes, te va a encantar: la empresa de mi padre va a participar en la construcción de un importante puente, lo que supone que ganaré bastante dinerito y podré comprarme un apartamento para que te vengas a vivir conmigo.

Abel trabajaba de topógrafo en un estudio de arquitectura que tenía su padre, al que las cosas le iban francamente bien.

Después de que me sentía anímicamente fatal, embargada entre aquellos recuerdos dolorosos, sus palabras terminaron por enfadarme. Daba por hecho que era yo quien tenía que irme a vivir con él, sin ni siquiera habérmelo consultado. Que los hombres dieran por sentado que lo que ellos deseaban era lo que deseábamos nosotras, me desquiciaba. Tuvo que notar mi enfado.

—Leo, ¿no te hace ilusión que vivamos juntos? Ya va siendo hora de que formalicemos nuestra relación y pensemos en un futuro en común.

Quizás a otra mujer aquella situación la hubiera agradado. A mí me indignaba que me exigieran formalizar una relación y que programaran mi futuro. Por otra parte, dudaba de si lo que él planteaba lo hacía pensando en mí o pensando en él. Cuando me surgían dudas sobre los comportamientos de los demás no podía evitar pensar en que si lo que planteaban acaso no era para ser ellos los primeros beneficiados.

—Por lo menos dime algo —dijo en un tono crispado.

Lo miré fijamente.

—Sí, diré algo. Lo primero es que no tengo pensado formalizar nuestra relación. Lo segundo, mucho menos pensar en un futuro común.

Por la expresión de sus ojos tuvo que sentirse herido. Se incorporó de la silla, seguro que para marcharse.

—Si tienes el valor de dejarme sola, no intentes verme más.

Se volvió a sentar. Se hizo un tenso silencio. En el fondo sabía que me estaba portando cruelmente con él. Tenía que reconocer que Abel siempre se había comportado conmigo de una forma muy dulce y me había demostrado su amor. A pesar de ser cinco años mayor que yo, era más inmaduro y débil. Esa inmadurez y debilidad hacían que aflorase en mí un cierto rechazo. A esto se unía que aquel maldito expediente había hecho que aflorara en mí una mezcla de dolor, odio y deseos de venganza.

Decidí cambiar mi tono haciéndolo más afectuoso, porque lo que sí sabía es que no le pediría perdón. A mí hasta ahora nadie me lo había pedido.

—Qué suerte ha tenido tu padre. Eso, además, le dará cierto caché a la empresa. ¿Cómo es que os han concedido semejante proyecto?

A pesar del cambio de mi actitud, él dudaba de si contestarme o no. Le sonreí de forma sensual.

—Creo que tú mejor que nadie sabes —por su tono se notaba que estaba tenso—, por la empresa en la que trabajas, que hay que tener buenos amigos hasta en los infiernos, y al mismo tiempo ser generosos con ellos.

Me molestaron sus aires de arrogancia.

—No todas las empresas tienen ese tipo de amistades.

Se crispó aún más.

—¿Qué has querido decir?

Me sentí en parte arrepentida. Estaba jugando con él.

—Anda, dejémoslo. Bebamos de nuestras copas.

Le di de beber de mi copa y él, ya más relajado, me dio de beber de la suya. Al salir del restaurante me cogió por el brazo y me atrajo hacía él.

—Sé buena. ¿Por qué no vamos a tu apartamento?

—Estoy cansadísima. He tenido un día desastroso. Lo único que deseo es llegar a casa y meterme en la cama.

Se separó de mí, sus ojos demostraban su tristeza.

—Lo que ocurre, Leonor, es que tú no me quieres con la misma intensidad con la que yo te quiero a ti.

Era cierto, pero no podía darle esa dolorosa sensación. Lo rodeé con mis brazos y besé sus labios demostrando una pasión que no sentía.

—Por lo menos me llevaré un beso —dijo tristemente.

—Anda, cielo, ten paciencia. Te llamaré.

Ya dentro de mi apartamento cogí un cigarrillo, conecté el canal de música y dejé que aquellas dulces melodías inundaran los espacios vacíos de mi corazón. Pero el sonido de la música fue acallado al poco por el del móvil. Era mi tía Rosario.

—Mi querida niña, sé que ya has llegado y me he quedado con el deseo de verte.

Solté una carcajada.

—Pero, tía, si acabo, como se suele decir, de aterrizar.

—Me estás ocultando algo. No me puedes engañar, te lo noto en el tono de tu voz.

—Está bien, me has pillado, pero no es para hablarlo por teléfono, iré a verte

—Me quedas en ascuas. Avísame para quedar en el piso, y no te olvides de tu tía. Un achuchón de osito.

A pesar de haber dormido plácidamente, gracias a la mezcla de infusiones que me había preparado, mientras conducía hacia la oficina no era capaz de concentrarme. Creía que mis heridas estaban cerradas, pero aquel expediente había provocado que se abrieran de nuevo y comenzaran a sangrar.

Empezaba a comprender que nuestro presente era una consecuencia de nuestro pasado y que nuestro futuro sería de nuestro presente. Por lo tanto, dependíamos totalmente de nuestro pasado.

Al salir del parking para dirigirme a la oficina, sonó el móvil. Era mi amiga Sandra.

—Hola, Leo, siento molestarte. ¿Te pillo en buen momento?

—¿Qué tal, Sandra? Sí, por supuesto. Dime.

—Te echamos de menos. No nos llamas, no sabemos nada de ti.

—Es verdad, y lo siento, pero ando superliada en el trabajo.

—Te llamaba también porque Abel está muy disgustado, hecho polvo. Nos ha comentado que tú no tienes ningún interés por formalizar vuestra relación, que tiene la sensación de que le evitas.

No había cosa que más me irritara que se comentara mi intimidad, incluso entre mis amigos. Consideraba que lo que sucediese entre una pareja y sobre todo lo concerniente a sus relaciones, fueran del tipo que fuesen, debería quedarse entre ellos.

—Parece mentira que no conozcas a Abel —respondí con cierta brusquedad—, es una persona muy imaginativa. Nunca le he dado motivos para que considerase que yo deseaba formalizar mi relación con él. Tampoco lo esquivo, lo que ocurre es lo que te he dicho antes, que el trabajo me tiene absorbida.

—No quiero contradecirte, Leo, pero nosotros creemos que si tienes sexo con tu pareja es porque tus relaciones son formales y porque buscas ya una estabilidad.

Corté sus palabras.

—No os entiendo, Sandra. En la época en la que vivimos, ¿consideráis que tener relaciones sexuales con una persona es motivo para tener una relación formal y una estabilidad?

Se hizo un largo silencio.

—Perdona, Leo, considero que ello no es cuestión de épocas, sino de personas, aunque indiscutiblemente todo el mundo es libre para hacer o no hacer lo que considere oportuno. Todo depende del valor que cada uno de nosotros dé a sus sentimientos y a su cuerpo.

Me sentí herida y humillada. Tenía que reconocer que hubo un tiempo en el que yo pensaba de la misma manera.

—Lo siento, Sandra. Es curioso, pero hace años pensaba de la misma forma que tú, aunque circunstancias del destino han hecho que mis criterios cambien. Y, efectivamente, cada uno de nosotros debe valorar sus sentimientos y su cuerpo. Yo los doy el máximo valor, pero me considero dueña absoluta de ellos para hacer lo que crea conveniente, con quien crea oportuno y de las formas y maneras que quiera.

Se volvió hacer un silencio, quizás porque era ella la que ahora se había quedado sin palabras.

—Leo..., no quiero que nos disgustemos o que esto nos separe más... Yo..

Me di cuenta de la bondad de mi amiga y de que lo único que ella quería era el bien para mí y para Abel.

—Perdóname, Sandra, he sido una egoísta y maleducada. Estoy totalmente estresada, pago con quien menos culpa tiene y encima con quien trata de ayudarme. En cuanto termine con todo este agobio de trabajo, te llamaré y tomaremos una copa para hablar de todo esto.

—Eso espero, Leo. Y espero que sea pronto. Un beso.

—Otro más fuerte para ti.

Al entrar en la oficina, Marga, como siempre, me saludó sonriente.

—Buenos días, Leonor, en tu mesa tienes el informe del detective.

—Gracias, Marga. Por favor, si no surge nada urgente, que nadie me moleste.

Entré en mi despacho y me dirigí rápido hacia la mesa. Abrí con mano temblorosa aquellos informes. La situación económica de los dueños de la finca era más grave de lo que se suponía. Las deudas sobrepasaban la cantidad que Luis Alberto les había ofertado y era realmente difícil que pudieran levantar el embargo. Deudas procedentes del juego, la droga, las juergas..., todas ellas generadas por el sinvergüenza de Adrián, a quien ni siquiera el matrimonio lo había hecho madurar y ser responsable.

Adrián no tenía hijos. Su mujer trabajaba en la ciudad, en una clínica privada como enfermera de un neurocirujano con el que mantenía no solo una relación profesional. Por su parte, Lucía estaba divorciada, tenía un hijo de doce años que padecía epilepsia. Por lo que se comentaba, la enfermedad del hijo fue la causa de su divorcio, ya que su marido no había aceptado nunca la enfermedad del niño.

Don Eladio, que ya en vida de su mujer fue incapaz de llevar las riendas de su familia ni las de la finca, había dejado en manos de Adrián todo el control de la misma y de la casa, y se había dedicado a mantener una relación, que ya existía cuando vivía su mujer, con la esposa de uno de los frutereros del pueblo. El frutero o era tonto o demasiado listo, para no darse cuenta de la prosperidad de su negocio, que se abastecía por los productos de la finca de don Eladio.

Cerré bruscamente aquella carpeta. ¿Tenía que entender el porqué del comportamiento de Adrián? ¿Hasta qué punto nuestra forma de educarnos puede influir en nuestras conductas? Indiscutiblemente, no se podía generalizar, habría cosas que podrían disculparse por nuestras vivencias y por cómo nos educaron, pero yo consideraba que violar a una persona no estaba dentro de ellas, violar a una persona estaba dentro de los sentimientos mezquinos del desgraciado que violaba. Sobre todo teniendo en cuenta que había diferente tipos de violadores. Él fue un violador por el poder que ejercía el macho sobre las hembras y porque, debido a su estatus económico y social, sabía que no sufriría ningún tipo de consecuencias.

No tenía derecho a que todo esto salpicara a Lucía, quien parecía demostrar ser una mujer luchadora que además se enfrentaba sola a su destino y batallaba por su hijo, pero por sus venas corría la misma sangre que la de ellos.

En aquel instante sonó el teléfono. Era Carlos.

—Hola, Leo, siento comunicarte con tan poco espacio de tiempo que mañana nos reuniremos con el representante de los inversores. Menudo elemento tiene que ser el tipo para pedir así las cosas.

—Gracias, Carlos. No te preocupes, tendré mis argumentos preparados.

Intentaba hacer un pequeño informe por escrito para recordarlo todo mejor, pero no lo conseguía.

A la salida, Abel me esperaba recostado en el maletero de mi coche. Solté una carcajada.

—Pero, bueno... —dije.

—Anda, riéte. He tenido que desplegar esta logística para poder verte. La verdad es que debería tener más orgullo y hacer lo mismo que tú haces, ya que ni contestas a mis mensajes ni coges mis llamadas.

Le sonreí de una forma sensual.

—Tengo mis motivos, Abel. Estoy francamente agobiada con el trabajo.

—Cuando se ama de verdad lo único que te agobia es no estar al lado de la persona que amas.

Su tono reflejaba una queja dolorosa. Yo no quería que se sintiera mal, realmente no se lo merecía. Lo cogí cariñosamente por el brazo.

—Dejemos el coche y vayamos a comer a un buen restaurante. Hoy pago yo.

Salimos del parking y nos dirigimos al restaurante donde solía desayunar. Sentados ante nuestra mesa, y después de haber pedido nuestro menú, Abel cogió mi mano.

—Leonor, últimamente no eres la misma. Te está ocurriendo algo y, aunque no quieras contármelo como pareja, podrías hacerlo como amigo. Tampoco me considero culpable de haber pensado que lo nuestro era algo más que una relación sexual. Creo que ha llegado el momento de aclararlo todo.

Según hablaba la expresión de sus ojos parecía apagarse. ¿Qué podría decirle? ¿Qué no lo consideraba una pareja seria con la que compartir mi futuro, entre otros motivos porque no pensaba en ese futuro? ¿Que seguía con él porque me gustaba en la cama? ¿Debía contarle mi vida aun sabiendo que al hacerlo intercambiaríamos nuevos puntos de vista y haría más vivo mi pasado?

Tampoco quería herirlo. Nunca pensé que sus sentimientos hacia mí fueran tan profundos.

—Leonor, dime algo, por favor....

—Lo siento, Abel, tienes toda la razón del mundo. Ahora ha retornado mi pasado y me está tocando luchar nuevamente con él. Me encuentro totalmente confundida, desorientada. En este momento no sé ni cuáles son mis sentimientos verdaderos ni qué camino tomar. Por favor, dame tiempo, cariño, dame tiempo para poder aclarar todas mis dudas y saber lo que realmente siento y cómo voy a afrontar todo lo que me está ocurriendo.

Besó mi mano.

—Está bien, amor mío, no quiero agobiarte ni exigirte nada, y mucho menos si ello te causa dolor. Aguardaré tu respuesta, pero, por favor, no me hagas esperar mucho —sonrió—. Dime algo esperanzador.

—Te quiero, Abel —aunque no estaba convencida de ello, sentía que era lo que él tenía derecho a oír—. Te lo demostraré tomándonos unas copas en mi apartamento.

Ya en mi apartamento, Abel ni siquiera esperó a que sirviera las copas. Me llevó directamente al dormitorio. Con suavidad me echó encima de la cama y poco a poco fue quitándome mi ropa interior, hasta quedarme totalmente desnuda. Sus ojos recorrían todo mi cuerpo con un brillo de amor, más que de deseo.

Sentí a través de las caricias de sus manos lo que me amaba. Sus besos en mis senos, la suavidad de su penetración, todo el calor que despedía por los poros de su piel y que quería entrar por los poros de la mía.

Estaba nerviosa, me iba a reunir con Carlos, Luis Alberto y José Antonio, sin olvidar al representante, cuya figura había suscitado en mí algo de curiosidad.

Luis Alberto era el socio de más edad, muy serio y respetuoso. Ellos me miraban con cierta suspicacia en todas las reuniones y eventos de la empresa, en las que siempre estaba yo presente. Creo que pensaban que la relación entre Carlos y yo no solo era meramente profesional, si bien debería generarles ciertas dudas igualmente, por lo que se rumoreaba en los círculos empresariales sobre la posible homosexualidad de Carlos

Lo que yo tenía que conseguir estaba claro: llevar aquel proyecto con total libertad. Deseaba sentir ese poder orgásmico de tener en mis manos el futuro de aquellas personas que en un pasado hicieron de mi vida un infierno. Echarme un pulso a mí misma y ver cuál sería mi reacción. Consideraba que tenía todo el derecho a ello.

Era consciente de la importancia de tener un bonito físico a la hora de negociar con los hombres, por ello me había puesto un vestido que se pegaba a mi cuerpo, de generoso escote, que si movía adecuadamente dejaría ver parte de mis senos. Me había maquillado suavemente, perfilando mis labios de un color rojo intenso.

Era la única mujer que iba a acudir a esa reunión. Me retrasé diez minutos con el fin de que, al abrir la puerta de la sala de reuniones, todas las miradas recayeran sobre mí, como efectivamente ocurrió.

—Siento llegar tarde. Me ha surgido al final un imprevisto —dije mintiendo con todo mi aplomo y sonriendo amablemente, para apoyar mi excusa.

Todos se levantaron. Me quedé sorprendida al ver al representante, que era un hombre unos años mayor que yo, muy atractivo, y que me miraba con una sonrisa burlona. Parecía ser muy engreído.

—No te preocupes —dijo Carlos intentando no darle importancia, aunque sabiendo que lo había hecho a propósito.

La voz del representante sonó sarcástica.

—Lo bueno se hace esperar. Y, *chapeau*, es una buena táctica para acaparar toda la atención.

Además de atractivo, era *listillo*. Le sonreí, no quería dar importancia a su indirecta, pero para fastidiarle arqueé mis cejas en señal de cierto desconocimiento por quien se había dirigido a mí de aquella forma.

—¡Ah! Lo siento, no nos han presentado. Me llamo Jorge, y represento a los inversores.

Nos sentamos todos. Cogí un cigarrillo de mi cajetilla y lo encendí rápidamente para evitar que ellos me dieran fuego. Inhalé y exhalé el humo al centro de la mesa, mirándolos a todos.

—Bien —empezó hablando Carlos mientras me miraba de reojo, como queriendo adivinar qué era lo que estaba tramando—, ante todo quiero agradeceros vuestra presencia. Y ahora, si os parece, empezaremos a tratar el proyecto Atalaya. Creo que Luis Alberto tiene algo que decirnos sobre ello.

—Antes de nada, debo decirnos que por supuesto no he cerrado ningún trato con los dueños de la finca. Cierto que he negociado una cierta cantidad con ellos un poco superior a la cantidad asignada para el embargo y muy inferior a lo que realidad valen esas tierras. No he querido ser tan miserable como para hacer leña del árbol caído y, como he dicho antes, se trata de una cantidad muy inferior a lo que es su valor.

Por la expresión de Carlos y José Antonio, parecían estar de acuerdo. No así el representante.

—Perdóname, Luis Alberto —respondí—, pero creo que no resulta acertada tu comparación. No se trata de un árbol caído por un fuego ajeno, es una familia que ha llegado a la ruina por sus malas gestiones, sobre todo por sus vicios, y siento decir esto. Con todos mis respetos, considero que en los negocios no existe la amistad.

Jorge soltó una carcajada y Carlos mostró un gesto de disgusto al hablar.

—Leonor, no tengo la misma opinión que tú. Independientemente de cómo sean esas personas, yo no voy a actuar de una forma tan mezquina y...

Jorge cortó sus palabras.

—Yo creo que Leonor tiene razón. Me gusta, antepone los intereses de la empresa, que son los míos también.

—A mí no me gusta jugar tan sucio —dijo Carlos en un tono muy alterado.

—Por favor, Carlos —dije yo angustiada, pues lo que menos deseaba era que él se enojara o disgustase—, no debemos discutir por esto. Dadme un tiempo para estudiar la situación y poder contactar con ellos. Luego, si os parece, decidís definitivamente.

Todos estuvieron de acuerdo menos Carlos. En el fondo me sentía orgullosa de su reacción, demostraba lo buena persona que era. Pero ¿realmente se merecían aquellos miserables esas consideraciones? Antes de salir de la sala me acerqué a él.

—Carlos, si esto va a ser un obstáculo entre nosotros, renuncio a ello.

Él me miró. Creo que también comprendía que yo tenía parte de razón. Aquellas personas habían demostrado con su comportamiento, sobre todo por lo que hicieron conmigo, la clase de metal del que estaban forjadas. Por lo tanto, debían asumir las consecuencias de sus actuaciones.

—No creo que esto ni nada vaya a suponer un obstáculo entre nosotros. Y te agradezco tu preocupación. No solo pienso en ellos, pienso más en ti, chiquilla: las venganzas no solo dañan a quien van dirigidas, también a los que las ejecutan.

De camino a mi despacho, sentí que me sujetaban por el brazo. Era Jorge.

—Un momento, te marchas sin ni siquiera decirme adiós. Me debes una.

—No me digas... —dije yo tonteando con él—. ¿Cuál?

Mientras le hablaba me había fijado disimuladamente en su mano: en su dedo anular se apreciaba la marca blanquecina que indicaba que había tenido puesta una alianza.

—Cenar conmigo esta noche y festejarlo.

Que rápido, no pude evitar sentir cierta repugnancia. Él tenía, en esta situación, todas las cartas de la baraja y en cualquier momento podría quitarme la razón, pero yo no iba a ser una presa tan fácil.

—Lo siento, esta noche me es imposible, he quedado con mi pareja.

Sonrió.

—Está bien, voy a quedarme unos días por Madrid. Dime tú cuándo.

Se veía que carecía totalmente de moralidad, no le importaba si yo tenía pareja o no.

—Lláname por teléfono.

—Qué diplomática. No tengo tu número.

—Ven conmigo, te lo dará la secretaria. Yo no me lo sé.

Se quedó unos centímetros detrás de mí. Sabía cuáles eran sus intenciones y no quise privarle de semejante placer, así que balanceé mi cuerpo al aire, moviendo sinuosamente mis caderas y mis glúteos, pisando fuerte con aquellos tacones de aguja.

—Marga, por favor, apúntale mi número de teléfono.

Sin que le diera tiempo al atrevido representante a decir nada, entré en mi despacho cerrando suavemente la puerta. Debía sosegarme, sobre todo saber hasta dónde quería llegar y qué precio estaba dispuesta a pagar. Pero mis pensamientos fueron interrumpidos por una llamada en la puerta. Entró Marga.

—Vengo a advertirte —dijo sonriente— de que cuando le he dado tu teléfono me ha estado bombardeando con preguntas sobre ti. Por supuesto, yo no le he respondido a ninguna.

Cuando entré en mi apartamento estaba agotada física y anímicamente. Me quité los zapatos y me senté en el sofá. No podía dejar de pensar. Independientemente de mis dudas, tendría que tener mucho cuidado con Jorge, se veía la clase del material del que estaba hecho. Podría alentarme con su apoyo en todas las reuniones hasta conseguir lo que él quería, y después no cumplir con sus promesas.

¿Estaba dispuesta acostarme con él? Sentí un escalofrió. Me metí en la ducha y dejé que el agua resbalara suavemente por mi cuerpo y me tranquilizara, dejando descansar mi mente.

Al día siguiente de la reunión en la oficina se respiraba un aire de tranquilidad. Jorge no daba señales de vida y, para ser franca, tenía la esperanza de que se hubiera marchado a Cataluña.

Co el fin de evitarme situaciones embarazosas, Carlos se ofreció para llevar a cabo las gestiones de concertar las citas con los dueños de la finca y con el alcalde del pueblo. Se lo agradecí en el alma y le pedí, además, que solicitara al alcalde que la entrevista se llevara a cabo en el ayuntamiento de la ciudad.

Estuve toda la mañana tomando apuntes sobre el proyecto para discernir los caminos por los que debía caminar. Por la noche me sentía con fuerza y decidí visitar a mi tía Rosario. Había llegado el momento de que abriéramos nuestros corazones a la verdad, a nuestra historia no solamente del pasado, también la del presente y la del posible futuro.

Estaba deseando contarle todo lo que me estaba sucediendo y que ella me aconsejara. Por todo lo que había tenido que vivir, y posiblemente por esos negocios a los que se dedicaba, debía de ser una experta en todo lo humano.

Como solía sucederme desde que llegué a la capital, me encontraba en uno de esos innumerables atascos. El sonido de los cláxones me iba advirtiendo de que podía seguir hacia adelante. Miré el reloj, y había transcurrido más de una hora desde que había salido de mi apartamento. Era horrible vivir en un Madrid tan saturado, tan lleno de polución, para el que hasta ahora ningún partido político había dado una solución efectiva. No dejaba de resultarme curioso la manera en que todos prometían que iban a mejorar nuestras vidas, que acabarían con el paro, con la mayoría de los impuestos, que cambiarían las leyes..., y sin embargo lo que nos daban a conocer los medios de comunicación era la corrupción de unos y de otros. Una corrupción que salpicaba ya hasta a personas privadas.

No pude evitar sonreír al recordar los personajes de las novelas cervantinas que leí en mi etapa estudiantil y los de tantos otros plasmados en las novelas de aquella época. Parecía ser que en lo único en lo que evolucionábamos los seres humanos era en técnicas y tecnologías, y que nos quedábamos en los caminos de la avaricia, de las ansias de poder, con la única finalidad de sentarnos en los sillones del gobierno, olvidándonos de valores como la honestidad, la generosidad, la verdad... Los dos grandes gigantes eran el sexo y el poder, el poder y el sexo, las armas más crueles y mortales.

Sumergida en aquellos pensamientos comenzaba a sentirme mal al no encontrar el sentido de la vida, pero reaccioné y decidí dejar mi mente vacía para concentrarme en conducir. La casa de mi tía estaba situada en una de las calles más antiguas y con más solera de Madrid. Nunca me había llevado a verla, aunque yo tampoco se lo había pedido a decir verdad. Únicamente me había dado las señas de donde se encontraba situada por si ocurría algo inesperado.

Para mí, en aquel momento, había llegado ese algo inesperado. Aparqué en un parking cercano y fui buscando el número. Llegué delante de una enorme casa con aires de majestuosidad mezclados con un cierto recogimiento. Pulsé el timbre y observé cómo se encendía un pilotito que tenía la cámara de seguridad. La puerta, de hierro macizo, tardó unos minutos en abrirse. Entré seguidamente a un portalón adornado con macetones llenos de plantas exóticas. Al fondo, delante de otra puerta de madera torneada, me esperaba Amalia. Estaba sonriente.

—¡Qué alegría verte de nuevo, Leonor! Eres malísima... Sabes que a tu tía no le gusta que vengas a verla aquí.

La abracé estrechándola contra mí.

—Mi querida Amalia, tenía muchas ganas de veros. Creo que ha llegado la hora de que tu jefa —le dije en tono cariñoso— me cuente los secretos ocultos que se encierran entre los muros de esta magnífica mansión.

—Eso es cierto, ya eres toda una mujer, una mujer tan bella como tu tía.

Mientras nos dirigíamos al salón, observé los muebles y los adornos. Grandes espejos, cuadros pintados al óleo, alfombras de pieles de animales... Todo ello envuelto en una tenue luz, y de fondo una suave música.

Me fijé en uno de aquellos cuadros. Contenía el retrato de una hermosa mujer, con una mirada de inocencia y unos rasgos parecidos a los míos. Amalia me condujo hacia el salón, decorado con unos enormes sofás de cuero. Recostada en uno de ellos estaba mi tía, con un libro entre sus manos. Levantó la vista del libro y dirigió su mirada hacia mí.

Había que reconocer que, a pesar de su edad, seguía siendo atractiva. Se mantenía muy delgada, con un físico muy cuidado, según ella gracias a los ejercicios y a su severa dieta mediterránea. Hizo un gesto de sorpresa y enfado a la par, pero se levantó y me abrazó cariñosamente.

—Mi querida niña, sabes que no quiero que vengas a este lugar a visitarme.

Apartándome delicadamente, me miró de arriba abajo.

—Desde que no te veo, estás más guapa. ¡Cómo te pareces a mí en mis años jóvenes— sonrió picarescamente—... Físicamente, claro.

Dirigió su mirada a Amalia.

—¿No es verdad, Amalia?

—Claro que sí, Rosario. No deja de llevar tu sangre.

Soltó una carcajada.

—Amalia siempre tan diplomática. Siéntate, cariño. ¿Quieres tomar alguna cosa?

—No solo alguna cosa, tía. Vengo a cenar contigo porque creo que ha llegado el momento de que tú y yo tengamos una conversación de adultas.

—¿De adultas? Eso significa que algo te está pasando, algo que te hace sufrir. —Su tono había cambiado, volviéndose menos alegre.

—Mi pasado vuelve de nuevo para recordarme lo que sufrí, tía Rosario.

Me fijé en que Amalia se había sentado a nuestro lado, pero al ver que la miraba, se levantó para marcharse.

—No, por favor, Amalia. Puedes quedarte. Ya me he dado cuenta de lo que tú significas para mi tía y mi tía para ti.

Lo dije con cierto aire de complicidad. Ellas me miraron con asombro y cautela.

—¿Tu pasado te sigue haciendo sufrir?

—Mi pasado, en ciertos momentos de mi vida, ha continuado haciéndome sufrir. Ahora ha llegado ese momento donde no solo regresa a mis recuerdos, sino que se hace vivo en mi realidad y no sé cómo afrontarlo ni qué debo hacer.

Acaricié mi rostro.

—No desesperes, cariño. Algún día se cruzará en tu camino esa persona que te dará todo su amor, restañará tus heridas y te hará sentir los suaves latidos de tu corazón. Llenará de alegría tu alma y verás de nuevo la luz de un futuro lleno de esperanza. Y ese pasado se quedará donde siempre debió estar, en los rincones ocultos de tu corazón.

—No creo que jamás se cruce en mi camino esa persona. He perdido toda esperanza de que mis heridas queden totalmente cauterizadas.

Sonrió, miró Amalia y luego me miró a mí.

—Sí, Leonor, lo que ocurre es que esa persona no ha llegado todavía a cruzarse en tu vida.

Cogió una cajetilla de cigarrillos y me ofreció uno. Exhaló el humo de aquel cigarrillo con la elegancia y el saber estar de las mujeres que han aprovechado su tiempo para reflexionar y dar a cada acontecimiento de sus vidas el valor que merecían.

—Tienes razón, ha llegado el momento de hablar como adultas. Para contar una historia hay que empezar desde el principio. Antes cenaremos y después, con unas copas, para que ese licor caliente nuestra sangre, comenzaré yo por la mía.

Y llegó el momento de esas copas burbujeantes que nos harían perder nuestra timidez y hablar sin ningún tipo de vergüenza.

—Amalia, por favor, dame un cigarrillo.

Amalia cogió un cigarrillo, se lo llevó a sus labios, lo encendió y se lo dio.

—Gracias, cariño. Bien, mi querida sobrina, comenzaré a relatarte la historia.

Como yo sabía, se había criado en el seno de una familia muy humilde y con un único hermano algunos años mayor que ella, mi padre. Él trabajaba en un barco pesquero y su sueldo no llegaba a cubrir todas las necesidades del hogar, lo que motivó que mi abuela tuviera que trabajar limpiando algunas de las casas de las señoras más pudientes del pueblo. Tuvo que dejar de hacerlo cuando comenzaron síntomas claros de una enfermedad reumática. No es que fuera muy grave, según mi tía, pero sí dolorosa, lo que supuso que ella tuviera que dejar la escuela y ocupar el lugar de mi abuela en esas casas. Tu padre había dejado sus estudios, pero en realidad fue él quien no quiso seguir estudiando. Prefirió irse al muelle y hacer de chico de los recados, lo que le suponía obtener algún dinerillo; dinero que, sin embargo, no entregaba en casa. Mi tía llegaba tan cansada de trabajar que solo salía con sus amigas de domingo a domingo. Una noche... En ese momento, Amalia se levantó, cortando con delicadeza las palabras de mi tía, y salió de la habitación. Recuerdo que mi tía hizo un gesto de tristeza, pero prosiguió su relato.

—Una noche, estando en mi dormitorio acostada, apareció de repente mi padre y, quitándose los pantalones, se metió dentro de mi cama —dio una enorme calada a su cigarrillo— y me forzó.

Yo no podía creer lo que escuchaba.

—Si, mi niña, sí, tu abuelo me violó, mi padre... No voy a describir lo que tú desgraciadamente también conoces, pero, Leonor, si es triste y doloroso ser violada por un miserable, ¿cómo podría describirse cuando quien te viola es tu padre? Lo más terrible fue cuando vi en la puerta del dormitorio a mi hermano y a mi madre. Mi hermano lo cogió por la camisa y lo sacó de la cama diciéndole: «Si usted vuelve hacer esto a mi hermana, juro que le mato.» Mi madre, sin pronunciar ni una palabra, me hizo salir de la cama y me llevó al baño. Allí restregó mi cuerpo y mis partes más íntimas con brusquedad y en silencio.

Mi tía me miró directamente a los ojos, que brillaban por las lágrimas y el dolor infinito del recuerdo. Yo sentía en mi interior una profunda pena.

—Déjalo ya, tía, por favor.

—No, Leonor, no, podría ser que no hubiera otro día para contarlo. Mi madre nunca hizo referencia a lo que había ocurrido y mi hermano tampoco. Con mi padre procuraba no encontrarme a solas, ni me atrevía a mirarle a la cara. Sentía una mezcla de asco, miedo, impotencia, dolor... Por el día intentaba disimular mi estado anímico, pero en el silencio de la noche lloraba desconsoladamente sin tener unos brazos donde refugiarme y unas manos que secaran mis lágrimas. Vivía con el miedo de que alguna noche se abriera la puerta y volviera aparecer. Hasta que un día, gracias a Dios, me encontré con un cerrojo puesto en la puerta de mi dormitorio.

Según me contaba, dijo tomar entonces conciencia de que había madurado de golpe y de que su vida daba un giro radical. Se hice desconfiada y triste. Sus amigas llegaron incluso a notárselo. Les dijo que estaba atravesando una mala época como consecuencia de la enfermedad de su madre, mi abuela. Entonces apareció Julián. Nadie sabía de dónde venía, pero llamaba la atención por su atractivo físico. A pesar de ser mucho más mayor que ellas, sus amigas estaban tontitas por él. Lo que más les gustaba era su altanería y cinismo. A lo único a lo que Julián se dedicaba era a jugar a las cartas, según mi tía, a beber y a intentar ligar con algunas de las mujeres del pueblo; incluso se llegaba a comentar que recibía dinero de ellas.

A pesar de haber pasado tiempo, el recuerdo de su violación seguía haciéndole daño, por lo que ni siquiera se había fijado en él. Cierta día, mientras tomaban unos helados en la heladería, apareció Julián de pronto. Una de mis amigas lo empujó a propósito haciendo que se le cayera su helado. Se volvió y las miró con cara de pocos amigos, pero, cosas del destino, sus miradas se cruzaron. Mi tía no supo definirme la sensación que tuvo, pero fue como si algo muy dulce subiera desde su estomago a su pecho. Entonces comprendió que se había enamorado de aquel hombre y, por la forma en que él la había mirado, percibió que también tuvo que sentir algo por ella. Les pagó los helados y puso como condición que la próxima vez serían ellas quienes le pagarían uno a él.

Desde entonces —seguía contando mi tía— pensaba en él constantemente, no podía quitárselo del pensamiento. A los dos días de haber sucedido el episodio de la heladería, Julián tuvo la osadía de pedirles a ella y sus amigas que cumplieran su promesa. Así lo hicieron y, partir de ese día, empezó a buscarla por las calles, a bromear conmigo, hasta conseguir que empezaran a salir a solas. Para ella fue la época más feliz de su vida. Julián era todo detalles, todo palabras de elogio. Sus besos..., sus dulces besos... Se quedó callada por unos momentos. Sus ojos expresaban una mezcla de alegría, pena y añoranza.

—Empezaron las murmuraciones entre algunas de las personas del pueblo, éramos el centro de atención, su fresca carnaza. Ni mi madre ni mi hermano me dijeron nada, pero mi padre sí, mi padre tuvo el valor de prohibirme que saliera con él, bajo la amenaza de no dejarme salir más si no le hacía caso. El amor por Julián era tan fuerte que me había hecho olvidar mi violación y perder el miedo a mi padre. Le desobedecí y me castigó sin salir durante varios meses. En este transcurrir cumplí dieciocho años. Aquella noche, como otras muchas de las que estaba castigada, conseguí burlar la vigilancia de mi padre y quedé con Julián. Me dijo que no aguantaba más, que pensaba regresar a Madrid y que, si era verdad que tanto lo quería, me iría con él. Una tarde vino a buscarme a casa, me encontraba sola, me dijo que se marchaba, que no me esperaría más. Sabía que si no me iba con él, no lo volvería a ver, y eso no podría soportarlo. Hice las maletas y me marché a su lado.

Se fueron a vivir a una lúgubre pensión. A ella ni siquiera le importaba, con tal de estar a su lado. Carecían de un mínimo de higiene. Tenían que compartir un cuarto de baño con el resto de los huéspedes, que estaba siempre sucio, con una ducha por la que solo salía el agua fría y que la mayoría de las veces ni funcionaba. Les daban una comida con un aspecto repugnante, que de no haber estado tan hambrientos como estaban hubieran sido incapaces de comérsela. Él se marchaba todas las mañanas y regresaba de madrugada. Mientas, mi tía se entretenía paseando sola por un cercano parque, escuchando la radio o hablando con los huéspedes que parecían tener un comportamiento más correcto, aunque no se fiaba de nadie. No conocía el centro de Madrid, ni ninguna otra barriada, pero no le importaba: ella solo pensaba en la hora de su regreso, en sus palabras llenas de promesas que no terminaban de cumplirse; en tenerlo nuevamente entre sus brazos y hacer el amor.

—Un día llegó más bebido que otras veces y con un paquete en sus manos. Lo tiró encima de la cama y me dijo burlonamente: «Para que veas que te tengo siempre en mi pensamiento. Te he traído un regalito, pero tendrás que hacerme un favor a cambio». Abrí el paquete: contenía unas bragas, un sujetador y un vestido. Eran preciosos y de una calidad exquisita. Me puse aquella lencería, iba a ponerme el vestido, cuando me agarró por el brazo: «Espera, mírate en el espejo. Estás maravillosa y muy deseable». Mientras me decía aquellas palabras, acariciaba lujuriosamente mis senos. Yo era muy joven y mi cuerpo lucía muy bonito por lo que percibía en las miradas de los hombres. Al verme reflejada en aquel espejo, observé cómo mis pechos y mi sexo no solo parecían más hermosos, también destilaban una lujuriosa sensualidad. Terminé poniéndome el vestido, que perfilaba mis curvas de una forma elegante. Recuerdo sus palabras: «Perfecto —dijo él con una mirada que expresaba una enorme satisfacción—, ahora tienes que saber cómo utilizar tus encantos». Entendí que sería para él, para que me deseara aún más. Sin embargo, me quedé helada, confusa, sin acabar de entenderle cuando soltó fríamente: «Mañana te recogerá un chófer y te llevará a un chalé a las afueras de la ciudad. Vas a acompañar a una persona que quiere conocerte». Al ver mi expresión, sonrió nervioso: «Mujer, es solo para acompañarlo. A cambio será generoso conmigo». Aquella noche fuimos promiscuos y lujuriosos. Él llenaba mi cuerpo de besos, profundizando en mis ocultos rincones, penetrándome una y otra vez, haciéndome desearle hasta perder el control y las fuerzas. Por la mañana, como solía hacer, se marchó, pero no me refirió lo del chófer y pensé que quizás habría sido una broma fruto de los efectos del alcohol. Pero qué equivocada estaba...

Mi tía dejó de hablar por unos instantes y bebió de su copa. Yo intentaba adivinar la expresión de sus ojos, pero ella evitaba que nuestras miradas se cruzaran.

—A la mañana siguiente vino a mi habitación la dueña de la pensión. Me dijo que había venido a buscarme un chófer y que me esperaba en la puerta. Me quedé bloqueada. Ella

me miraba como queriendo escudriñar en mis pensamientos y esperando mi respuesta. Le pedí que le dijera que, por favor, esperara unos minutos. Me duché y me puse aquella ropa. No quería pensar, intentaba tranquilizarme. Era una cita para acompañar a un hombre, para darle conversación, seguramente sería porque se encontraba muy solo. El chófer me estaba esperando al lado de un lujoso coche. Me saludó correctamente y me abrió la puerta para que entrara. Durante el trayecto no intercambiamos ni una sola palabra. No tomaba conciencia de las calles ni de las carreteras por las que circulábamos. Llegamos ante las puertas de un enorme cortijo. El chófer pulsó el mando a distancia y nos adentramos en aquella finca.

Mi tía cogió nuevamente su copa. Mientras se la llevaba a los labios, sus manos temblaban y unas lágrimas silenciosas se comenzaron a deslizarse por su rostro.

—Por favor —le dije—, dejémoslo. Seguiremos en otro momento.

Depositó la copa en la mesa y secó con un pañuelo sus ojos.

—No, Leonor, quiero seguir contando mi historia. Quizás si ahora no continuara, mañana no tendría el valor de hacerlo. En la puerta de la casa nos esperaba una doncella con un uniforme de color blanco y negro. El chófer me abrió la puerta y, subiéndose después al coche, se marchó. Yo me quedé parada mirando a aquella mujer que me miraba de forma despectiva. «Entre —me dijo en un tono cortante y seco—. La están esperando.»

Cuando mi tía traspasó las puertas de aquella casa, quedó impactada por aquellos muebles, las lámparas y las cortinas... Se encontraba empequeñecida, acobardada, según sus palabras.

—La criada abrió unas enormes puertas y ante mí apareció una habitación con unos muebles de estilo antiguo y maderas oscuras —prosiguió contando mi tía—. Una de sus paredes estaba llena de cabezas disecadas de ciervos y jabalíes... Las estanterías rebosaban de trofeos de caza. En un sillón de cuero negro se hallaba un hombre de muy avanzada edad. Se incorporó. Era alto, muy delgado, parecía conservarse físicamente muy bien. Despidió a la doncella y me miró de arriba abajo. Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo. Hablaba de forma pausada y exquisita. Describió todos los trofeos y cómo habían sido capturados aquellos pobres animales. Mientras él hablaba, sonreí cuando me dijo lo tímida que era y que no había esperado que fuese tan joven. Sin darnos cuenta llegó la hora de comer. Al ver aquella vajilla tan fina, con diferentes cubiertos, sentí vergüenza: no sabía qué cubierto era el adecuado para cada plato. Disimuladamente fui fijándome en cómo lo hacía él. Cuando acabamos de comer, no sé de dónde saqué fuerzas para decirle: «Muchas gracias por todo. Ahora debo marcharme». Soltó una carcajada: «¿Cómo, encanto? Pero si ahora comienza lo bueno. ¿No sabes a lo que has

venido? ¿No te ha dicho tu chulo que vienes para acostarte conmigo?». Por unos momentos creí que no había escuchado bien, me quedé desconcertada. Le dije que mentía, que yo solo había ido para acompañarlo. Mi estado de ansiedad iba en aumento. Mientras hablaba me había levantado de la silla, pero él se acercó y, de una manera brusca, me volvió a sentar.

Mi tía aceleraba sus palabras conforme avanzaba su relato. La noté desconcertada y algo violenta con lo que me estaba contando, a pesar de todo el tiempo que había transcurrido desde entonces.

—De pronto, había cambiado sus formas y sus modales aquel vejestorio: «Escucha, jovencita, no me creo que seas tan ingenua, no uses esas armas conmigo. Tú has venido para follar, ¿lo sabías? Tu querido chulo ha cobrado ya una generosa cantidad de dinero para que ahora tú me hagas a mí todo lo que yo desee... Y te advierto: si tú no cumples, él pagará las consecuencias».

Mi tía se derrumbó y las lágrimas que estaba intentado sujetar fluyeron como esas aguas de las presas cuando abren sus compuertas. No pude evitar sentir una mezcla de dolor y rabia. La estreché entre mis brazos.

—Fue terrible, Leonor, terrible. Aquel hombre era un obseso... Intentaba penetrarme sin poder. Llenó mi cuerpo de sus babas y de sus pequeños fluido... Creía morir por dentro, sentía desgarrarse hasta mis entrañas y terminé vomitando en aquellas sábanas de fino lienzo. Aquello le hizo a él volver a la realidad... Me dio una bofetada y me echó de la cama. Llamó a la doncella y me dijo que el chófer me devolviera al lugar de donde había venido. El regreso a la pensión se me hizo eterno. Cuando llegué, no había llegado aún Julián. Me metí en la ducha, y frotaba mi piel con cierta fruición: quería quitar las huellas de sus manos, de su miembro... Pero al salir del baño, Julián me estaba esperando. Sin decir ni una sola palabra, me abofeteó. «No vuelvas a hacer más lo que has hecho hoy. Cuando te mande a hacer un trabajo, procura hacerlo bien, si quieres que sigamos juntos», me soltó a bocajarro.

Mi tía recostó su cabeza en los almohadones del sofá. En esos instantes entró Amalia.

—Creo que deberías dejarlo ya, Rosario. Mañana es sábado y a Leonor no le importará compartir con nosotros este fin de semana. ¿Qué te parece, cariño? —preguntó dirigiendo su mirada hacia mí

—Claro que me quedaré. Estoy encantada de estar con vosotras.

Mi tía cogió mis manos entre las suyas.

—No me gusta que estés aquí, pero también te añoro mucho y soy muy feliz cuando estás a mi lado.

Dirigió su mirada Amalia.

—¿Qué tal ha ido todo?

Ella sonrió.

—Perfectamente, como siempre, aunque algunos de ellos han preguntado por ti.

—¡Qué haría yo sin ti! Cariño, esta noche Leonor se acostará conmigo. Por favor, dile a una de las chicas que prepare la cama con ropa limpia.

—No te preocupes, Rosario —se acercó donde yo me encontraba y me cogió las manos—. Mi niña, vas a hacer que me ponga celosa. Me quedaré un ratito más, por si necesitarais alguna cosa, y luego me retirare a descansar. No te preocupes, amor. Nos dio un beso y salió de la habitación.

Miré a mi tía. Ella sonrió.

—Ya te iré explicando, Leonor, pero todo a su debido tiempo. Ahora ya retirémonos a descansar.

La seguí por un pasillo muy largo, independiente del resto de las habitaciones. Al final se veía una sola puerta. A través de aquellas paredes se podían escuchar risas y susurros. Abrió la puerta de aquella habitación retirada. Era un dormitorio con una decoración muy diferente a la del resto de la casa. Los muebles más modernos y de colores claros, aunque se veía que las maderas eran macizas. Dos camas enormes, muy juntas, un gran espejo, y un cuarto de baño en uno de sus rincones cuyas paredes eran de un cristal grueso y opaco.

Mi tía se dirigió a uno de los roperos y sacó un pijama precioso. La camisola era ancha y tenía solo un botón. Puso todo, además de varias bragas de encajes y sujetadores, encima de una de aquellas camas.

—Coge lo que quieras.

—Tiene que ser una lencería muy cara.

Sonrió.

—Un admirador me la traía de Francia.

Dejé que ella se duchara la primera y después lo hice yo. Cuando salí de la ducha, ella ya estaba acostada en la cama y con un rosario entre sus manos.

—Dame un beso de buenas noches, mi pequeña niña.

Nos dimos un beso y ella cerró sus ojos. Yo no era capaz de dormirme. Estaba totalmente confundida. Seguramente que ni su familia ni las arpías del pueblo pensarán nunca que mi tía hubiese sufrido semejante infierno. Mi vida perdía parte de su crueldad al ser comparada con la de ella. Lo que yo tendría que valorar es la actitud que ella había tomado ante semejantes hechos.

No quería seguir pensando y cerré mis ojos con el deseo de que los sueños me llevaran nuevamente a esos lugares donde la realidad no puede entrar.

A la mañana siguiente, mi tía no estaba en la cama. Me vestí, y dirigiéndome de nuevo por aquel pasillo, llegué hasta las puertas del salón. Sentadas ante unas humeantes tazas de cafés, con platos llenos de tostadas y varias jarras de diferentes líquidos, estaban Amalia y mi tía. Las besé y nos dimos los buenos días.

Mientras desayunábamos se podía escuchar que la casa había cobrado vida. Se sentían conversaciones entre mujeres jóvenes, ruidos de cubos y un olor especial que provenía de la lejía que empleaban durante su limpieza aquellas criadas.

—Bien, mi querida niña. ¿Qué tienes pensado hacer hoy?

Sonreí.

—Quedarme contigo para escuchar el resto de la historia.

—Esta vez no vas a conseguir ocultar ese resto de tu historia que nunca has querido contarme —dijo sonriente Amalia.

Mi tía se quedó en silencio durante unos segundos.

—Sabes, cariño, si no lo he hecho es porque no quería hacerte sufrir más, no era necesario. Sin embargo, ahora me cuestiono si contárselo o no a mi sobrina. Creo que, aunque a ella le duela, tiene que terminar de escucharlo todo, porque es en esos últimos párrafos de mi vida donde ella encontrará sus respuestas. Conocerá cómo las personas reaccionamos de distintas formas ante las encrucijadas que nos presenta el destino. Cómo la crueldad no es motivada por los hechos con los que quieren justificarla y ampararla, sino la crueldad por la crueldad, focalizando en esos hechos su justificación.

Nos encendimos un cigarrillo y nos sentamos cómodamente en aquellos sofás.

—Creo recordar que nos quedamos en esa etapa de mi vida donde empecé a prostituirme.

Amalia se levantó con intención de marcharse. Mi tía sonrió.

—Amalia, ¿qué haces? No te vayas... Si tú siempre me has estado preguntando.

—Ahora ya no quiero escuchar, Rosario, por favor.

—Debes hacerlo. Esto sucedió hace muchos años y ahora ya no siento ningún dolor.

Amalia se volvió a sentar.

—El encuentro con aquel hombre fue el comienzo de muchos de los encuentros a los que tuve que acudir y con hombres poco más o menos de esa edad. Cada cita decía que sería la última, que estaba ahorrando el dinero para quedarse con el traspaso de un pequeño bar. Él trabajaría en la barra y yo en la cocina. Soñaba con la llegada de ese momento, momento que veía cada vez más cercano. Pero el tiempo se iba deslizando sin darnos cuenta, sin ni siquiera notarlo. Empecé a acostumbrarme a aquella vida. Era una experta a la hora de poner precauciones y una experta en fingir falsos orgasmos. Seguí metida en aquella espiral, de la que era incapaz de salir. Él seguía sin cumplir sus promesas, teniendo un sexo cada vez más lujurioso y sin querer poner precauciones, a lo que me negué en rotundo. No quería reconocer que lo único que le motivaba para estar conmigo era el sexo y ser el billete con el que pagaba sus deudas. Yo procuraba cuidarme, tener una buena alimentación, mantenerme físicamente bien solo para él, para que me deseara más, pero al mismo tiempo mi autoestima se iba debilitando...

Según nos contó, hacía ya tiempo que habían dejado aquella lúgubre pensión y se habían instalado en un pequeño piso en una barriada de obreros. Un día había terminado antes de tiempo *su jornada* y llegó a su casa antes de lo previsto. Al entrar en el piso sintió las risas de una mujer que provenían del dormitorio. Abrió la puerta de golpe, y allí, en la cama, y desnudo, estaba Julián con una mujer rubia con pinta de fulana. Al verla se echaron los dos a reír. Él le dijo a mi tía entre risas: «Vamos, niña, únete a nosotros. Vamos a follar hasta que nos salgan los fluidos por los ojos».

Amalia tomó la mano de mi tía, que continuaba luchando por mantener cierta calma mientras nos relataba aquel pasado tan desgarrador.

—Cerré la puerta de golpe y me fui al baño a vomitar. Salí de aquel piso y vagué sin rumbo por aquellas calles. El dolor oprimía mi pecho y los celos me comían por dentro. ¿Estaba enamorado de aquella mujer? ¿La querría más que a mí? ¿Cuántos encuentros

habría tenido con ella? Sin darme cuenta se había hecho de noche. Regresé al piso. Di gracias a Dios al ver que ellos ya se habían marchado. La puerta del dormitorio estaba abierta y se veía la cama deshecha y todo desordenado. Me fui a la ducha, el agua que salía de ella se mezclaban con mis lágrimas. Nunca pensé que podría engañarme o que pudiera enamorarse de otra mujer. Rendida por el llanto y el sufrimiento, me acosté en el sofá. Me despertaron las caricias en mis pechos y unos labios que se deslizaban por mi cuello. No quise abrir mis ojos, sabía de quiénes eran esas manos y esos labios, a pesar de que me habían tocado muchas manos. Mi cuerpo respondía, la sangre me ardía. Los gemidos salían de mi garganta. Al sentir cómo me penetraba convulsioné sintiendo cómo me invadía un profundo orgasmo.

Amalia se levantó y salió del salón. Mi tía se quedó en silencio. Me estaba resultando muy difícil comprender el comportamiento de mi tía.

—Lo siento, cariño. Me doy cuenta de que a ti todo esto te está siendo incomprensible y podría ser que hasta aberrante.

—No, no por favor, tía, no.

Estaba mintiendo, y no entendía cómo el amor podía hacer perder de esa forma la cordura.

—No eres solo tú la que no lo entiendes, yo tampoco lo entiendo ahora, pero entonces ni siquiera me lo cuestionaba, ni siquiera tomaba conciencia de lo que estaba haciendo y hasta dónde dejaba sin control no solo a mis sentimientos, también a mi razón.

Dejó de hablar por unos instantes. A ella tenía que resultarle muy difícil desnudar su corazón como lo estaba haciendo.

—Mirándome a los ojos —prosiguió hablando—, tuvo el valor de decirme: «Amor mío, cuánto deseaba esto, cuanto te deseaba». Yo también lo deseaba, para ser franca, pero quería saber quién era aquella mujer. Se apartó de mi lado bruscamente: «¿Qué es lo que te pasa ahora? ¿Estás celosa? Porque eso no te lo voy a consentir. Yo no tengo ningún compromiso formal contigo. Que te quede bien clarito, que yo puedo hacer lo que me dé la gana y que tú no eres nadie para prohibírmelo. Deberías estarme agradecida por haberte sacado de aquel pueblucho. Ten cuidadito porque puedo hacer que vuelvas a él».

Mi tía sentía pánico al pensar que podría abandonarla, y no tuvo valor para contestarle. Aceptó como tantas veces lo que él imponía.

—A partir de ese día empezó a llevar a aquella mujer al piso. Yo sentía morirme por dentro, pero no era capaz de enfrentarme a él, de prohibírselo. Cuando ella llegaba al

piso me miraba de forma altanera y con una sonrisa burlona y despreciativa, haciéndome sentir como si yo fuera una desgraciada sumisa. Procuraba marcharme enseguida que llegaban, pero no podía evitar escucharla a ella tratarlo de forma despectiva, riéndose de su forma de tener sexo. Tonta de mí, a pesar del profundo dolor que sentía en mi corazón, me daba lástima de que aquella furcia lo tratase de esa manera.

Mi tía se quedó callada por unos momentos y me miró a los ojos

—Mi querida, niña, le ruego a Dios que cuando se cruce en tu camino esa persona que intente hacer razonable lo irrazonable y a la mentira verdad, llegues a estar preparada y tengas todo el poder y el control suficientes para lograr controlar tus sentimientos y no dejarla entrar en tu vida.

Una noche ya no podía más y habló con él. Le suplicó que no la volviera a llevar al piso, que se citaran en otro lugar. Le respondió que aquella era su casa y que, además, a su amante le encantaba ir allí y comprobar en los ojos de mi tía la expresión del dolor y la de una gata en celo que se retorció viendo cómo su macho se tiraba a otra hembra. A pesar de que aquellas palabras fueron como dardos clavados en su corazón, mi tía lo disculpaba porque se consideraba culpable: quizás, pensaba, no era suficiente mujer para él y que la otra era la que lo tenía envenenado en su contra. Su lucha era aguantar, soportar, esperar ese momento en el que él volviera a ella. Abrigaba la esperanza de que ella se cansara y terminase dejándolo. También se consolaba pensando que era el destino quien la había hundido en aquel profundo pozo y que sería el destino el que le tendería la mano para sacarla de aquel pozo. Sin embargo, lo peor estaba aún por llegar.

Se hizo un silencio.

—Leonor, perdóname, ya no tengo fuerzas para continuar, para seguir contando lo que me ocurrió. Por favor, si te parece bien, lo dejaremos para otro momento.

Me levanté y la abracé cariñosamente.

—Claro que sí, tía Rosario. Debería haber sido yo la que tenía que haberte pedido que dejaras de hablar. Nunca imaginé que existieran personas que llegaran a semejantes grados de perversidad. Y, sinceramente, si dices que lo peor está por llegar..., siento hasta miedo. Aunque deseo llegar hasta al final.

—Claro que sí, chiquilla. Seguiremos a la noche. Gracias, cariño. Estoy agotada física y anímicamente. Si lo deseas, podemos irnos a comer fuera. Por esta zona hay unos magníficos restaurantes.

Estuvimos comiendo en un lujoso gastrobar. Me fijé en el detalle de que el director salió a saludar a mi tía y a preguntarle si todo estaba como ella quería. Al terminar de comer nos obsequiaron con un botella de un excelente champán.

Durante la comida, mi tía intento que olvidáramos lo que nos había relatado sobre su vida y me pidió que les contaré alguna de las anécdotas que me habían ocurrido cuando me vine a vivir con ella a Madrid.

Terminamos de comer ya con otra actitud. Ella nos hizo entrar en tiendas donde se respiraba glamur por todos sus rincones y se empeñó en comprar ropa para ella y para mí. Amalia se negó y no quiso nada.

Tras las compras, nos fuimos a una cafetería decorada con un estilo antiguo, donde se palpaba un ambiente de poder. Ante nuestros capuchinos y unas magníficas porciones de tarta de chocolate blanco, envueltas como estábamos en el humo de nuestros cigarrillos que parecía silenciar nuestras palabras, en aquella sala habilitada para fumadores mi tía quiso hacerme hablar.

—Mi querida niña, creo que ha llegado el momento de que nos digas lo que te está sucediendo, que nos hables de los caminos por los que ahora estás transitando.

Amalia se adelantó a mi respuesta.

—Rosario, no seas tan atrevida. A lo mejor Leonor no quiere que esté yo presente cuando....

Corté sus palabras.

—Por favor, Amalia... Claro que sí quiero que estés presente, lo que ocurre es que yo prefiero que mi tía termine de contar su historia. Lo que a mí me ha sucedido se puede decir en pocas palabras, aunque su contenido es inmenso.

—Cariño, pero yo prefiero que tú empieces a contar lo que te está ocurriendo. Mi historia podría influir en tu estado de ánimo y hacerte cambiar tus criterios, y ello no sería justo.

Entonces yo les conté, sin obviar el más mínimo detalle, todo lo que significaba y suponía para mí el proyecto Atalaya. Al terminar de hablar, se hizo un silencio. Mi tía me miraba fijamente a los ojos.

—Chiquilla, será una decisión cuyas consecuencias pueden ser maravillosas o trágicas. Ahora no puedo decirte nada. Tampoco es este el lugar apropiado para seguir hablando de ello. Es cierto que pensé que lo que nos ibas a decir no tenía la importancia y

trascendencia que tiene. Seguiremos hablando en nuestro hogar y en el silencio de la noche.

Llegamos agotadas y cansadas. Amalia se retiró para descansar. Mi tía dijo que era su momento de lectura y, replegándose en uno de los sillones del salón, cogió un libro.

—Leonor, si quieres, pon la televisión y mira el programa que desees. A mí no me molesta.

El salón era muy grande. En uno de sus rincones, encima de un mueble pequeño, había colocada una televisión. Delante de él se extendía un magnifico sofá. Me tumbé en él y lo conecté. Estaban televisando un reportaje sobre las tierras de Alaska, un país al que a mí me encantaría viajar. Pero en aquel instante sonó mi móvil: era Abel.

—No tienes escapatoria, amor, voy a buscarte y pasamos el resto del día juntos. El puentecito me tiene agotado. Mi padre no me deja tener ni un minuto de respiro.

Me hallaba tan absorbida en mi pasado y ahora en la historia de mi tía, que no lo había echado de menos.

—Hola, cariño. Estoy pasando el fin de semana con mi tía. El lunes te llamo.

—Tengo mala suerte contigo, cuando no es una cosa, es otra. En fin, tendremos paciencia. Pero al menos dime algo bonito.

—¿Algo bonito? —solté un carcajada—. ¿Cómo qué?

—Que me amas.

No podía mentirle: mis sentimientos no eran tan profundos.

—Te quiero, Abel. Y, cariño, estoy muy cansada. El lunes contactamos.

—Te amo, Leonor, yo sí te lo digo. Haces de mí lo que quieres. No te olvides de llamarme. Y sobre todo: sueña conmigo esta noche.

Y llegó la noche. Después de todo lo que habíamos comido, tomamos una frugal cena.

—Mi querida niña, quiero decirte que no voy a pronunciarme sobre lo que debes o no debes hacer. Hay cosas y cuestiones en nuestra vida que solo sus protagonistas tienen derecho a decidir, sin que nadie pueda influir en sus acciones. Terminaré de contarte mi historia cuando tú hayas decidido qué actitud vas a adoptar ante ese proyecto.

La miré disgustada.

—Por favor, tía Rosario. Además de estar deseando verte, también quería que me aconsejaras, que me dijeras cuáles habían sido tus experiencias y cómo veías la situación en la que me encontraba, para saber cómo actuar. Si soy justa, debo decir que tu historia me ha hecho ver que lo que yo he vivido no es lo más terrible que puede vivir una persona.

—Eso es algo connatural del ser humano: cuando se trata de desgracias, siempre pensamos que las nuestras son las más dolorosas, las más sangrantes.

Cogió mis manos entre las suyas.

—Lo siento, querida niña. No puedo terminar mi historia; si lo hiciese, seguro que influiría en tu conducta, actuarías según lo que yo viví, y tú tienes que hacerlo según lo que vives tú y cómo creas que debes. Como ya te he referido, considero que es el destino quien mueve los hilos de nuestra vida a través de los actores de una comedia ya escrita. No te fijes en la forma ni en el contenido de los personajes con los que te toca vivir, fíjate en los papeles que ellos tienen que representar. Por mucho que queramos evitarlo, por mucho que intentemos huir de las desgracias, de las tragedias, ellas forman parte de nuestra vida, como lo forman la alegría y el gozo. Huir de unas y querer atrapar a otras no nos sirve de nada. Ellas estarán ahí y ocuparán el lugar que el destino les ha mandado que ocupen. Lo único que podemos hacer es acoplarnos a esos personajes, aceptarlos, en lugar de luchar contra ellos. Buscar los lados positivos, ver qué perdimos con ellos y que nos hicieron ganar. Te darás cuenta de que quizás aquello que tanto daño te hizo sucedió para que luego encontraras un placer jamás pensado. Pero para todo ello tienes que reconocer que la vida te ha sido regalada y como tú la vivas será decisión tuya. Y no me refiero a que tú decidas lo que tiene que entrar en ella o no, sino saber desde qué sentimientos o razonamientos vas a utilizarlo. Que nada es tan terrible ni nada tan placentero. Que en la humildad y en la generosa aceptación están el secreto de la felicidad. Y algo muy importante, mi querida niña: la venganza para lo único que ha servido es para que la sufran personas inocentes, personas que ni siquiera formaron parte en las historias, pero tuvieron la desgracia de que los otros personajes no las tuvieron en cuenta ni se molestaron en averiguar si sus tentáculos las alcanzarían.

Nada más levantarme, me fui sin desayunar hacia la oficina. Me había quedado a dormir con mi tía, y pesar de que en un principio yo había pensado como ella, que era el destino el que marcaba nuestras vidas, ahora me negaba aceptarlo. Asimismo, rechazaba su criterio de que no merecía la pena luchar porque las batallas estaban ya perdidas o ganadas. Si tu escudo es de hierro y tu espada tiene un filo fino y afilado, vencerás esa

lucha; pero si tus armas son precarias, están oxidadas y a punto de romperse, jamás ganarás una batalla, pensaba.

Mi tía me había dado unos excelentes consejos, si bien frecuentemente nos resulta difícil cumplir los consejos que nos dan, puesto que cada uno siente de formas diferentes, incluso hasta el roce de una hoja al caer de un árbol.

Al entrar en la oficina, Marga, como siempre, me saludó cariñosamente.

—Leonor, te he puesto una nota encima de su mesa. Es de don Carlos.

—Gracias, Marga.

Leí la nota. Las entrevistas serían finalmente el próximo jueves, con el alcalde por la mañana y con los dueños de la finca por la tarde. Pulsé el interruptor del teléfono.

—Marga, por favor, formaliza una reserva de un hotel en la ciudad... Desde el próximo miércoles, pero sin fecha de salida. Gracias.

Tenía la sensación de que todo se estaba precipitando. Sonaron unos golpes en la puerta. Marga me traía un enorme ramo de rosas rojas.

—Acaban de entregarme esto para ti. Si me permites, te diré que son preciosas.

—Es cierto, Marga... Muchas gracias.

Me quedé desconcertada. Recordé que había quedado en llamar a Abel, ¿acaso me las habría enviado él? Pronto salí de la duda tras leer una tarjeta que venía entre sus hojas: «Me imagino que ya habrás descansado. No puedes negarte a cumplir tu promesa. Esta noche tienes que venir a cenar conmigo. De un admirador sometido a ti, Jorge».

Me sentí contrariada y disgustada. Primero, porque no había sido Abel y, después, por saber que el representante de los inversores esperaba su recompensa. Me dirigí hacia los ventanales del despacho y, como tantas veces observé, el caminar de aquellas personas me seguía dando esa sensación de que algo parecía perseguirlas.

Encendí un cigarrillo. Miraba rebotar el humo en aquellos cristales y volvía hacia mi rostro. Sabía a lo que me exponía si iba aquella cita. De una forma muy sutil, Jorge me pedía el pago de su favor. Aquel hombre no me gustaba, no me fiaba de él. Podría darse el caso de que yo aceptara sus deseos y él no cumpliera con lo prometido. Por otra parte, ¿hasta dónde iba a ser yo capaz de llegar?

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Tras ella apareció Jorge.

—Buenos días, preciosa. Ya veo —dijo mirando hacia las flores— que has recibido mi *presente*. Espero que sean de tu agrado.

Le sonreí de forma muy sensual.

—No solo son de mi agrado, es la flor que más me gusta, por su clase y por ese color rojo como la sangre que circula por las venas.

—Qué frasecitas... Se nota que eres muy romántica y sensible.

—No te equivoques —dije dando a mis palabras cierta frialdad—. Romántica sí, sensible no.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y bien...?

—Y bien... ¿qué? —Sabía a lo que se refería, pero quería que tuviera que pedírmelo con todas las palabras.

—Qué malísima eres. ¿A qué hora quedamos esta noche?

—¡Ah, es cierto! A las diez y media puedes pasar a recogerme en mi apartamento.

—De acuerdo, no te molestes en decirme la dirección, ya se la pido yo a Marga —soltó con un cierto tono sarcástico.

—Por favor, si eres tan amable... Ahora tengo mucho trabajo.

Iba a decirme algo, pero prefirió callarse y salió del despacho. Me senté en el sillón. No quería sentir remordimientos ni condicionar mi moralidad, pero ahora ya no iba a retroceder: si lo hiciera, me embargarían para siempre las dudas. Tenía derecho a tener ese poder de la venganza sobre aquellos miserables, entre otros motivos porque volvían a cruzarse en mi camino.

No fui capaz de concentrarme en otra cosa que no fuese en pensar cómo iba afrontar aquella cita. Terminaba de dar el último toque a mi maquillaje. Miré la imagen que reflejaba aquel espejo. El vestido se pegaba a mi piel ajustándose como un guante, marcaba mis curvas y mis senos.

Alboroté mi pelo con mis dedos. Miré el reloj y había transcurrido más de una hora desde que Jorge me llamara por el telefonillo. Le había contestado que tardaría solo unos minutos... Cogí mi bolso y salí del apartamento hacia el ascensor. Al salir del portal lo vi apoyado en un descapotable color blanco. Me miró sin ningún pudor desde los pechos hasta los pies. El brillo de sus ojos demostraba sus deseos lujuriosos. Intentaba ponerme nerviosa, pero no lo conseguiría.

—¿He tardado mucho? —le pregunté con todo mi aplomo.

—¡Oh, no! —dijo con tono sarcástico—. Estás preciosa.

Hizo intención de besarme... Era mucho más libertino de lo que suponía. La forma en que lo miré lo hizo desistir y se limitó a abrirme la puerta del coche.

Nada más entrar en el restaurante sentí las miradas lascivas de los hombres y el desprecio en los ojos de las mujeres. No me importaba, hacía mucho tiempo que las miradas que me dirigían carecían para mí de todo interés.

Nos sentamos en una mesa. Antes de solicitarlo, uno de los camareros acudió. Jorge se adelantó cuando nos preguntó por las bebidas.

—Nos trae una rioja, por favor.

—Perdone —dije dirigiéndome al camarero—, un vermú para mí.

—Lo siento —dijo Jorge—. Pensé que te gustaría un rioja para comer.

—Normalmente es lo que suelo tomar, pero hoy prefiero otra bebida. Por cierto, te advierto de que a mí me gusta elegir lo que voy a comer y a beber.

—Tocado y hundido —dijo sonriendo.

La tensión se fue suavizando según íbamos comiendo aquellos suculentos manjares regados con bebidas que empezaban a hacernos sentir alegres. Él hacía comentarios acerca de la política de forma anecdótica y yo le interrumpía con alguna nota graciosa al respecto.

De pronto se quedó callado y me miró directamente a los ojos.

—Bueno, Leo, vayamos a la cuestión. Tu pareja... ¿es formal?

Lo mire sarcásticamente: intuía muy bien lo que para él era *la cuestión*.

—Vaya, qué directo... Y, además, maleducado.

Su expresión fue de perplejidad.

—Todo lo contrario. Precisamente porque soy educado y porque no quiero, como se dice vulgarmente, meter la pata, quiero saberlo. Aunque me imagino que si estás conmigo es porque tu pareja no será de las formales...

Menudo cínico y cruel... Me estaba dejando como una zorra. Antes de contestarle, bebí lentamente de mi copa. Quería darle la sensación de despreocupación y tranquilidad.

—No te voy a responder. Eso es algo que pertenece a mi intimidad. Puedes pensar lo que quieras. Aunque te aclaro que el hecho de estar aquí cenando contigo es por una cuestión de intercambio de favores.

—¿Consideras —respondió burlescamente con una pregunta— que esta cena paga el favor de dejarte manejar semejante proyecto?

Ahora ya no tenía la menor duda: quería llevarme a la cama. Tomé de nuevo mi copa y bebí de ella. Debía darle lo que me pedía. No me perdonaría nunca haber tenido en mi mano semejante poder y llegar a perderlo por una cuestión de moralidad. Una patética moralidad, dado como hoy se consideran las relaciones sexuales. Pero, a la par, tenía que demostrarle que no le daba ninguna importancia a semejante hecho y darle la sensación de que yo también deseaba acostarme con él.

—Yo es que no lo veo desde el mismo punto de vista que tú... Nada de intercambio de favores, estoy deseando lo mismo que tú deseas.

Sus ojos brillaban y demostraban su lascivia.

—Perfecto, Leonor, aunque te diré que me lo imaginaba... ¿No crees que deberías invitarme a tomar una copa en tu apartamento?

Llegamos al apartamento y pasamos al salón. Se sentó en el sofá con cierta placidez por lo que iba a lograr. Como seguía sin fiarme de él, había decidido grabar todo lo que iba a suceder aquella noche. Tenía que tenerle entretenido para poder poner el móvil en algún lugar...

—Échale un vistazo —le dije dándole una revista— mientras preparo las copas. Tiene artículos muy interesantes.

Me dirigí hacia el mueble bar y puse mi móvil en modo grabación entre los adornos. Me senté a su lado dándole su copa.

—¿Qué precio estarías dispuesta a pagar por hacerte cargo de ese..., llamemos *famoso expediente*?

—Lo daría todo —contesté de forma sinuosa.

Se acercó más y puso su mano en mi muslo.

—Dime el contenido de ese *todo*.

Puse mi mano en la suya y la deslicé hasta el comienzo de mi muslo. A través de sus dedos podía sentir su agitación. Me acerqué más a él para que viera mis senos.

—¿A qué jugamos, al juego de las palabras y su significado? —le pregunté.

Intentaba llegar con su mano a mi sexo, pero se lo impedía al presionarla con la mía.

—No, no quiero jugar al juego de las palabras, quiero jugar a follar.

No moví ni un músculo de mi cara. Él sabía que sus palabras me habían ofendido. Respondí más groseramente.

—Follar es un juego peligroso, podría ser que luego te envicieras en él.

—Es un vicio en el que no me importaría caer.

Mientras me hablaba me rodeó con sus brazos. Bajé mi mano hasta la cremallera de su pantalón; su miembro estaba totalmente erecto. Me besó en los labios intentando recorrer con su lengua el interior de mi boca. Tenía que centrarme y no dejarme llevar por la repugnancia que estaba sintiendo. Le dejé que me manoseara, pero le impedía llegar a mi sexo.

—Por favor, Leo... Por favor...

Se había quitado los pantalones y quería quitarme las bragas. Cogí un preservativo y se lo di. Dejé deslizar mis bragas por mis piernas. Me puse a ahorcadas encima de él. Intentaba penetrarme, pero yo me movía de forma que no pudiera hacerlo. Sus ojos estaban brillantes y sus manos temblaban; percibí que estaba a punto de llegar al orgasmo, por lo que introduje su sexo en mí y eyaculó sin que ni siquiera hubiera terminado de penetrarme. Se dio cuenta de que yo no había sentido absolutamente nada, lo que le tuvo que causar una sensación de absoluto malestar e impotencia.

Lo miré con una sonrisa burlona.

—Vaya, nunca me hubiera imaginado que no lograras controlarte...

Sus ojos despedían chispas y su cara estaba tan roja que parecía que iba a estallar.

—Lo has hecho a propósito, zorra, para humillarme. Jamás me había pasado... También es cierto que siempre que lo he hecho con otras parejas, sobre todo con mi mujer, las satisfacía plenamente porque con ellas lo hacía de otra manera, con amor, y no como lo he hecho contigo, por vicio.

Sus palabras no me ofendían. Había conseguido mi propósito. Ya no solo era cuestión de infidelidad, sino de quedar totalmente en ridículo. Aquello era lo que vulgarmente se denomina *gatillazo*. Se puso los pantalones y me miró con aire triunfador.

—Lo siento... Un trabajo bien hecho, pero no lo suficiente como para dejarte las riendas del Atalaya. Mañana llamaré a Carlos y le diré que no te quiero en el proyecto y que les pague a los dueños de la finca no solo el importe que se ha establecido, sino el adecuado para semejante compra.

Tras soltar aquellas palabras salió del apartamento dando un portazo. Me incorporé del sofá y me dirigí al móvil para cerrar la aplicación de la grabación y ver el contenido. Había salido todo con gran nitidez. Borré los momentos de nuestro enfrentamiento y el final... Y lo llamé por teléfono.

—No se te vuelve a ocurrir molestarme más a este teléfono, ¡zorra!

Cortó la llamada. Entonces, le envié un mensaje y la grabación del vídeo: «Lo siento, he grabado el episodio, te adjunto el vídeo. En el supuesto de que no siga teniendo total y absoluta libertad de actuación en el expediente Atalaya, para mí sería un placer colgarlo en los sitios adecuados para que alguien que te importa pueda visualizarlo. Un beso».

Después de haber escrito aquello, lo bloqueé y eliminé de mis contactos. Terminé de desnudarme y me dirigí a la ducha. Rocié mi piel con abundante gel y lo froté por todo mi cuerpo: quería borrar las huellas de sus manos y de su baba.

Recordé a Abel y sentí como las lágrimas resbalaban por mi cara.

De camino a la oficina no dejaba de pensar en lo que había sucedido con Jorge. ¿Cómo había podido caer tan bajo? ¿Puede odiarse hasta el extremo de poner precio a tu cuerpo? Lo peor de todo era que, por mi forma de ser, me había enfrentado a él y, después de haber perdido mi dignidad y haberme vendido de una forma tan despreciable, él podría reaccionar acobardándose o enfureciéndose más.

Al entrar en la oficina Marga me saludó cariñosamente.

—Buenos días, Leonor. Don Carlos quiere que vayas a verlo cuanto antes.

Se empezaban a cumplir mis predicciones. Llamé a la puerta del despacho y entré como de costumbre, sin esperar respuesta alguna. Carlos me miró sonriente, y aquello me extrañó.

—Vaya, vaya, Leonor. Enhorabuena. No voy a preguntarte qué es lo que ha ocurrido, pero el catalán me acaba de llamar por teléfono diciéndome que regresa a Cataluña y que te dé carta blanca en todo lo concerniente al proyecto Atalaya.

Sentí como si me quitaran un enorme peso de encima. Aun así debía ser cauta, no podía dejarme llevar por la euforia. Lo miré con cierta suspicacia.

—Perfecto. Como tú sabes, es el jueves cuando tengo que entrevistarme con el alcalde y con el dueño de la finca. El miércoles viajaré a mis queridas tierras. Te iré informando. No cerraré ningún tipo de operación si no es con tu consentimiento.

—Estaré pendiente de tus noticias, Leonor. Puedes tomarte el martes de descanso para preparar tu equipaje y, bueno, digamos descansar y tomar fuerzas.

El martes decidí ponerme a ordenar y recolocar mi apartamento. Aquello calmaba mis nervios y lograba que pudiera evadirme de mi realidad. Pero aquella calma se vio rota pronto por el teléfono: era mi tía Rosario.

—Hola, cariño, no sé nada de ti. ¿Cuándo piensas ir a nuestro querido pueblo?

—Estoy en casa. Carlos me ha dado el día de descanso. Mañana me desplazaré a ese fantástico lugar —dije con un cierto retintín.

—No te voy a pedir que me prometas nada porque, conociéndote, harás lo que tú consideres, pero por Dios te pido que no tomes decisiones sin haberlas analizado antes y estudiar sus posibles consecuencias.

—No te voy a mentir, tía Rosario, pero intentaré hacer lo que me pides... Es más, lo comentaré contigo.

—Gracias, gracias, Leonor. Me quedo así más tranquila. En cuanto regreses, por favor, ven a verme. Ten mucho cuidado. Un beso y un achuchón.

—Claro que iré a verte. Un beso muy fuerte.

Tras cortar la conversación, recordé a Abel. Había quedado en llamarle y no lo había hecho. Lo raro era que él tampoco me había llamado. No podía evitar sentirme mal. Abel no se merecía lo que yo le estaba haciendo. Le pedí al cielo que no llegara a enterarse jamás y decidí llamarlo.

—Hola, Abel, perdona que...

Su voz cortó mis palabras.

—¡Qué sorpresa! —su tono era sarcástico—, qué gran honor para mí supone que me llames, aunque sea con cierto retraso... Sobre todo teniendo en cuenta que otras veces has tardado mucho más.

A pesar de saber que tenía razón, me estaba indignando.

—Deberías agradecer que te llame, con lo liada que estoy en el trabajo.

—Claro que te lo agradezco, porque, realmente, ¿qué soy yo para ti?

Su tono tenía una mezcla de sarcasmo y tristeza.

—Por favor, Abel, no me hagas sentir culpable. Te llamaba para decirte que estaré fuera durante unos días por motivos de trabajo. Sabes que nuestra relación es muy liberal y a veces hemos estado días sin vernos y no nos hemos dado explicación alguna de lo que hemos hecho.

Se hizo un silencio.

—Entonces, ¿esto significa qué quieres darle más seriedad a lo nuestro, más responsabilidad?

No sabía qué contestarle. Realmente yo no quería eso, pero ahora me daba pena decírselo, aunque tampoco podía hacerle creer lo que no era cierto

—Abel, por favor, no me presiones. Cuando regrese te llamo y nos vemos. Un besito, anda.

—Algún día me cansaré, Leonor. Hasta el corazón más enamorado se cansa de ser herido.

Escuché la forma tan brusca de cortar la llamada. Empezaba a darme cuenta de que podía perderlo, y por primera vez sentí miedo.

Me acercaba a la ciudad vecina a mi querido pueblo. La ciudad donde había vivido y muerto mi hermana. El dolor intentaba penetrarme, pero lo rechazaba: no podía dejarme llevar por los recuerdos ni permitir que los sentimientos me manipularan.

Había llegado a mi destino. Ante mí se alzaba un enorme edificio con las siglas del nombre del hotel en la fachada. Una fachada que transmitía el lujo que iba a albergar en su interior.

El vestíbulo del hotel se adornaba de enormes espejos y, a su lado, se ubicaban mesas con jarrones llenos de preciosas flores secas. Me acerqué al mostrador y vino hacia mí un botones para llevar mi equipaje. Después de recoger mis llaves, me dirigí

acompañada del botones a la habitación. Estaba decorada con un estilo minimalista; daba una sensación de limpieza y frescura. Miré entonces el reloj; tenía el tiempo justo de darme una ducha y acudir a la cita con el alcalde. Iba a ser la ducha más reconfortante de todas las que me había dado hasta ahora.

Nada más llegar al ayuntamiento pregunté al policía de la puerta por los despachos y este avisó a un conserje para que me acompañara. Sentado en un sillón se encontraba un hombre que podría ser unos años mayor que yo mirando una carpeta abierta encima de la mesa. Alzó su mirada y se levantó amablemente. Me quedé perpleja: aquel rostro me recordaba a alguien conocido; él parecía haber tenido la misma sensación porque me miró con cierta expresión de sorpresa.

—Buenos días —dijo él—. Usted es la persona que viene de parte de Carlos —mientras hablaba había extendido la mano para saludarme—. Perdone que la mire con insistencia, pero creo que su cara me es conocida.

Después de estrechar su mano me senté sin esperar a que él me diera permiso y cogí uno de mis cigarrillos

—¿Puedo? —dije primero antes de contestarle.

—Por supuesto —respondió dándome fuego.

—Yo también tengo una sensación extraña, cómo si lo conociera...

Entonces fue como si se le iluminaran los ojos.

—¿Leo...? ¿Leonor?

Nada más escuchar mi nombre en sus labios, sentí un golpe en el estómago.

—¿Fernando...?

Un Fernando calvo, con una barriga prominente... Cómo se notaba que la vida de alcalde le iba muy placenteramente.

—Nunca me hubiera imaginado que volviéramos a vernos y en esta situación. Has cambiado, Leonor... Eres una mujer muy hermosa y, aun siendo tan joven, con un cargo tan importante.

Su tono se había vuelto más cauteloso.

—La verdad es que la vida es una especie de caja de sorpresas. Nunca sabes qué te vas a encontrar —le respondí.

—Para mí esto ha sido una muy agradable sorpresa. Ahora que sé que tú estás detrás de todo esto, haré todo lo que esté en mi mano para que no tengáis ningún tipo de problemas. Y me imagino que tú también considerarás lo que el hotel significaría para tu pueblo, que está totalmente hundido por la crisis. La mayoría de las personas de nuestra edad se han marchado.... ¡Ah! Hablando de nuestros amigos, te informo de que Julia y Manuel se casaron y ahora están al frente de la carpintería del padre de ella. No les va muy bien que digamos.

No pude evitar que viniera a mis pensamientos el pobre Aurelio. Sentí un escalofrío. Estaba sorprendida y al mismo tiempo indignada por su forma de hablar, con esa naturalidad, como si no me hubiera sucedido toda aquella tragedia que tanto daño me hizo y por la que tuve que abandonar aquel pueblo, mi pueblo.

Había hecho una pausa, seguramente para que yo pudiera hablar, pero prefería mantenerme en silencio porque temía que terminara venciéndome mi visceralidad. Se puso nervioso al ver que permanecía callada y sacó un puro de un estuche que había sobre la mesa. Intentó encenderlo sin conseguirlo y no tuvo más remedio que seguir hablando.

—Paloma y Pablo viven en pareja. Ella trabaja como enfermera en una clínica privada de esta ciudad. Él estudió topografía, pero ha tenido mala suerte. Lleva una temporada en el paro y el problema es que tienen una hipoteca a la que no pueden hacer frente, por lo que el banco les embargará el piso. Sé todo esto porque de vez en cuando nos solemos juntar para tomar unas copas en recuerdo de los viejos tiempos. A ellos también les vendría magníficamente la construcción de ese hotelito.

Se volvió a quedar callado.

—En fin, yo también me casé. Mi mujer trabaja en la ciudad, precisamente como relaciones públicas de un pequeño hotel. Entonces, Leonor, no tendremos problemas, estando tú al frente sé que harás todo lo que esté de tu parte para que ese magnífico y fabuloso hotel se construya en nuestro pueblo.

Me estaba quedando con la mente en blanco. Era incapaz de rebelarme ante sus palabras. No encontraba las frases justas para responderle, pero debía reaccionar, hacerle saber que era yo quien tenía el poder sobre aquel proyecto. Tuvo entonces que interpretar mi silencio como una aceptación y se anticipó a que le respondiera.

—Pues, nada, por mi parte no habrá ningún problema. Me encargaré personalmente de toda la burocracia y el papeleo en relación con la Administración. Espero que sepas ser agradecida y te acuerdes de tus amigos. El hotel va a necesitar muchísimo personal: médicos, jefas de plantas, recepcionistas, relaciones públicas...

Había pensado que era un bobo, pero ahora ya mis dudas se habían disipado: era demasiado listo. Me estaba sintiendo asqueada, aunque lo disimulé muy bien. Tampoco iba aceptar su chantaje y mucho menos dar trabajo a las personas que me destrozaron. Le sonreí suspicazmente y miré el reloj.

—Cuanto lo siento, Fernando, se me ha hecho tardísimo. Tengo otra cita con los dueños de la finca. Te mandaré el expediente. Estaremos en contacto.

Le tendí la mano en señal de despedida. Él tuvo el cinismo de obviarla y rodear la mesa para venirse a mi lado.

—¿Cómo es que te marchas tan rápido? Al menos cuéntame algo de tu vida. ¿Te has casado?

Aquello ya era el colmo.

—De verdad que lo siento, Fernando, pero no puedo estar más contigo.

No quería decirle ninguna palabra cordial.

— ¿Cuánto tiempo te quedarás? Podríamos vernos... Tomar unas copas...

Seguía insistiendo. Me entraron unas ganas terribles de abofetear aquella cara, pero supe controlarme.

—No lo sé. Ya seguiremos hablando.

Antes de darle tiempo a reaccionar, me giré y, dirigiéndome a la puerta, la abrí con rapidez. No pude evitar escuchar sus últimas palabras.

—Ya sabes, Leo... Lo que necesites... Y espero ser correspondido con tu generosidad.

Me dirigí hacia una de las cafeterías más cercanas y pedí un Barceló con ginebra. Regresé al hotel y decidí quedarme allí a comer. No quería transitar por aquellas calles que solo podrían traerme tristes recuerdos. Estaba desconcertada, no pensé que iba a encontrarme y saber de mis amigos con semejante rapidez, y mucho menos que uno de ellos fuese el alcalde del pueblo.

Había terminado de comer. Intentaba analizar mi vida tomándome un café y fumándome un cigarrillo. ¿Hasta qué punto lo que me hicieron en el pasado había influido en mí? ¿Eran culpables de que yo fuera una mujer fría, calculadora, desconfiada y, lo más triste, que no hubiera sido capaz de abrir mi corazón a nadie? ¿Eran culpables también de que hubiera vendido mi cuerpo de una forma indigna y denigrante a aquel sinvergüenza? ¿Se había sembrado en mí la semilla de una venganza que ahora había germinado y se convertía en una carnívora planta?

Estuve a punto de quemar mis dedos por el cigarrillo al haberse consumido totalmente. Retorné a mi realidad. Quedaban solos unos minutos para la entrevista con los dueños de la finca.

Conducía por aquellos caminos de tierra levantando una gran polvorera. Me había adentrado en los terrenos de la finca, que parecía estar desértica. Las naves, que en un tiempo estuvieron llenas de animales, ahora se encontraban vacías y las tierras aparecían sin sembrar. No pude evitar fijar la vista en aquel cobertizo... Estaba a punto de derrumbarse. Sentí un largo escalofrío.

No se veía a ninguna persona por aquellos alrededores. Llegué ante una casa cuya puerta y fachada, como consecuencia del paso del tiempo, habían perdido su color y prestancia. Iba a llamar cuando se abrió la puerta y apareció una mujer joven. Llevaba puesto lo que parecía ser, aunque muy informal, un uniforme.

—Buenas tardes —dije—. Tengo una cita con don Eladio.

—Buenas tardes, señora. Pase, por favor.

El interior de la casa se veía con cierta limpieza, pero daba la sensación de que le faltaran muebles, cuadros, adornos... La criada abrió la puerta de una de las habitaciones.

—Don Adrián, esta señora quiere hablar con su padre.

Estaba sentado en un sillón mirando unos papeles. Levantó su vista al mismo tiempo que se incorporaba. Intentó dibujar una sonrisa en sus labios. Estaba sobrecogida: si la criada no lo hubiera nombrado, no lo habría reconocido, porque no quedaba nada de aquel Adrián, aquel chico chulesco, quizás guapo, engreído, con aquella mirada burlona. Me encontraba ante un hombre en un estado de extrema delgadez, hasta el punto de que se podían apreciar los huesos a través de su piel. Sus ojos estaban hundidos... Eso sí, no habían perdido su brillo. La boca era una fina línea que no se atrevía a abrir al sonreír, con lo amigo que fue de soltar aquellas sonoras carcajadas.

Me tendió su mano, si bien a mí me dio miedo estrechársela con firmeza. Era una mano huesuda, áspera. Aún no le había visto ninguna expresión que reflejase que me hubiese reconocido.

—Encantado de conocerla. Siento que mi padre no pueda recibirla, se encuentra enfermo. De todas formas, soy yo quien lleva las riendas de esta casa. Supongo que usted vendrá de parte de Luis Alberto.

—Un placer —dije queriendo no transmitir nada en el tono de mi voz—. Mis mejores deseos para la pronta recuperación de su padre. Debo aclarar que no solo vengo de parte de Luis Alberto, también del resto de los socios y del inversor.

La expresión de sus ojos cambió.

—Siéntese, por favor —me pidió—. Entonces, ¿usted viene a ver si puede hacerse de más carnaza?

Me quedé bloqueada ante aquella expresión. Cómo podía tener la sangre fría de llamarnos, prácticamente, *hienas*...

—No le entiendo —dije en un tono frío.

—Me ha entendido perfectamente. Conozco bien cómo actúan las empresas cuando ven la posibilidad de reducir sus gastos, como también a las personas que suelen mandar para cerrar las operaciones.

Pero ¿cómo era posible que, en la situación en la que se encontraba, se permitiera el lujo de estarme hablando de semejante forma? La verdad es que no sabía ni qué contestarle. Siempre pensé que sería yo quien atacaría, quien lo humillaría. Aquella vez no, no me iba a pasar como aquel día en que Paloma me atacó tan cruelmente y reaccioné.

—Usted no tiene ni idea de cómo soy yo ni de cómo actúa la empresa a la que represento. No le voy a consentir que mantenga lo que está diciendo, y mucho menos que me esté faltando al respeto de la forma en que lo está haciendo. No entiendo su postura, máxime en la situación en las que ustedes se encuentran y de la que usted, según los informes que hemos recibido, es el único responsable. Le comunico que tenemos la posibilidad de comprar otra finca de las mismas características que esta y en un pueblo no muy alejado de aquí.

Mientras decía todas aquellas palabras me había levantado del sillón con la intención de marcharme. Sabía que estaba arriesgando mucho si no cerraba la operación, pero no iba a consentir que aquel miserable me tratara de una forma tan vejatoria como lo estaba haciendo. Y a todo ello se añadía lo que me había hecho en el pasado.

Aquella cara macilenta cambió de color y sus ojos reflejaron un profundo odio.

—¿Y usted quién se cree que es para soltarme semejantes palabras y, sobre todo, culparme a mí y meterse en mi intimidad?

Lo miré fríamente.

—Me he tomado las mismas libertades que usted, que ha sido el primero en meterse en intimidades, poniendo en entredicho mi moralidad. Creo que la conversación se ha terminado. Les hablaré a mis superiores acerca de su actitud. Intentaremos buscar otros terrenos.

Debía de sentirse humillado. Él, que seguramente se creía con el firme derecho de humillar a los demás. Él, que había dilapidado toda aquella fortuna sin tomar conciencia de su familia y que ahora pensaba que gozaba de la libertad para insultar sin miramientos.

Le temblaban las manos. Vi que hacia grandes esfuerzos para tranquilizarse.

—Le pido disculpas. Si le parece bien, podemos comenzar de nuevo. Por favor, siéntese.

Lo miré nuevamente con frialdad, pero esta vez el desvió su mirada.

—Bien —dije—, he venido personalmente a hablar con ustedes con el propósito, si usted considera, de cerrar la operación. Aunque es cierto, y lo siento, que no podemos pagarles la cantidad que les ofertó Luis Alberto. No porque mi empresa sea una hiena —dije con sarcasmo—, sino porque el inversor se niega a pagarla —mentí con todo mi aplomo.

—¿Y qué cantidad es la que está dispuesta a pagar ese inversor?

—Por el terreno está dispuesto a pagar un millón seiscientos mil euros. Como usted comprenderá, la construcción de semejante edificio será también de un coste elevadísimo y deben considerarse todos los costes que se añadirán a todo.

Eran cuatrocientos mil euros menos de lo que Luis Alberto les había ofertado. Su semblante se crispó, pero no podía dejarse llevar de nuevo por su irritación.

—No puedo hacer nada, tengo las manos atadas. Voy a serle sincero, aunque usted, por supuesto, ya lo sabrá. A pesar de ese descuento de cuatrocientos mil euros, ustedes nos dan mucho más dinero que el banco. La cantidad por la que nos embargan no llega ni al millón.

Se hizo un seco silencio. Quería dejarle hablar para ver hasta dónde era capaz de llegar.

—Lo siento por mi hermana. Tenía pensado llevar a su hijo a una clínica privada en Estados Unidos para tratar la epilepsia del niño. No podrá, esta cantidad ni siquiera cubrirá las deudas que tenemos.

Tras escuchar aquellas palabras quise evadir mi culpabilidad intentando disculpar mi conducta en su comportamiento. Me escudé en mis pensamientos más oscuros. Que lo

hubiera pensado antes, el desgraciado; que no se hubiera dejado llevar por una vida de libertinaje, sin respetar a nada ni a nadie, buscando solamente el placer y la diversión; era un patético cobarde, tan miserable que, escudándose en su hermana, intentaba dar lástima, aunque estaba segura de que terminaría gastándose de nuevo todo el dinero...

—Está bien, señora. Por cierto, no me ha dicho su nombre... Dígales a sus jefes que acepto la cantidad y que nos urge muchísimo cerrar esta operación.

Me incorporé de aquel sillón obviando la pregunta sobre mi nombre. Ni siquiera le ofrecí mi mano.

—Tendrá noticias nuestras. Buenas tardes.

Regresaba a Madrid. Había cenado en el hotel y, a pesar de haberme bebido una mezcla de infusiones con la esperanza de que me hicieran dormir plácidamente, no lo conseguí. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Mis sentimientos se mezclaban. Por un lado, sentía un placer especial por el hecho de que de mí dependieran la felicidad o la desgracia de aquellos miserables. Por otro lado, no podía obviar que un niño fuera a pagar las consecuencias de las acciones de sus mayores. Recordé entonces las palabras de mi tía sobre que los inocentes eran quienes solían pagar las venganzas de hechos en los que ellos no tenían parte.

No había llamado a Carlos para contarle lo sucedido, prefería hacerlo personalmente. Sabía que él no estaría de acuerdo en que me aprovechara tan mezquinamente de la situación de los dueños de la finca y los extorsionara hasta el punto de conseguir un precio que estaba muy por debajo de su valor real. Y, sobre todo, que lo hiciera movida por mis deseos de venganza.

Necesitaba hablar con mi tía, no solo para que ella diera respuestas a mis dudas, también para que terminara de contarme su historia. Tenía la percepción de que quizás aquella historia podría cambiar todos los esquemas de mi vida.

Amalia me esperaba sonriendo. Me abrazó mientras me regañaba amablemente.

—Tienes muy disgustada a tu tía, niña.

—Y yo estaba deseando volver a veros.

En el salón, mi tía me esperaba de pie y con una expresión de incertidumbre en sus ojos. Me estrechó entre sus brazos.

—Mi querida niña... Me tienes muy preocupada —me miró mientras se separaba de mí—. Y tengo razón para estarlo. Te veo pálida y con muchas ojeras. Anda, sentémonos y cuéntame todo lo que te ha ocurrido.

Le fui relatando lo sucedido, como también las terribles dudas que me invadían, algo que jamás pensé que me ocurriría.

—Ello me consuela y mantiene mi esperanza de que quizás llegues a cambiar tus ideas.

Su benevolencia me indignó.

—Lo siento, tía Rosario, pero no voy a seguir dudando. No tengo ni tu benevolencia ni tu generosidad. Voy a convencer a Carlos para que pague esa cantidad..., y no me van a importar las consecuencias.

Su mirada expresaba una gran desazón.

—No, no, por favor, no me mires de esa forma. Tú mejor que nadie conoces todo lo que he sufrido.

Se me hizo un nudo en la garganta. Cogió mis manos y las besó.

—Lo sé, mi querida niña. Yo solo deseo que seas feliz y solo lo conseguirás borrando el pasado, desprendiéndote de ese lastre que terminará hundiéndote en las profundidades de unos pozos de los que no conseguirá sacarte ni siquiera tu venganza.

—No lograré borrar mi pasado jamás porque es quien ha hecho mi presente.

—Es cierto, Leonor, pero considera que tu presente hará tu futuro, por lo tanto, lo que debemos hacer es perfeccionar ese presente, desechando todo lo malo del pasado, porque es la única forma de que nuestro futuro sea lo que siempre soñamos que fuese. Creo que todo esto ya lo hemos reflexionado anteriormente. De todas formas, mi querida niña, espero que el resto de mi historia sirva para iluminar tu alma. Pero lo haremos después de haber comido tranquilamente y al calor de unas tazas de café.

Después de comer, y con aquellas tazas llenas de un rico café y nuestros cigarrillos en los labios, salvo Amalia, mi tía comenzó a hablar.

—Bien, retomaré mi historia —comenzó mi tía—. Había observado que aquella mujer llevaba semanas sin aparecer por el piso. Yo no me atrevía a preguntarle por ella, pero sentía una gran alegría. Pensaba que seguramente se habría cansado de él. Desde que ella no había vuelto a venir, Julián había empezado a beber mucho más. Una noche llegó tan bebido que le costaba incluso mantenerse en pie. Me dijo que por la mañana vendría a buscarme un chófer y que la persona a la que iba a visitar pertenecía a una de las

familias más importantes del país. Tendría que hacer uno de mis mejores trabajos. Si fracasaba, me echaría *a patadas de su lado*. Aquella noche, como consecuencia del alcohol, no pudo mantener conmigo relaciones sexuales y me culpó de ello. Me dio una bofetada mientras me decía que ya no servía ni para follar, que todas las mujeres eran unas patéticas zorras. Ya no tenía lágrimas para poder llorar. Sabía que me trataba de aquella forma porque ella lo había abandonado y pagaba conmigo su frustración. Intenté dormir, no quería pensar, no quería sentirme tan vejada, tan humillada, tan hundida... No hay amor más mortal que el imaginado, aquel que cuando te enamoras de una persona la moldeas en tu imaginación y solo ves lo que deseas ver, y te vas enamorando no de lo que ella es en realidad, sino de lo que tú has forjado en tu mente. Y eso era lo que a mí me había ocurrido con Julián, pero ahora se presentaba la realidad, el despertar de un sueño.

Mi tía siguió contando que a la mañana siguiente se había despertado sin ningún deseo de levantarse, ni de seguir viviendo, pero tenía que hacerlo y acudir a aquella cita si quería seguir al lado de aquel infeliz. Sentía una gran impotencia, porque no podía evitar seguir amándolo, aunque se iba dando cuenta de que aquel fuego que ardía en su interior se iba apagando poco a poco, aunque desgraciadamente no era capaz de abandonarlo. Era como una maldita obsesión, y hubo momentos en lo que se desesperaba pensando que jamás saldría de aquel profundo pozo.

A pesar del dolor que ella sentía, se duchó y enjabonó su cuerpo con el mejor gel. Se maquilló intentando ocultar sus ojeras, se puso nuevamente por él su lencería más lujosa y el vestido más elegante, y salió con destino a su cita. En la puerta la esperaba el chófer, que llevaba puesto un uniforme que dejaba traslucir el poder de las personas para quienes trabajaba. Era muy correcto en sus formas, la llamaba de usted y le abrió hasta la puerta del coche. Disimuladamente aquel desconocido la miraba a través del espejo retrovisor. Llegaron a una urbanización de un elevado estatus económico a la vista de las casas que se veían. El chófer paró delante de uno de ellos y entró el coche dentro. La acompañó hasta la entrada de una vivienda enorme. Antes de que pulsara el timbre, la puerta se abrió y apareció una doncella con un uniforme de color blanco y negro, que llevaba puesta una cofia en la cabeza. La sonrió dulcemente.

—Buenos días. Pase, por favor, la están esperando.

Mi tía no se fijaba en lo que la rodeaba, solo veía cómo caminaba aquella mujer por el enorme pasillo hasta llegar delante de una gran puerta. Dio tres pequeños golpes y se oyó de inmediato una voz que les daba permiso para pasar. Entonces, ella la abrió y le hizo una señal para que mi tía pasara.

—Don Arturo, la persona que esperaba ya ha llegado.

Tras estas palabras la doncella salió de la habitación. Mi tía estaba paralizada por el miedo. Al fondo de la habitación, mirando por los ventanales, de espaldas, se hallaba un hombre alto, delgado y rubio. Se giró lentamente y la miró directo a los ojos. Se quedó sorprendida, porque era un hombre que tendría unos cincuenta años, con unos preciosos ojos azules. Él pareció también sorprendido.

—Buenos días, es un placer conocerla. No esperaba que fuera tan hermosa, tan joven y con ese aspecto tan saludable.

Ante sus palabras, quedó confundida y sin saber qué contestarle. Soltó una carcajada.

—Y, además, tan tímida. Creo que debemos presentarnos.

Se dirigió a ella con su mano extendida.

—Me llamo Arturo. ¿Y usted?

Mientras se estrechaban las manos, le dijo su nombre.

—¿No te parece, Rosario, que deberíamos tutearnos?

Le dijo que sí con un sencillo movimiento de cabeza.

—Sentémonos, Rosario, quiero aclararte algo, porque me da la impresión de que no has tenido que ser informada, y perdóname por la expresión, por tu chulo, de la enfermedad que padezco.

Según contaba, mi tía estaba cada vez más confundida.

—Por la expresión de tu mirada, interpreto que tengo razón. Lo cierto, Rosario, es que padezco una enfermedad denominada sida.

Sintió un mazazo en su corazón. Tuvo que darse cuenta de su dolor, de su confusión. Intentó coger su mano entre las suyas, pero automáticamente la retiró. Aquel hombre sonrió tristemente.

—No te preocupes, no voy a contagiarte porque te toque. Tengo entendido que esta enfermedad solo se transmite por el fluido vaginal, el semen y la sangre.

—¡Oh, no! —dijo mi tía—. Ha sido una especie de reacción. Perdóneme.

—No pasa nada —retiró su mano—. Tampoco te asustes, no voy a tener ningún tipo de contacto contigo. Era cierto que pensaba hacerlo, poniendo todas las precauciones que me había dicho mi médico, pero había pensado que serías una mujer más mayor y no

con un aspecto que rebosa salud. Insisto, Rosario, ¿tu amigo no te ha informado de mi enfermedad?

Tuvo que notar, por la expresión de sus ojos, que dudaba de que lo supiera.

—Lo siento, Rosario, pero quiero que sepas que él sí sabía la enfermedad que yo padezco.

No podía y no quería creerle. No creyó en sus palabras. Al ver el sufrimiento de aquella joven Rosario y las dudas en la expresión de sus ojos, aquel hombre no pudo reprimir sus sentimientos.

—Dejémoslo, Rosario, no me hagas caso. Podría ser que yo estuviera equivocado. Acompáñame, tengo una biblioteca magnífica. Si te parece, tu trabajo consistirá en ir analizando conmigo los libros que vayamos leyendo.

La llevó ante una habitación cuyas paredes estaban cubiertas con unas estanterías de madera, llenas de libros de diferentes tamaños y colores. Estuvo mirándolos y cogió uno de ellos. Se sentaron en unos cómodos sillones de cuero y Arturo comenzó a leerlo de forma pausada. Tenía una manera muy atractiva de hablar, según contaba mi tía, y ella lo escuchaba embobada. Se sentía transportada a esos mundos que describía, viviendo las penas y las alegrías de sus personajes.

—Rosario, si lo deseas, puedes quedarte a dormir. Y no te preocupes, le pagaré a tu amigo todas las horas de la noche.

Lo miró con suspicacia. No se atrevía a contestarle y se preguntaba si no tendría alguna intención oculta. Aquel hombre tuvo que intuir lo que pensaba mi tía y la miró con una cierta expresión de indignación.

—No suelo aprovecharme de mis huéspedes, ni siquiera cuando están dormidas.

—Por favor... No... Yo no pensaba... Por supuesto que me quedaré a dormir —terminó diciendo mi tía, confusa y avergonzada.

Durante la cena se dio cuenta de la elegancia que desprendía al llevarse a la boca los alimentos y se fijó cómo utilizaba cada cubierto. Después de cenar, le pidió a una de las doncellas que les había servido la cena que lo acompañara a uno de los dormitorios. Le deseó las buenas noches sin atreverse a darle la mano.

—Entonces yo, sin saber muy bien por qué, me acerqué a él y besé sus mejillas. Vi que sus ojos adquirían un brillo especial. En la soledad de mi habitación abrí los ventanales y miré hacia un cielo cuajado de estrellas que iluminaban el firmamento. Me derrumbé encima de la cama y dejé que el llanto sacudiera mi cuerpo hasta caer rendida por el

sueño. En el fondo de mi corazón sabía que él tenía razón, que Julián era conocedor de su enfermedad... —y el dolor de las palabras de mi tía recorrió toda la habitación en la que nos encontrábamos.

Rosario siguió contando cómo la claridad del sol la despertó al día siguiente. Estaba vestida encima de la cama y le dolía la cabeza. Se metió en la ducha y dejó que el agua refrescara su piel. Al salir de la habitación apareció al final del pasillo una doncella que la condujo hasta el salón. Allí, encima de una mesa, había jarras llenas de café, leche y zumos y platos con tostadas de diferentes clases.

—El señorito Arturo me ha pedido que le pida disculpas por no poder acompañarla, pero hoy no se encuentra muy bien. También me ha dicho que le comunique que no se preocupe de nada, que él se encargará de darle una solución a todo. Me ha dado esta tarjeta para usted.

En la tarjeta estaban escritos el nombre, apellidos, la dirección y dos números de teléfono, uno de un fijo y otro de un móvil. De regreso a casa, montada en el mismo coche que la había llevado a la vivienda de aquel hombre misterioso y amable, mi tía no podía dejar de pensar en Julián. Nada más abrir la puerta de la casa lo encontró sentado en el sofá, mirándola muy sonriente. Por primera vez lo veía tal y como era: un hombre enjuto, de pelo grasiento y aspecto desaseado, con unos pómulos prominentes por su extrema delgadez, una imagen que en nada tenía que ver con la de aquel día aciago en que lo conoció.

—Enhorabuena, pequeña, ha sido todo un éxito.

Mi tía se acercó con la idea de hacerle creer que quería darle un beso y comprobar cómo reaccionaba, pero él se alejó de ella y, disimuladamente, dirigiéndose hacia el mueble donde tenían las botellas de alcohol, se sirvió una copa. Ya no cabía ninguna duda: aquel miserable sabía la enfermedad de Arturo y suponía que, al no saberlo yo, habría mantenido relaciones sexuales con él para contagiarme.

—Has tenido que estar magnífica —dijo después de haber bebido un gran sorbo de su copa—, porque el hombre con el que te has reunido, como ya te había comentado un pez importante, ha decidido comprar tus noches... Me viene muy bien porque estoy sin blanca y debo bastante dinero.

Estaba en un estado en el que ella no sabía definir lo que sentía ni tampoco qué decir ni hacer.

—¿Qué te ocurre? ¿Te has quedado muda? Ya podrías agradecerme el pollo que te he buscado, ¡va a ser una mina de oro!

De pronto mi tía sentía brotar dentro de ella un odio infinito hacia él, un profundo rechazo. Él la había llevado hasta los mismísimos infiernos sin ni siquiera tomar conciencia de ello y, aquel entonces, unas manos, la realidad, tiraban de ella y la hacían resurgir.

—¿Cuándo empezaste a odiarme Julián? —le preguntó con desprecio, según contó mi tía

Al principio se quedó cortado, sin saber bien qué contestarle, pero se rehízo enseguida y se le vio una con una sonrisa escéptica.

—Desde el momento en el que te concerté tu primera cita y tú no te negaste a ello. Me di cuenta de que podría hacer de ti lo que deseara, de que eras una patética sumisa, de que quizás tu padre no te violó, sino que a ti te gustaba el sexo y me diste hasta asco. Realmente, jamás te he querido.

Mientras hablaba mi tía nos contaba cómo veía en los ojos de aquel infeliz una expresión maligna de enorme satisfacción al comprobar el dolor que aquellas palabras le causaban. Comprendió que él pagaba con mi tía su frustración, que ella era para él ese saco que utilizan los boxeadores para descargar su furia: él descargaba en ella sus miserias y chupaba su energía, su propia vida. ¿A qué pozos de crueldad y vejaciones tenía que ser sometida para terminar con aquella relación que estaba destrozando su vida? Aquel hombre nunca la amaría, y uno de los motivos más importantes seguramente era el hecho de que seguía enamorado de aquella fulana.

—No me mires con esa cara de desprecio, despréciate a ti misma, puta...

Se había levantado y se dirigía hacia ella dispuesto a abofetearla. Al levantar la mano, mi tía relataba cómo vio la pequeña pistola que llevaba en una funda sujeta en el costado. Antes de que él se diera cuenta se la quitó de aquella funda y le apuntó con el arma.

—No te acerques... No voy a consentir que vuelvas a pegarme —contaba Rosario que le dijo.

Pero él soltó una carcajada.

—No tienes ovarios para hacerlo... Anda, atrévete. ¡Dispara, zorra!

Diciendo aquellas palabras se abalanzó hacia ella, forcejearon y, sin saber cómo, aquella arma se disparó y la bala lo alcanzó en el pecho, lo que hizo que se desplomara y cayera al suelo. Ella se quedó mirándolo. No sentía ningún tipo de emoción, ni siquiera miedo.

—Puse mi oído en su pecho y no se escuchaban los latidos de su corazón... Julián estaba muerto, ¿entendéis? Estaba confundida porque sentía una especie de plenitud, de tranquilidad, como si se me hubiera quitado un enorme peso de encima. Pero no de mi cuerpo, sino de mi alma. Por primera vez en mi vida me sentía liberada, libre. Volví a la realidad: aquel arma se había disparado en el forcejeo, sin embargo ¿quién me iba a creer a mí, a una pobre desgraciada? No sabía qué hacer, sentía un frío helado recorrer mi espalda. Me senté en una de las sillas y cubrí mi rostro con mis manos pidiéndole a Dios que me iluminara. De pronto vino a mi mente Arturo y lo llamé por teléfono. Me dijo que no contactara con nadie ni hiciera nada, que él se encargaría de todo. No sé ni cómo ni qué hizo, pero yo no fui molestada. Me imagino que en todo aquello ayudó bastante los antecedentes y la vida que había llevado aquel miserable. Arturo costeó todos los gastos del entierro, un entierro al que solo acudimos él y yo, porque aquella fulana ni siquiera apareció. Mientras enterraban aquel cuerpo que ya no tenía vida volvía a sentir una especie de paz y de sosiego, una liberación: me parecía mentira hallarme en ese estado, sin sentir dolor ni tristeza.

Mi tía continuó su relato mientras sus palabras nos sobrecogían a Amelia y a mí. Lo que ella sentía era una inmensa pena al ver cómo se acababa su tiempo sin ni siquiera percibirlo, sin darle el valor que realmente tenía. Su conversación con Julián unos minutos antes de morir la había hecho enfrentarse a su realidad, una realidad que ella se negaba a reconocer. La muerte del que fuera su pareja no le producía ningún sentimiento de culpa, aunque realmente no podría decir si en el caso de que aquella arma no se hubiera disparado de forma fortuita ella habría sido capaz de apretar el gatillo. Ahora se le presentaban dos opciones: dejarse invadir por la autocompasión, llorar por los rincones por sus años perdidos y sufridos, analizar cómo pudo amar a aquel hombre siendo tan cruel y brutal con ella como fue, o enterrarlo todo y luchar como ese guerrero templario lo hace en sus batallas, por una felicidad que el destino parecía ser que le negaba.

Pero el calor y las palabras de Arturo la sacaron de sus pensamientos y de su estado.

—¿No tienes dinero, verdad? Y tampoco tienes ni idea de cómo ganarlo como no sea haciendo lo que anteriormente venías haciendo. Por favor, no tomes mis palabras como una ofensa, simplemente me preocupo por ti. Podrías seguir visitándome como lo has hecho. Si te parece, fija tú el *precio*, por delicadeza yo no te voy a decir lo que le pagaba a ese chulo.

Ni siquiera ella había pensado qué era lo que iba hacer y cómo iba a seguir manteniéndose. Aquello que le proponía Arturo era una buena opción, generosa, porque además de que adquiriría a su lado no solo conocimientos culturales, aprendería

nuevas formas en sus comportamientos, lo que le posibilitaría saber desenvolverse en cualquier ámbito de la vida.

—Gracias, Arturo, gracias por todo lo que has hecho. Aceptaré tu oferta. Eres muy generoso. Yo no voy a decirte la cantidad, eres tú quien deberás valorar mi trabajo y, si soy sincera, te digo que disfrutaré haciéndolo y que me enriquecerá como persona. Pero también debo de advertirte de que deseo un futuro en libertad, sin tener que depender de nadie.

Y se quedó con Arturo. Le pagaba pródigamente, lo que permitía que ella viviera de una forma muy holgada. Había veces en que mi tía caía en una profunda depresión al recordar su pasado y cómo ella había amado a aquel hombre. La enfermedad de Arturo iba minándole; se le veía cada vez más desmejorado, lo que le producía una gran tristeza e impedía buscar nuevos horizontes. Entre ellos había crecido un gran cariño, un cariño fraternal, de hermanos. Él no le hablaba de su vida jamás, no sabía si tenía padres, hermanos... Hasta que una noche lo vio tan agotado que ni siquiera quiso comentar aquellos libros que los habían transportado tantos días a mundos tan ricos. Mirándola a los ojos sus palabras decían más de lo que dejaban ver.

—Lo siento, amiga mía, esto se acaba. No creo que me quede mucho tiempo de vida. Tú has sido para mí lo mejor, lo más grande que ha entrado en mi vida, y creo que nunca te pagaré lo que tú has hecho por mí, y no me refiero al dinero.

No pudo evitar sentir dolor al escuchar aquellas palabras.

—¡Oh! No digas eso, Arturo, por Dios. Yo he recibido más de ti que lo que yo te haya podido dar...

—Creo que ha llegado el momento de decirte por qué me contagié de esta terrible enfermedad. Si antes no lo he hecho no ha sido por no haber confiado en ti, sino porque cuando comentas hechos tan desgarradores parece como si retornasen de nuevo a tu realidad...

—Arturo, no tienes que decirme nada, por favor...

—Yo quiero hacerlo, necesito hacerlo. Soy hijo único, me crié en un ambiente de lujo y de un gran poder en todos los campos, políticos, eclesiásticos... Me criaron con toda serie de caprichos... No había pedido algo cuando ya lo tenía, y no me refiero a cualquier capricho, sino a caprichos de miles de euros. Como suele suceder, yo nunca tenía suficiente, cada vez quería más, no me saciaba. Como consecuencia de sus negocios mis padres nunca estaban en casa, vivían más tiempo en el extranjero que aquí. Tendrían que tener cierto sentido de culpabilidad por no tenerme a su lado y por estar criándome entre doncellas y personal de la casa, y creo que por eso no me prohibían nada y me lo

daban todo. No necesitaba trabajar, siempre a la espera de ocupar el lugar de mi padre. Tenía a muchas mujeres detrás de mí, era el clásico soltero de oro, pero yo no me dejaba pillar por ninguna. Hasta que una noche conocí a una mujer espectacular y me enamoré locamente de ella. Esta mujer era un enigma, me obsesioné de tal forma que no podía estar un día sin ella y sin tener relaciones sexuales. No quería reconocer, no quería ver cómo jugaba conmigo. Nos solíamos citar en uno de los hoteles más lujosos de la capital. Aquel día la habitación estaba vacía y encima de la almohada había un sobre. Dentro encontré una carta en la que me decía que se iba al extranjero, que estaba enferma y no quería que nadie viera el deterioro que iría sufriendo progresivamente. Que me debería hacer la analítica del sida, puesto que era la enfermedad que ella padecía.

Era la primera vez, desde que mi tía lo conocía, que lo veía llorar. Qué podía decir ella, sino solo escuchar sus palabras...

—Lo siento, perdóname. No hará falta decirte que me hice la analítica y que aquella mujer a la que amé y sigo amando y de la que no volví a saber nunca nada más me había contagiado la enfermedad. Mi mundo se derrumbó y me sumergí en una terrible depresión. Mis padres no sabían cómo afrontarlo y su miedo al contagio los hizo alejarse aún más de mí. De hecho, como habrás podido comprobar, ni siquiera vienen a visitarme. Para descargar sus conciencias me suelen llamar por teléfono, si bien cada vez más de tarde en tarde. Los que creí mis amigos, a los que les pagaba las copas, los que siempre estaban ahí, al enterarse de lo que padecía desaparecieron. Solo quedó Tomás, un chico que no era de mi mismo nivel social, pero tenía un nivel superior en bondad y generosidad. Desgraciadamente, por motivos de trabajo, actualmente está en el extranjero y solo contactamos por teléfono. Nunca había sido consciente, hasta esos momentos, de que a pesar de haber creído que lo tenía todo, lo que había tenido era efímero, el placer, el lujo, nunca el amor de unos padres ni de una mujer. Me convertí en un ermitaño, me replegué entre estas cuatro paredes, a enriquecer mis conocimientos con la lectura, con historias, como tú has podido comprobar, unas veces crueles y otras tristes, pero magníficas, dejándome llevar por sus protagonistas... Y, sin saber cómo, empecé a emerger del pozo en el que estaba sumergido. Una de las noches en las que me llamó Tomás, él sabía de mi soledad, de mi extinguida vida sexual. Me dijo que él había oído hablar de un chulo que concertaba citas con una mujer bastante responsable. Aquellas citas solo se concertaban con clientes de un cierto nivel social, pero últimamente se comentaba que estaba, como se dice vulgarmente, con el agua al cuello y quizás podría aceptar una cita con una persona que tuviera sida si se le ofreciera una sustanciosa cantidad de dinero. Indiscutiblemente poniendo todas las precauciones. Supuse que sería una mujer experta, no solo en el terreno sexual, sino en la vida, que quizás por su trayectoria podría estar aquejada hasta de alguna enfermedad. Que ella

sabría cuidarse. Acepté y entraste tú en mi vida. Le doy gracias a Dios por que haya sido así.

Mi tía observaba que él en ningún momento había lanzado una crítica en contra ni de sus padres ni de aquella mujer. Había asumido todo lo que le había ocurrido sin quejarse, sin ir contra el mundo.

—Arturo, por favor, no lo pregunto ni por meter en el dedo en la llaga ni por curiosidad, sino para saber, para conocerte... ¿Qué sentimientos tienes por tus padres y por esa mujer?

—Por mis padres no siento, nada, Rosario, nada. Por ella..., aún la sigo amando. Lo triste es que no sé nada, no sé si ha muerto o sigue viva. Lo que sí sé es que volvería a abrirle mis brazos y mi corazón. ¿Hasta qué punto somos culpables o inocentes? Indiscutiblemente, mis padres quizás no supieron asumir sus responsabilidades, pero llegué a la mayoría de edad, a tener uso de razón, y podía elegir. Tampoco me pusieron una pistola en el pecho para irme con aquella mujer. Por tanto, creo que el único responsable de los hechos que a mí me sucedieron he sido yo y solamente yo. Jamás sabremos los motivos por los que ciertas personas actúan de forma tan cruel ni qué situaciones vivieron, incluso si su genética ya los tiene condicionados a ser como son.

Por unos momentos se quedó en silencio. Indiscutiblemente mi tía pensaba que la herencia genética la habría vuelto una sumisa y que, quizás, si no hubiera muerto Julián, seguiría estando con él.

—Lo siento, Rosario, pero así lo he sentido y lo sigo sintiendo. Ahora, amiga mía, quiero proponerte una especie de negocio, que solucionará tu vida y encima harás, aunque quizás caigas en el sarcasmo, un gran bien. Se lo he comentado a mis padres y ellos, como siempre, no me lo han negado. Tengo que decirte que poseo una enorme casa en el centro de Madrid. Voy a hacer obras y la voy a habilitar para que sea un lugar de encuentro entre personas rechazadas por la sociedad, como son los homosexuales y aquellas que buscan el amor en brazos de otras personas que no son sus parejas... Todo ello de forma controlada sanitariamente, para que no les ocurra lo que a mí me ha ocurrido, y con una remuneración adecuada para que puedas vivir holgadamente. No quiero que sirva para enriquecerte de una forma exagerada. Dicha casa se te entregará en usufructo y solo te pido que, si en algún momento de tu vida desearas dejarlo, lo hagas en manos de una persona tan buena, generosa y excelente como tú.

Todo el relato de la vida de mi tía llevaba consigo un enorme carga de melancolía.

—Y ahora, mi querida niña —continuó mi tía—, podrás imaginarte el final, que no quiero relatar porque fue muy triste y doloroso. Nunca olvidaré a Arturo y, aunque al principio

me costó llevar a cabo sus deseos, ahora ya no me pesa porque veo el agradecimiento y la felicidad de las personas que vienen a visitar este lugar. Personas educadas, incluso muy cultas, unas porque no han sabido gestionar su vida en las lides del amor, otras porque han sido rechazadas por sus familias y por la sociedad por no amar como está impuesto. Personas que solo buscan unas palabras de consuelo, unas caricias en su piel, independientemente de las relaciones sexuales que deseen tener.

Mi tía se quedó callada esperando mi respuesta. No sabía qué decir ni tampoco cómo asimilar todo lo que había narrado. Estaba totalmente desorientada. Los parámetros de su negocio no estaban dentro de lo que para mí era moral, hecho curioso, ya que mi forma de actuar tampoco era muy digna. No podía evitar sentir una especie de impotencia y de rabia ante aquellos comportamientos tan generosos y bondadosos hacia personas que fueron auténticos demonios.

Las miré a las dos.

—Tienes que perdonarme, tía Rosario, ahora no lo entiendo. Quizás mañana llegue a comprenderlo —quería darlo por zanjado, puesto que, de no ser así, terminaría por decirle la verdad de lo que pensaba y podría herir sus sentimientos—. Lo que no me has dicho es cuándo entro Amalia en tu vida —pregunté desviando la atención por otros derroteros.

Sonrieron las dos al mismo tiempo.

—Amalia entró en mi vida para pedirme trabajo. Me dijo que era lesbiana, que ella deseaba trabajar como camarera. Efectivamente, así fue durante un tiempo. Mi querida niña, ella empezó a demostrarme que seguían existiendo personas de nobles sentimientos, me lo demostraba con su forma de comportarse, en cómo se preocupaba por mí, cómo supo llegar hasta lo más profundo de mi corazón... Y al final caí en sus brazos, en sus dulces besos, las suaves caricias de sus manos. Lo que nos consideren, si amantes, si pareja, nos da lo mismo. Nosotras nos amamos en nuestros silencios, en nuestra intimidad. Sin intentar profundizar, analizar, juzgar ni condenar las vidas de los demás.

Regresaba a mi casa. Era domingo y al día siguiente tenía que incorporarme al trabajo, entrevistarme con Carlos y decirle los pactos a los que había llegado con el alcalde y con los dueños de la finca. Le pediría que pagara la cantidad que yo había acordado. Era consciente de que jugaba con la ventaja de que el inversor estaba de mi parte y de que él podría enterarse con el tiempo de las cantidades que se habían barajado.

La historia de mi tía me había dejado en un estado interior en el que se mezclaban la duda y la indignación, aunque debía reconocer que su actitud ante lo que el destino mandaba había terminado transportándola a los mundos de la plena felicidad. Ella y Arturo sobre todo habían entendido que todo se producía por algún motivo, que todo tenía una explicación y que, dependiendo de nuestra actitud, generosa o cruel, terminaríamos alcanzando la felicidad o la desgracia.

Yo no estaba dispuesta a responder como lo habían hecho ellos, sabía que solo alcanzaría mi felicidad y mi tranquilidad si consumaba mi venganza y veía sufrir a todos aquellos miserables como lo había hecho yo. Ellos eran los que tenían que pagar las consecuencias de sus actos.

El sonido del móvil me sacó de mis pensamientos. Era Abel.

—Hola, cariño, voy conduciendo pero dime.

—Ah, qué ilusión me hace escucharte esas palabras y con ese tono tan cariñoso.

Al escuchar su voz sentí una gran alegría. Quizás podría llegar a quererle profundamente. Por fin mi corazón se abriría al amor.

—Estoy llegando al apartamento. Nos vemos, amor.

Al entrar en el parking Abel estaba esperándome en mi plaza de aparcamiento, con una sonrisa de lado a lado de su boca. Bajé del coche y me lancé en sus brazos. Me estreché contra él y buscó mis labios, me besó con una pasión que podía sentir dentro de mí.

—Bueno —dijo al separarnos—, pero ¡qué cambio! Me encanta. Ya era hora.

Me reía a carcajadas.

—Tú te lo mereces todo. Anda, ayúdame con la maleta y vamos a casa. Lo he reflexionado y creo, cariño, que ha llegado la hora de que vivamos juntos y de plantearnos un futuro en común.

Hizo un gesto como de caerse al suelo.

—Me estás preocupando. ¿No estarás empezando a perder la cabeza?

Entramos en el apartamento entre risas y frases de cariño. Dejé mi bolso y mi teléfono encima de la mesa.

—Anda, siéntate, sé bueno y espérame un momento, que voy al baño.

Al ir a entrar al cuarto de baño sonó mi teléfono.

—Leo, es tu tía Rosario.

—Respóndele tú, con eso vais tomando confianza. Dile que enseguida la llamaré.

Cuando salí, Abel estaba con el móvil en la mano. La expresión de su mirada era de un dolor sangrante.

—Lo siento, sin querer he pulsado los vídeos y acabo de ver uno sorprendente —dijo sonriendo con una mueca de cinismo doloroso.

Jorge..., pensé. Me tambaleaba por el vértigo de la situación.

—No voy a decirte lo que pienso de ti, no quiero que tengas un mal recuerdo. Sobre todo porque sé que nunca dejaré de amarte. Adiós, Leonor. Espero que seas tan feliz con él como aparentas en estas imágenes.

Tras aquellas palabras, Abel salió cerrando suavemente la puerta. Me derrumbé en el sofá y dejé que el llanto me rindiera. Me decía a mí misma que me perdonaría, que me comprendería... No tomé conciencia del tiempo que había transcurrido cuando escuché de nuevo el móvil. Era Sandra. Seguro que Abel le habría contado, obviando los motivos, que estábamos enfadados y querría mediar entre nosotros.

—Hola, Leonor, cariño, no sé cómo decírtelo... Leonor, perdóname, pero Abel ha sufrido un accidente a la salida de Madrid. No sabemos adónde se dirigía, se ha estrellado contra una de las barreras de la carretera y ha muerto en el acto.

No tuve fuerzas para ir a su entierro. Aunque sabía que nadie podría saber lo que nos había ocurrido, no me sentía con valor para estar ni con su familia ni con nuestros amigos. Todo apuntaba a que había sido un desgraciado accidente, pero en mi interior sabía que también podía haber sido un suicidio.

Llamé a Carlos y le dije que Abel había muerto, que no me encontraba con fuerzas para ir a trabajar. Que, por favor, se hiciera cargo del expediente Atalaya y que pagara la cantidad pactada por Luis Alberto. Carlos se mostró muy cariñoso conmigo y me dio ánimos para afrontar lo que me había sucedido y alegrándose en cierta manera por mi cambio de actitud en lo referido al pago de la finca. Me dijo que no me preocupara, que me tomara los días que yo creyera conveniente, que él se responsabilizaría de todo el proyecto.

Me constaba considerar lo que reflejaban las historias de Arturo y de mi tía, también lo que Carlos me había dicho, pero el destino, de una forma cruel, me demostraba que eran las personas inocentes quienes pagan las venganzas de los demás. Me encerré en mí misma y no quería salir del apartamento. Contestaba a las llamadas de mi tía

diciéndole que la iría a ver, que me encontraba bien, pero que tenía mucho trabajo. Sin embargo, no les cogía el móvil a mis amigos, ni siquiera a los padres del pobre Abel; sentía una culpa y una vergüenza que atenazaban hasta mi corazón.

Una de aquellas mañanas me había levantado temprano para ducharme cuando sonó el timbre de la puerta. Me extrañaba una visita a aquella hora, y pensé solo en mi tía. Al abrirla me encontré con Carlos que me miraba con gesto de preocupación.

—¿Qué te ocurre, Leonor? Tu tía me ha llamado ya varias veces. Mientes diciéndole que estás en el trabajo. ¿Qué haces viviendo de esta forma, con las ventanas cerradas y esta sensación de dejadez y, permíteme decirte, de suciedad? Ignoro lo que te está ocurriendo, pero creo que te sientes culpable de algo cuyas consecuencias han sido terribles y que de haberlo sabido no habrías hecho.

Tenía razón, de haber sabido el precio jamás hubiese llevado a cabo mi venganza.

Me senté en el sofá. Tenía que poner de mi parte, retomar mi coraje, mi fuerza. Empezaba a darme cuenta de que estaba cayendo en la misma depresión en la que entró mi madre.

Carlos se dirigió al dormitorio.

—Y, para empezar, vamos, ven a hacer la maleta o te la hago yo. Y no me digas que no, porque llamo a los servicios sociales para que vengan a ver en el estado en el que te encuentras. Andrea nos está esperando en el aeropuerto. Se ha empeñado en visitar a su abuela paterna, que vive en una de las ciudades de la campiña francesa, y yo he pensado en que la acompañes, no quiero que vaya sola. No me fío de ella —y estas últimas palabras las dijo sonriendo.

Camino del aeropuerto me encontraba desorientada. ¿Cómo podía dejarme llevar sin saber ni siquiera si era lo que quería? ¿Por qué había aceptado marcharme con Andrea?

Andrea nos estaba esperando en las instalaciones del aeropuerto. Sonrió al vernos.

—Cariño, lleva a la zona de embarque su equipaje. El avión va a salir dentro de unos momentos.

Carlos nos abrazó a las dos y nos deseó suerte y mucha cautela.

—Por cierto, Leonor, que sepas que esto no es solo idea mía, también de tu tía y de tu nueva acompañante.

Dentro del avión, y sentadas en nuestros asientos, me hallaba enojada conmigo mismo. ¿Por qué me había dejado llevar por Carlos, cuando aún no había arrancado de mi

corazón el dolor y los remordimientos que sentía por la muerte de Abel? Debía estar en mi soledad, sin oír ni ver a nadie. Dejar transcurrir los días y que el tiempo lo fuera borrando todo. Ahora me encontraba en un avión rumbo a una ciudad desconocida de Francia y con una persona a la que en realidad no conocía.

La miré disimuladamente, leía un libro. Tenía una belleza que emanaba cierta bondad. Tuvo que notar mi mirada, cerró el libro y me miró.

—Lo siento, Leonor. No puedo evitar leer en mis ratos de ocio, la lectura me apasiona. ¿Te encuentras bien? Quizás Carlos no debería haberte obligado a hacer este viaje. Yo también he tenido cierta culpa, pensé que te vendría muy bien cambiar de aires, evadirte, vivir otros ambientes.

Vi en la expresión de sus ojos, de un color azul cielo, una mezcla de congoja y duda, y sentí cierto remordimiento.

—¡Oh! No, por favor, Andrea. Tengo que agradeceros vuestra preocupación por mí. Estoy encantada —mentí— de hacer este viaje. Necesitaba salir de mis oscuridades, de mis demonios. Por favor, sigue leyendo. Yo escucharé música.

Me puse los auriculares y, cerrando mis ojos, me dejé llevar por aquellas melodías que me envolvían y dejaban descansar mi mente.

Sentí que movían suavemente mi brazo.

—Leonor. Vamos a aterrizar.

Andrea se encargó de todo. A pesar de que yo había viajado multitud de veces en avión, parecía estar embobada. Tomamos un taxi hacia una de las autovías que salían de Burdeos y que nos llevaba a la famosa campiña francesa, con sus grandes extensiones de tierras sembradas de viñedos, llenos de palacetes majestuosos y diferentes tipos de viviendas y naves.

Llegamos ante la entrada de un cortijo que estaba rodeado de una gran terreno repleto de frondosas viñas. Salió a recibirnos una señora ya mayor, vestida de una forma muy desenfadada. Andrea se bajó del coche y corrió hacia ella fundiéndose en un entrañable abrazo. Ayudé al taxista a bajar el equipaje y le pagué el trayecto. Al sentir que el coche se ponía en marcha y se alejaba, Andrea se giró y me miró.

—Leonor, ¿por qué le has pagado? Ha tenido que ser muy caro.

—Por Dios, Andrea...

—Bueno, bueno —dijo aquella señora en un tono de broma—, dejad de discutir. Dime, mi querida nieta, quién es esta belleza. ¿Tú pareja?

Me quedé perpleja por la naturalidad con que lo decía. Andrea se echó a reír.

—No, Mercedes, no, es una buena amiga. Perdóname, Leonor, te presento a Mercedes, mi querida abuela. Ella quiere que la nombremos por su nombre.

Me abrazó muy efusivamente al mismo tiempo que me daba dos besos.

—Mi querida niña, para mí es un placer conocer a las amigas de Andrea. Por supuesto, tú puedes llamarme también Mercedes.

Nos destinaron habitaciones separadas. La que a mí me asignaron parecía tener una decoración simple, sin embargo no le faltaba ni un mínimo detalle para que nos encontráramos con absoluta comodidad. Disponía hasta de un pequeño cuarto de baño.

Después de ducharme y de haber terminado de deshacer el equipaje, sonaron unos golpes a la puerta y entró Andrea.

—¿Qué tal, Leonor? ¿Está todo a tu gusto? ¿Necesitas alguna cosa?

—No, no, todo perfecto, gracias. Demasiado bien, diría.

—Te espero en el salón para que tomemos alguna cosa y después te iré enseñando la finca hasta la hora de comer. No creo que haga falta decirte cómo es mi querida abuela. Te habrás dado cuenta de que es conoedora de mis sentimientos..., digamos lésbicos.

Sonreí.

—Me parece encantadora.

—Gracias, Leonor, eres muy amable.

Entré en el salón. Sentadas ante una mesa llena de jarras de zumo y canapés estaban Mercedes y Andrea.

Mercedes, muy sonriente, rápidamente se dirigió a mí.

—Anda, Leonor, toma algo y recupera fuerzas. Andrea terminará por destrozarte, te llevará de un lado para otro.

Después de picar algo, Andrea cogió dos sombreros de paja y salimos. Ella se puso uno y a mí me dio otro.

—Anda, pónitelo. Aquí los rayos de sol son abrasadores.

Me lo puse, lo que provocó en ella una carcajada.

—Tienes pinta de ser una auténtica campesina francesa.

Me hizo caminar entre aquellos viñedos cuajados de unos frutos en proceso de maduración.

—Mira, Leonor, están a punto de madurar. Cuando llegue ese momento, vendrán los vendimiadores, la mayoría de ellas mujeres, a recolectarlos, llenando el campo con sus risas y sus cantos. Las uvas serán exprimidas y pasarán a unos enormes conos donde fermentarán y darán el licor de los césares. Se servirá en las copas que serán bebidas por personas que verdaderamente aprecian su valor y, sin embargo, otras, desgraciadamente, ni siquiera sabrán qué están bebiendo. *C'est la vie*.

Hablaba con una vitalidad contagiosa y con una alegría que te llenaba por dentro. Hubo un momento en que el sol jugó con sus cabellos, haciéndolos brillar como el oro. Era una imagen para ser plasmada en uno de los lienzos de Miguel Ángel. Nunca me había sentido tan plena, tan bien. Dormía apaciblemente y me despertaba el canto de los pájaros. No comprendía cómo era posible que las nubes de mi pasado se estuvieran despejando y me dejaran ver un horizonte limpio y nítido.

Una de las veces en que hablé con mi tía por teléfono le dije cómo me sentía. Se alegró muchísimo. Me dijo que aprovechara todos esos momentos, pero que, por favor, no me olvidara de ella.

Andrea siguió llevándome a recorrer aquellas maravillosas tierras surcadas por pequeños riachuelos, de aguas tan claras y limpias que se podían ver los guijarros que había en sus fondos. Caminábamos descalzas por la fresca hierba, humedecida por el rocío de la mañana, lo que nos hacía sentir el palpitar de la tierra.

Para mí, Andrea representaba la verdad, la bondad, la generosidad, y me hacía partícipe de su intimidad, de cómo era, de cómo sentía. Pensaba que estaba viviendo un sueño. Comencé a darme cuenta de que la empezaba a necesitar, que deseaba escuchar sus palabras, su risa espontánea..., y sentía miedo de aquellos sentimientos.

Aquella noche, sentadas en el porche, mientras disfrutábamos bajo la luz de un cielo lleno de estrellas, Mercedes nos miró a las dos y sonrió.

—Estoy muy contenta. Diría feliz... Leonor, he visto cómo ha cambiado esa expresión de tus ojos que traías al llegar a mi casa. Ahora parecen estar vivos, llenos de lucecitas que pululan por brillar.

Andrea me miró y sentí cómo la sangre subía de golpe a mi cara. Ella se echó a reír.

—Por favor, Mercedes, estás haciendo que Leonor se sienta avergonzada.

—No era esa mi intención... Yo...

—Andrea, no digas eso. Lo que ocurre es que me está haciendo efecto ese vino tan excelente que he bebido. Lo cierto es que nunca me había sentido tan magníficamente.

—Esta tierra es maravillosa, Leo —dijo Andrea—. Hace que afloren nuestros sentimientos, que estaban ocultos y que ahora emergen con la bravura de esos toros al abrirse las puertas de sus rediles.

Al ir pronunciando aquellas palabras sus ojos buscaban los míos. Pero no tenía fuerzas para mirarla y bajé mi mirada.

—Bueno, bueno —dijo Mercedes—, dejemos que sea el destino el que actúe.

Andrea la miró. Su semblante se había tornado más serio.

—Mi querida Mercedes, ¿tú crees qué es el destino el que mueve los hilos de nuestra vida?

—Claro que sí, mi querida nieta. ¿Quién si no? Nuestro destino ya está escrito. Mira hacia el cielo. ¿Ves esa infinidad de estrellas? En cada una de ellas está ya escrita nuestra vida y, por mucho que intentemos cambiarla, no nos será posible. Cuando te dicen que lo intentes, que lo conseguirás si te lo propones, no es cierto.

Andrea cogió un nuevo cigarrillo y, exhalando el humo por aquellas pequeñas fosas nasales, reflexionó.

—Pues, yo no creo que el destino esté escrito. Lo que sí creo es que somos esclavos de unos comportamientos ya establecidos en nuestro interior y, dependiendo de lo que potenciemos, así viviremos nuestras vidas.

Yo las miraba mientras hablaban. Andrea tenía muchos rasgos de su abuela y, por lo que se podía apreciar, su fuerte temperamento.

—Nadie sabrá nunca cuál es la verdad —siguió hablando Mercedes—. Nuestra capacidad intelectual no logra discernirlo. Lo que sí os puedo decir es que deberíais tener mucho cuidado en vuestras formas de ser, no dejaros llevar por las llamadas *luces de neón*, por frases bonitas, por palabras vacías... Quienes encienden esas luces, quienes dicen esas frases, suelen ser personas mentirosas que, desgraciadamente, viven sus propias mentiras como ciertas y os hacen creer a vosotras que sois quienes estáis equivocadas, que sois las culpables. Solo los hechos nos demuestran cómo son las

personas que los realizan. Ahora tenéis que perdonar a esta pobre anciana, me retiro a descansar.

Hizo intención de levantarse y Andrea la ayudó a hacerlo.

—Leonor, perdóname unos minutos. La voy a acompañar a su dormitorio.

—Claro que sí —dije, y me incorporé para besar a Mercedes mientras le deseaba un feliz descanso.

Ella me sonrió y me devolvió los besos.

—Veo en tu interior nobleza, niña. Espero que algún día encuentres esa felicidad que tanto anhelas.

Me sentí mal. Mercedes estaba equivocada, yo no era tan noble. Si ella supiera... Mis pensamientos fueron interrumpidos por Andrea, que regresaba con dos nuevas copas.

—Por favor, ya no puedo más, voy a terminar bebida.

—De vez en cuando —dijo ella sonriendo—, merece la pena dejarse llevar por los efluvios del alcohol.

—Tu abuela es maravillosa, Andrea. Tienes una gran suerte.

—Sí, pero tú ya sabrás que no todas las personas más importantes de mi vida me han tratado de la misma forma.

Sus ojos habían adquirido el brillo de unas lágrimas retenidas. Cogí una de sus manos entre las mías, sentí una dulce sensación.

—Déjalo, Andrea, no es necesario que me cuentes nada.

—Sin embargo, quiero hacerlo. Sé que tú también has pasado por verdaderos infiernos. Cuando yo te cuente ahora los míos, te darás cuenta de que los tuyos no fueron tan terribles. Tenía catorce años cuando me sentí atraída por unas de mis amigas. Aquello me aterró, me salía de las pautas marcadas por la sociedad, por la Iglesia, yo no entraba dentro de sus parámetros. Por tanto, como ellos consideraban, no era normal.

Empecé a sentirme mal conmigo misma. Tenía la sensación de que defraudaría a mi familia, sobre todo a mis padres, seguramente jamás pensaron que podrían tener una hija con esa forma de ser. No tenía dónde refugiarme ni a quien confiar mis sentimientos, y decidí volcarlos hacia el mundo heterosexual. Conseguí enamorarme de un hombre diez años mayor que yo. Fue muy paciente y generoso conmigo, me respetó hasta que yo decidí mantener relaciones sexuales con él, relaciones que fueron muy

placenteras. Sus negocios se fueron a la ruina, no fue capaz de superarlo y se hizo adicto al alcohol. A pesar de ser tratado por profesionales, no fue capaz de abandonar la bebida y yo, incapaz de controlar dicha situación, tuve que dejarlo. En este transcurrir hasta cumplir mis veintidós años, me relacioné con tres mujeres que no llegaron a hacerme lo suficientemente feliz y con las que no alcancé a tener una relación estable.

Con la primera de ellas ni siquiera consumamos el acto sexual. Éramos las dos primerizas en tener contacto entre mujeres y sentimos una cierta vergüenza. Un hecho curioso fue que, cuando por primera vez estuve con ella en un bar de chicas, a pesar de que ella también me besaba, al ver a las otras chicas besarse y tocarse me sentí fatal. Fue como si estuviera visualizando mi propia intimidad y no pude evitar sentir ese lastre de la sociedad y de la Iglesia, de que lo que hacíamos era aberrante, pecado. Mi segunda relación fue también un fracaso; mi pareja había sufrido abusos sexuales por parte de un familiar y lo que ella quería era más protección que una relación de pareja. Mi tercera relación fue la más escabrosa, sufrí muchísimo. Me relacioné con una mujer mayor que yo, cuyo físico no era muy atractivo, algo que no superaba y pagaba conmigo su frustración.

Andrea se quedó en silencio, seguramente al ver la expresión de perplejidad en mis ojos. No entendía cómo una mujer tan bella, que parecía tan segura de sí misma, hubiera tenido esos fracasos en sus relaciones, ni cómo había elegido aquellas parejas. Tuvo que intuir lo que pensaba y sonrió tristemente.

—La expresión de tus ojos me hace pensar que me das más valor del que poseo, aparte de que yo, por entonces, no tenía ninguna seguridad en mí, ni siquiera en mi propio físico, algo que debo agradecer a mis padres ante la postura que adoptaron cuando tuve la valentía de decir a mi familia cómo sentía. Mi padre me ignoró totalmente, dio la sensación de que o no le importaba o no se había enterado. Mi madre optó por llevarme a un psicólogo aludiendo que era una chica insegura, que además tenía que tener un problema mental. Cuando la psicóloga le dijo que yo era una chica normal y con mucha seguridad sobre cómo sentía, la tachó de una mala profesional y aludió que me daba la razón porque era de la misma naturaleza que yo. Me amenazó diciéndome que si mis asquerosos instintos perjudicaban la carrera diplomática de mi padre, no solo cortarían mi sustento y mis estudios, sino que me desterraría de su lado y renegarían para siempre de mí. Decidí decírselo a mi única hermana, tres años más pequeña que yo, pero ella se negó a aceptarlo diciendo que ella solo consideraba que tenía un cuñado. A pesar de querernos mucho, estuvo varios días sin hablarme. Al final me volvió a dirigir la palabra, pero no volvió a hacer ningún tipo de comentario sobre ello.

Una mañana que desayunaba con mis padres, él, levantando la vista del periódico que estaba leyendo, me dijo que su madre quería que fuera a visitarla, que estaba deseando

verme. Seguramente le habrían contado lo que me ocurría. Los deseos de mi abuela daban un rayito de esperanza a mi corazón. Al llegar a la finca, mi abuela me recibió, como has podido comprobar, con todo el cariño. Estaba cohibida y a la espera de que me dijera alguna cosa, pero ella se limitaba a cuidarme y a darme todos los caprichos. Una noche no pude evitar que mis lágrimas fluyeran, no comprendía cómo ella, a su edad, no me condicionaba, y sin embargo mis padres sí lo hacían. Ella escuchó mis sollozos y vino a mi dormitorio. Cogió mi cara entre sus manos.

—Mi querida nieta, no llores. Nadie se merece tus lágrimas. Sé por qué son derramadas. Hay seres humanos que son muy crueles y cuando ellos no consiguen su plena felicidad impiden a los demás que la tengan. Lucha por tus sentimientos y haz caso a la llamada de tu corazón. No dejes que maten lo único que tenemos, lo único que nos humaniza, lo único que nos hace vibrar, que nos hace vivir, que son nuestros sentimientos, sobre todo los del amor.

Andrea se quedó en silencio mirándome a los ojos: las lágrimas resbalaban lentamente por sus mejillas.

—Regresé con mis padres y tuve la gran suerte de que, gracias a un amigo, contacté con tu tía. El resto de la historia ya la sabes. También tengo que decirte que, desde que estoy con Carlos, a pesar de que no tenemos ningún tipo de ataduras, no he querido conocer íntimamente a ninguna otra mujer ni, por supuesto, a ningún otro hombre. Estoy cansada, agotada y he llegado a la conclusión de que quizás no tenga derecho a ser feliz. En cuanto a mis padres, ¿qué debería haber hecho o qué debo hacer, Leonor? ¿Desterrar a mis padres de mi vida? ¿No volver a saber nada de ellos? ¿No acudir a sus llamadas cuando me necesiten? No soy de esa naturaleza —sonrió escépticamente—. Gracias a Dios mi sangre está contaminada por la de Mercedes. Si me comportara de forma vengativa, solo alimentaría el monstruo que llevamos dentro. Lo único que conseguiría con mi venganza es seguir moviendo la rueda de la crueldad, y al final yo también pagaría por ello. No solo por eso actúo como lo hago, también porque es mi condición, mi forma de ser.

Al escuchar aquella desgarradora historia contada desde el corazón, sin ira ni rencor, me daba cuenta de la persona tan especial que era y que los momentos compartidos con ella habían sido los más maravillosos vividos por mí hasta ahora. Una persona que poco a poco me estaba haciendo sentir algo muy profundo que no quería reconocer, pero que ahora ya era incapaz de controlar. Ella representaba todo lo que yo había soñado, deseado y que ahora se hacía real en el cuerpo de una mujer. Ya no tendría temor ni miedos. Nada me importaría, nadie volvería a condicionar mi vida. Derrumbaría las murallas, sacudiría los lastres que la sociedad y la Iglesia querían imponernos. Yo no me sentiría como ella se había sentido. Lo que yo sentía no podía ser pecado, amar a una

persona no podía ser condenado, salía de mis entrañas, de mi propio corazón, de mi alma. Y si ese sentimiento tan intenso me llevaba a desear poseerla, formaba parte de mi naturaleza; y si mi naturaleza la había configurado Dios, ¿quién se consideraba con el derecho de juzgar su obra? Porque era lo que se juzgaría, no a mí, yo solo era un producto hecho por Él.

En realidad, a mí no me importaba ese mundo vil que rechazaba todo lo que él no hubiera establecido en sus normas radicales y obsesivas, sin escuchar a las personas afectadas por ellas. Unas veces con el convencimiento de que ellos eran los portadores de la verdad absoluta y otras para sus propios intereses y beneficios. Desgraciadamente, también, todo ello me había hecho ver que el amor, la protección, la abnegación, el dar incluso la vida, no siempre eran motivados por los vínculos de sangre, sino por el corazón.

Las palabras de Andrea me sacaron de mis pensamientos.

—Leonor, perdóname si mi historia te ha traído recuerdos dolorosos. Ya es muy tarde, deberíamos de retirarnos a descansar.

Me incorporé de aquel sillón y me acerqué a ella. Podía percibir cómo temblaba.

—Por favor, Leonor, yo... —dijo intentando alejarse.

La rodeé con mis brazos y besé sus labios sintiendo miles de sensaciones que hacían abrirse mis carnes. Envueltas entre aquellas sabanas, nos dejamos llevar por nuestros instintos, sus expertas manos recorrían todo mi cuerpo, sus labios besaban hasta mis más recónditos rincones, perdiéndose en mis senos, mi pubis, mi sexo... Sentía ese placer conseguido por los expertos alquimistas que unía amor y deseo.

Acariciando suavemente mi pelo, sus palabras me reconfortaban.

—¿Sabes una cosa, Leonor? Desde que te conocí en aquellos festejos de la empresa me sentí atraída por ti, por esa personalidad tuya, tu forma de andar pisando fuerte, tu risa. Siempre tenías esa palabra apropiada para los comentarios soeces sobre la homosexualidad. Apartaba de mí esos sentimientos. Compartiendo contigo estos días, esos sentimientos, aunque he intentado luchar contra ellos, se han vuelto más profundos. Jamás pensé que llegaría a tenerte entre mis brazos.

Con mi mano acaricié sus labios.

—¿Y sabes tú otra cosa, amor mío? Nunca pasó por mi mente que podría enamorarme de una mujer.

Sentía su respiración acompasada y tranquila. Yo era incapaz de dormirme. La felicidad estallaba dentro de mí como esos truenos de las tormentas. Me levanté para contemplarla mejor a la luz de las estrellas. Tenía la piel muy blanca, resaltaba incluso del blanco de las sábanas. Un bellissimo cuerpo que ahora yo poseía. La amaba, la amaba tanto que me dolía, se había ido introduciendo poco a poco en mis entrañas haciéndome olvidar mi pasado. Había encendido de nuevo la sangre en mis venas, había conseguido hacerme sentir viva. Recordé las palabras de mi tía Rosario, y ahora la comprendía.

Regresé de nuevo a la cama y me acosté plegándome nuevamente a ella. Se giró y me rodeó con sus brazos haciéndome sentirme segura, en paz. Lo había conseguido. Pensé en el resto de esas personas que se quedaron a mitad de sus caminos a pesar de haber tenido nobles comportamientos. Quizás la felicidad para unos era conseguir sus deseos y para otros solo intentar conseguirlos, sin llegar nunca alcanzarlos.

Miré hacia aquel cielo cuajado de estrellas y, con mi mirada, le hice llegar el mensaje de que ya había pagado mi tributo al César, al destino, por mi felicidad, y ahora él tenía que concedérmela, independientemente de mi forma de amar y a quién. Yo no me conformaba con intentar conseguirlo y no alcanzarlo.

## **SINOPSIS**

Desde su adolescencia Leonor es golpeada cruelmente por sus padres y por quienes el destino cruza en su camino.

La crueldad del ser humano se cebará con ella y en las personas que aman en libertad.

Sumergida en profundos pozos será ese amor, que jamás pensó ella que podría ser, quien la tenderá esa mano que la haga emerger de ellos. El destino, a veces bondadoso y otra cruel, cruzará nuevamente en su camino a aquellas personas que la golpearon tan cruelmente. Ahora la tocará decidir si debe ser ella quien los ajusticie o dejarlo en manos de ese destino.

Historia ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Carmen.

